
Harvard College Library
In Memory of
Aleixo de Queiroz Ribeiro
de Sotomayor d'Almeida
e Vasconcellos
Count of Santa Eulalia
The Gift of
John B. Stetson Junior
of the Class of 1906

VENE[redacted]RÓICA

CUA[redacted]ICOS

VENEZUELA HEROICA

CUADROS HISTÓRICOS

POR

EDUARDO BLANCO

LA VICTORIA — SAN MATEO — LAS QUESERAS

BOYACA — CARABOBO.

CARACAS.

IMPRENTA SANZ.

1881.

Al ilustrado escritor
Sr Dr José Mª Torres Caicedo
Homenaje del
Autor

Hélas! au milieu de nos préoccupations journalières, au milieu de nos luttes de la tribune, au milieu de nos procès scandaleux, les choses, les événemens, et même les hommes, passent si vite, qu'un jour on oubliera, s'ils ne sont déjà oubliés, les détails de ce magnifique combat, que nous pouvons opposer à tout ce que l'antiquité nous a légué d'héroïque et de grand.

Jetons donc une page de plus à ce vent qui roulait les feuilles de la Sibylle de Cumes, et qui emporte toute chose humaine vers l'obscurité, le néant et l'oubli.

A. DUMAS.—(Guerre d'Algérie).

A mis hijos.

El Autor.

INTRODUCCION.

INTRODUCCION.

Desde el sometimiento de la América á sus conquistadores, el estruendo de las armas y los rugidos siniestros de la guerra no despertaban los ecos de nuestras montañas.

La cautiva de España abandonada á su destino, sufria en silencio el pesado letargo de la esclavitud. Nada le recordaba un tiempo ménos desgraciado; nada le hablaba aquel lenguaje halagador de las propias y brillantes proezas, en que aprenden los pueblos en la infancia á venerar el suelo donde nacen y á amar el sol que lo fecunda. Las mismas tradiciones de la conquista habian sido olvidadas. Las generaciones se sucedian mudas, sin que los padres trasmitiesen á los hijos uno sólo de esos recuerdos, conmovedores por gloriosos, que exaltan el espíritu y alimentan por siempre el patrio orgullo. Sin fastos, sin memorias, sin otro antecedente que el ya remoto ultraje hecho á la libertad del nuevo mundo, y las huellas de cien aventureros estampadas en la cerviz de todo un pueblo, nues-

tra propia historia apénas si era un libro en blanco y nadie habria podido prever que, no mui tarde, se llenarian sus páginas con toda una epopeya.

En cambio, adoptábamos como nuestras las glorias castellanas. Era éste un consuelo, no una satisfaccion.

Para los pueblos todos, vivir sin propia gloria equivale á vivir sin propio pan; y la mendicidad es degradante.

El Cid, Gonzalo y Don Pelayo, eran los héroes de todas las leyendas. La conquista de Granada, el poema por excelencia: nuestros padres lo sabian de memoria. Como se ve, la poesía del heroísmo nos venia de allende los mares.

Con todo, no era poco para quien nada poseia.

A veces una chispa de fuego deslumbra como el sol.

En la lóbrega oscuridad de perdurable noche, todo lo que no es profundamente negro semeja claridad, luz, que anhela el que gime en el fondo del antro, que estima como una providencia, que ama y bendice, no importa de donde le venga: de los resplandores del cielo ó de las llamas de un auto de fe.

Sin embargo, aquel huésped sedicioso que se escurria como de contrabando, no llegaba á inquietar á los guardianes del paciente rebaño.

Miéntras la poesía nos viniera de España, no habia razon para temerla; á más de que el abatimiento colonial parecia deprimir, sin sacrificio, toda noble tendencia, toda elevada aspiracion.

La vida corria monótona; por lo ménos, sin combate aparente y con la docilidad de un manso rio, se deslizaba aprisionada

entre la triple muralla de fanáticas preocupaciones, silencio impuesto y esclavitud sufrida que le servian de diques.

Nada respiraba: artes, industrias, ciencias, metodizadas por el temor y la avaricia, desmayaban á la sombra del régimen cauteloso en que se las toleraba.

Como polvo al fin, el pueblo vivia pegado al suelo: no existian vendavales que lo concitasen.

Silencio y quietud era nuestra obligada divisa. Y privados de nuestros derechos no existíamos para el mundo.

Sólo el trueno que bramaba sobre nuestras cabezas, y las convulsiones misteriosas que estremecian la tierra bajo nuestros piés, eran los únicos perturbadores que, á despecho de la corona de España, osaban atentar contra el silencio y la quietud letárgica de la colonia.

Plena era la confianza de los dominadores en la presa que retenian y en la seguridad con que se la guardaba: confianza autorizada por la experiencia de la muerte moral á que condena el vasallaje: seguridad que abonaba, más que la fuerza misma enpleada en sostenerla, el viejo nudo de tres siglos que aseguraba al cuello de la víctima el estrecho dogal del cautiverio.

Ceguedad!—Entre la sombra de lo imprevisto por los conculcadores, en todo tiempo, de los sagrados derechos de la humanidad, está oculta esa fuerza violenta, activa, poderosa, que animada de pronto, cambiar puede, á su arbitrio, la suerte de los pueblos, la faz de las naciones y aniquilar la obra de los siglos.

La fuerza se anima. La revolucion estalla, *et mortui resurgent.*

De súbito, un grito más poderoso aún que los rugidos de la tempestad; un sacudimiento más intenso que las violentas palpitaciones de los Andes, recorre el continente. Y una palabra mágica, secreto de los siglos, incomprensible para la multitud, aunque propicia á Dios, se pronuncia á la faz del leon terrible, guardian de las conquistas de Castilla. El viento la arrebata y la lleva en sus alas al traves del espacio, como un globo de fuego que ilumina y espanta. Despiertan los dormidos ecos de nuestras montañas, y cual centinelas que se alertan, la repiten en coro: las llanuras la cantan en sus palmas flexibles: los rios la murmuran en sus rápidas ondas; y el mar, su símbolo, la recoge y envuelve entre blancas espumas y va á arrojarla luégo, como reto de muerte, en las playas que un dia dejó Colon para encontrar un mundo.

Las grandes revoluciones guardan cierta analogía con las ingentes sacudidas de la naturaleza: sus efectos asombran, su desarrollo no se puede augurar. Ambas obedecen á una misma impulsion, á un oculto poder, á una suprema fuerza: ámbas se hacen preceder de siniestros rumores: ámbas estallan con estrépito; y ámbas tienen tambien ruidosas y peculiares manifestaciones que á veces se confunden: la una el trueno, la otra el rugido. Sin embargo, el contraste entre ellas suele ser tan grande que llega hasta la antítesis: la tempestad abate: la revolucion levanta: la una esteriliza, la otra fecunda. Dios está sobre todo y tiene sus designios.

Al grito de libertad que el viento lleva del uno al otro extremo de Venezuela, con la eléctrica vibracion de un toque de rebato, todo se conmueve y palpita; la naturaleza misma padece estremecimientos espantosos; los rios se desbordan é invaden las llanuras; ruge el jaguar en la caverna; los espíritus se inflaman como al contacto de una llama invisible; y aquel pueblo incipiente, tímido, medroso, nutrido con el funesto pan de las preocupaciones, sin ideal soñado, sin anales, sin ejemplos; tan esclavo de la ignorancia como de su inmutable soberano; rebaño más que pueblo; ciego instrumento de aquel que lo dirige; cuerpo sin alma, sombra palpable, haz de paja, seco al fuego del despotismo colonial, y sobre el cual dormia tranquilo, como en lecho de plumas, el leon robusto de Castilla; aquel pueblo de párias, transformóse en un dia en pueblo de héroes. Una idea lo inflamó: la emancipacion del cautiverio. Una sola aspiracion lo convirtió en gigante: la libertad.

El cañon, la tribuna y la prensa, esos perpétuos propagadores de las revoluciones, tronaron á la vez: y tenaz, heróico, cruel y desesperado, se entabló el gran proceso, la lucha encarnizada de nuestra independencia.

La República implantada de improviso, hace frente á la vieja monarquía: la libertad al despotismo.

Deducid el encono: estimad el estrago.

Osar á la emancipacion, era osar á la libertad: el mayor de los crímenes para los sostenedores del principio monárquico colonial.

En 1810 como en 1789, la libertad era un cáncer social, que exigia, como único tratamiento, el cauterio. España no lo economizó en sus colonias; pero el hierro y el fuego fueron ineficaces.

Sobre doscientos mil cadáveres levantó Venezuela su bandera victoriosa; y como siempre en los fastos modernos, la República esclarecida en el martirio se irguió bautizada con sangre.

BATALLA DE LA VICTORIA.

BATALLA DE LA VICTORIA.

(12 DE FEBRERO DE 1814).

I

Hai lugares marcados por acontecimientos de tamaña trascendencia, que no es posible, so pena de comprobar el más refinado estoicismo, ó la más crasa ignorancia, pasar por ellos con indiferencia.

La humanidad en el desarrollo progresivo de sus necesidades, en el desenvolvimiento de sus ideas, en la contínua lucha de sus pasiones, ya conculcando fueros, ya defendiendo derechos adquiridos, ya conquistando prerogativas que los hombres entre sí se disputan, dominados por el poderoso ascendiente de esas dos grandes tendencias que conmueven el mundo desde la creacion: la fuerza que reprime y la idea que liberta: la humanidad ha marcado con sangre todas y cada una de sus

transformaciones. Cada uno de sus pasos hácia el ideal de esa perfeccion política y social, con la cual han soñado y sueñan las naciones, ha dejado impresa una huella sangrienta: allí las ruinas de la patria de Príamo; allí el suelo áun palpitante de Maraton, Platea y las Termópilas; allí el Granico, Issus y Arbela; allí los campos de Trasimeno y Cannas; allí los de Farsalia y Munda; allí Actium con sus olas furiosas que proclaman la muerte de la Roma republicana; allí el Gólgota siempre resplandeciente; allí los campos Cataláunicos; allí las ásperas gargantas de Roncesvalles; allí, en fin, mil y más sitios de esforzadas proezas, y Lepanto, Jemmapes, Austerlitz, Zaragoza y Waterloo.

Acaso no haya pueblo que deje de poseer uno de esos pedazos de tierra, reverenciados por el patriotismo, consagrados por la sangre en ellos derramada. Boyacá, Carabobo y Ayacucho, hablan más alto á nuestro espíritu, que los poemas inmortales en que Homero y Virgilio narraron las proezas de los antiguos héroes: campos memorables donde áun resuenan con misteriosos ecos el fragor del combate, las vibraciones del clarin y el grito de victoria.

De esos osarios gigantescos que hoi remueve el arado y cubre de verdura, eterna primavera, se levanta, visible sólo á los ojos del espíritu, todo un monumento consagrado á la memoria de nuestros esforzados progenitores. Y si la ingratitud no ha permitido aún, agregar al glorioso sarcófago la piedra tumular, ni la columna alegórica al cimiento de huesos que afrenta el polvo de medio siglo de abandono, no por ello los corazones generosos palpitan con ménos emocion y con ménos

respeto, al contemplar aquellos campos de reñidas batallas, donde duermen el sueño de los héroes, tanto guerrero ilustre, y tanta humilde víctima de nuestra magna lucha.

Uno de aquellos sarcófagos, tan glorioso para Venezuela como los ya citados, se ofrece de improviso á los ojos del viajero que, por la vía de las montañas penetra en los risueños valles del Aragua. En medio á extensos campos cubiertos de perenne verdura, se levanta una ciudad que, aunque triste y silenciosa cual si temiera turbar con profana alegría el reposo de los heróicos muertos que encierra en su recinto, pregona sin embargo el alto ejemplo y las titánicas proezas de nuestros mayores. Aquella ciudad cuyo renombre vivirá eternamente en los anales americanos, es la Victoria: escenario sangriento de una de nuestras más terribles y reñidas batallas.

Dos fechas históricas, de opuestas resonancias, vienen á la memoria, al contemplar aquel recinto, donde áun palpitan los recuerdos del insigne combate empeñado á principios de la revolucion, entre los dos atletas más esforzados que la República y la monarquía se opusieron recíprocamente durante el primer lustro de nuestra guerra de independencia.

Desechemos el recuerdo nefasto consignado en la capitulacion de 1812. Descubrámonos ante la ciudad valerosa que, á los ojos del patriotismo, sirve de pedestal á la pirámide altísima, en cuya cima, cual la de un dios olímpico, descuella la figura de José Félix Ríbas, y llenos de noble orgullo transportémonos al 12 de Febrero de 1814.

II

Hé aquí el año terrible! El año de la sangre y de las pruebas, sobre el cual aparece escrito por la espada de Bóves, el *Lasciate ogni speranza*, para los republicanos de Venezuela. En torno de aquel feroz caudillo, improvisado por el odio más que por el fanatismo realista, las hordas diseminadas en la dilatada region de nuestras pampas, invaden, como las tumultuosas olas de mar embravecida, las comarcas hasta entónces vedadas á sus depredaciones.

Mayor número de jinetes jamás se viera reunido en los campos de Venezuela. De cada cepa de yerba parecia haber brotado un hombre y un caballo. De cada bosque, como fieras acosadas por el incendio, surgian legiones de jinetes armados, prestos á combatir. Los rios, los caños, los torrentes que cruzan las llanuras, aparecen erizados de lanzas y arrojan á sus riberas tropel innúmero de escuadrones salvajes capaces de competir con los antiguos centáuros.

Suelta la rienda, hambrientos de botin y venganza, impetuosos como una ráfaga de tempestad, ocho mil llaneros comandados por Bóves, hacen temblar la tierra bajo los cascos de sus caballos que galopan veloces hácia el centro del territorio defendido por el Libertador.

Nube de polvo, enrojecida por el reflejo de lejanos incendios, se extiende cual fatídico manto sobre la rica vegetacion de nuestros campos. Poblaciones enteras abandonan sus hogares. Desiertas y silenciosas se exhiben las villas y aldeas por donde pasa con la impetuosidad del huracan, la selvática falange, en pos de aquel demonio que le ofrece hasta la hartura el botin y la sangre, y á quien ella sigue en infernal tumulto cual séquito de furias al dios del exterminio.

Es la invasion de la llanura sobre la montaña: el desbordamiento de la barbarie sobre la República naciente.

Conflictiva de suyo la situacion de los republicanos, se agrava con la aproximacion inesperada del poderoso ejército de Bóves.

Bolívar intenta detener las hordas invasoras, oponiéndoles el vencedor en Mosquiteros, con el mayor número de tropas que le es dado presentar en batalla.

Vana esperanza. Campo-Elías es arrollado en la "Puerta," y sus tres mil soldados acuchillados sin misericordia.

Tan funesto desastre amenaza de muerte la existencia de la República.

Campo-Elías vencido, es la base del ejército perdida, el flanco abierto, la catástrofe inevitable.

Todos los sacrificios y prodigios consumados por el ejército patriota para conservar bajo sus armas la parte de territorio tan costosamente adquirida, van á quedar burlados.

La onda invasora se adelanta rugiendo: nada le resiste, todo lo aniquila. Detrás de aquel tropel de indómitos corceles bajo cuyas pisadas parece sudar sangre la tierra, los campos

quedan yermos, las villas incendiadas, sin pan el rico, sin amparo el indigente: y el pavor, como ave fatídica cerniéndose sobre familias abandonadas y grupos despavoridos y hambrientos que recorren la selva como tribus errantes.

El nombre de Bóves resuena en los oidos americanos como la trompeta apocalíptica!

Cunde el terror en todos los corazones. Mina la desconfianza el entusiasmo del soldado. Carácas se estremece de espanto, como si ya golpearan á sus puertas las huestes del feroz asturiano. Decae la fe en los más alentados. Una parálisis violenta producida por el terror amenaza anonadar al patriotismo. Cual si uno de los gigantes de la andina cordillera hubiese vomitado improviso una tempestad de lavas y escorias capaces de soterrar el continente americano, todo tiembla y todo se derrumba.

Sólo Bolívar no se conmueve; superior á las veleidades de la fortuna, para su alma no hai contrariedad, ni sacrificio, ni prueba desastrosa que la avasalle ni la postre.

Sin detenerse á deplorar los hechos consumados, alcanza con el relámpago del génio los horizontes de la patria; pesa la situacion extrema á que le trae la rota de Campo-Elías y la doble invasion que practican á la vez Rosete y Bóves sobre la capital y sobre el centro de la República; mide sus propias fuerzas, que nunca encontró débiles para luchar por la idea que sostuvo, y concibe y pone en práctica con enérgica resolucion, un nuevo plan de ataque y defensa.

Seguido de una parte de las tropas que asedian á Puerto Cabello, fija en Valencia su cuartel general; punto céntri-

co para atender á D'Eluyar á quien ha dejado frente á los muros de la plaza sitiada, á su ala izquierda, que cubre el Occidente, y para conjurar el conflicto producido en Aragua con la aproximacion de Bóves.

A la vez que Ríbas improvisa en Carácas una division para marchar sobre el enemigo, Aldao recibe órden de fortificar el estrecho de la Cabrera, donde vá á situarse Campo-Elías con los pocos infantes salvados de la matanza de la Puerta.

A Urdaneta, que combate en Occidente, se le exige reforzar con parte de sus tropas las milicias que se organizan en Valencia. Instase á Mariño para que acuda al auxilio del Centro. Díctanse medidas extremas; pónese á prueba el patriotismo; el que puede manejar un fusil se hace soldado; acéptase la lucha, por desigual que sea; y Mariano Montilla, con algunos jinetes, sale del cuartel general, se abre paso por entre las guerillas enemigas que infestan la comarca y vá á llevar á Ríbas las últimas disposiciones del Libertador.

Nada se omite en tan difíciles circunstancias; lo que está en las facultades del hombre, se ejecuta, lo demas toca á la suerte decidirlo.

El conflicto, entre tanto, crece con rapidez. Como aquellos terribles conquistadores asiáticos, ávidos de poder y de venganza, se adelanta Bóves por entre un rio de sangre, que alimentan sus feroces llaneros al resplandor siniestro de cien cabañas y aldeas incendiadas, que el invasor vá dejando tras sí convertidas en ceniza.

Apercibido á la defensa, el Libertador aguarda confiado en su destino la sucesion de los acontecimientos que se van á

efectuar. Al terror general que le circunda, opone, como fuerza mayor, su carácter tenaz é incontrastable: al huracan que se desata para aniquilarle, enfrenta en primer término toda una fortaleza: el corazon de José Félix Ríbas.

El jaguar de las pampas vá á medirse con el leon de las sierras; son dos gigantes que rivalizan en pujanza y que por la primera vez van á encontrarse.

III

Apénas con 7 batallones que no exceden de 1.500 plazas, un escuadron de dragones y cinco piezas de campaña, Ríbas ocupa La Victoria, amenazada á la sazon por la vanguardia del ejército realista. Escaso es, pues, el número de combatientes que el General republicano vá á oponer al enemigo, pero el renombre adquirido por este jefe afortunado alienta á cuantos le acompañan.

Empero, ¿sabeis quiénes componen, en más de un tercio, ese grupo de soldados con que pretende Ríbas combatir al victorioso ejército de Bóves? Casi es inconcebible.

Despues de haber ofrendado, desde 1811, al insaciable vampiro de la guerra, la sangre de sus hijos, Carácas se encuentra extenuada; no tiene ya hombres que aprestar al sacrificio, y al reclamo de la patria en peligro, sólo puede ofrecer sus más caras esperanzas: los alumnos de la Universidad.

De las aulas se levanta una generacion adolescente, que abandona el Nebrija para empuñar el fusil. Sobre la beca del seminarista se ostentan de improviso los arreos del soldado. De camino al encuentro del enemigo, aprenden el manejo de aquella arma mortífera que pesa sobre sus hombros; y acostumbran el oido á los toques de guerra y á las voces de mando de aquellos nuevos decuriones que se prometen enseñarlos á servir á la patria. Todos van contentos; diríase que están de vacaciones, ¡pobres niños! Ligero bozo apénas sombrea sus labios, y ya la pólvora les va á ensañar el corazon; apénas les bulle ardiente en las venas la sangre generosa de sus padres, y ya van á derramarla. Todo por la patria! por la patria! y por la idea sublime que alienta en sus almas juveniles.

Libertad! libertad! cuánta sangre y cuántas lágrimas se han vertido por tu causa...... y todavía hai tiranos en el mundo!

La situacion de La Victoria, hasta entónces desguarnecida, y en la espectativa de ver caer sobre ella el *azote del cielo*, como nombraban á Bóves, expresa elocuentemente el grado de terror que infundia en nuestras masas populares la ira, jamás apaciguada, de aquel feroz aliado de la muerte, á quien la vista de la sangre producia vértigos voluptuosos y fruiciones infernales.

Toda criatura humana, sin distincion de edad, sexo ó condicion social, trataba de desaparecer de la presencia de tan funesto aventurero.

Los bosques se llenaban de amedrentados fugitivos, que

preferian confiar la vida de sus hijos, madres y esposas á las fieras de las selvas, ántes que á la clemencia de aquel mónstruo de corazon de hierro, que jamás conoció la piedad.

En el poblado, el silencio lo dominaba todo; nada se movia; casi no se respiraba. Los niños y las aves domésticas, parecian haber enmudecido. Los arroyos callaban. El viento mismo no producia en los árboles sino oscilaciones sin susurros.

Los que no habian podido huir á las montañas, se inclinaban abatidos en el recinto del hogar, buscaban la oscuridad para refugiarse como en los pliegues de un manto impenetrable, y desde allí se forjaban ruidos siniestros, precursores de la catástrofe que los amenazaba, ruidos que no querian oir, pero que fingia el terror, haciendo así más larga y palpitante la zozobra.

Ríbas fué acogido por aquel pueblo agonizante, como un enviado del cielo.

IV

A la noticia de que una division republicana venia á cerrarle el camino de la capital, Bóves se detiene dos dias en la Villa de Cura, para reconcentrar su ejército y organizar sus numerosos escuadrones.

Componíase este ejército, casi en totalidad, de rudos mora-

dores de nuestras llanuras, por entónces completamente salvajes; de esclavos, que blasfemando de la revolucion que rompia sus cadenas, corrian desatentados á degollar á sus libertadores; y de esa masa flotante, torpe, viciosa, hambrienta de botin, que se adhiere á todas las causas, medra con todas ellas, y asiste como los cuervos al horrible festin de las batallas, para hartarse de sangre, no importa cual sea la arteria que la vierta.

El número de peninsulares y canarios agregados á las hordas de Bóves, era en extremo reducido: el verdadero ejército español vencido por Bolívar, arribó á Venezuela poco despues de los sucesos que nos proponemos narrar.

Aquella falange desordenada; aquel tropel de bestias y de hombres feroces; aquel híbrido hacinamiento de razas en el más alto grado de barbarie, esclavos sumisos, á la vez que verdugos implacables; aquel ejército en fin, fantástico y grotesco por la singularidad del equipo en que predominaba *el desnudo*, ponia espanto é inspiraba horror.

Veíanse en la revuelta confusion de los desordenados escuadrones, hombres tostados por el sol, y apénas cubiertos con un calzon de lienzo arrollado hasta el muslo; fisonomías ceñudas piés descalzos; talones armados de acicates de hierro que destilan sangre; cabezas erizadas de greñas que se mezclan á flotantes divisas; sillas de pieles sin adobar; fustes de madera llenos de nudos y correas, ó simplemente el terso lomo del animal bravío que completa aquellos centáuros de las pampas. Potros indómitos que arrojan resoplidos como toros salvajes; caballos águilas, que saltan, relinchan y se encabritan al estridor de las còrnetas. Jinetes funánbulos, que hacen prodigios

de equilibrio y destreza, armados de largas y agudas lanzas, empavesadas con rojas banderolas.

Aunque ménos diestra en el manejo de su arma, la infantería no es ménos impetuosa, ni su equipo ménos extravagante. Por uniformes y penachos, lleva calzones y camisas desgarrados, gorros de cuero de fantásticas formas, y terciadas mantas de *bayeta* encarnada, recogidas al cuerpo por cintos de pieles sin curtir.

Agregad á todo esto, abigarramiento de colores, diversidad de tipos, formas robustas y bronceadas, escorzos imposibles, ruidos discordantes, tambores que redoblan, clarines que ensordecen, estrepitosa vocería, bruscos movimientos, chasquidos de espadas, pisadas de caballos, relinchos; y la más completa confusion de hirsutas crines, rojas lanzas, bayonetas sin brillo y desgarradas banderolas; y tendreis á la vista el ejército de Bóves, las legiones de aquel siniestro gladiador, á quien el odio, los rencores y las iras de su carácter, lanzaron al palenque de la nefanda lucha, abroquelado el ánimo de un desprecio profundo por la muerte, y armada la diestra del sable de las matanzas.

Para la revolucion, Bóves fué una sangría copiosa, una eterna amenaza, una pesadilla horripilante. Su nombre, repetido con espanto por todos los ámbitos de Venezuela, tuvo el lúgubre prestigio de aquellos mónstruos fabulosos de que nos hablan las antiguas leyendas. Más de una vez su fuerte brazo volcó el carro victorioso de la revolucion; más de una vez los laureles del triunfo, se ostentaron sobre su frente, ensangrentados. Gigantesco en sus pasiones, sus menores faltas fueron crímenes, su única virtud la valentía. Á tal jefe, tal ejército.

V

Reorganizado en la Villa de Cura, Bóves marcha de nuevo contra Ríbas, y el doce de Febrero á las siete de la mañana, se arroja sobre La Victoria con su acostumbrada impetuosidad.

Las avanzadas republicanas, apostadas en el sitio del Pantanero, no resisten la acometida de los numerosos escuadrones realistas; degolladas quedan en el puesto que se les ha confiado, y á rienda suelta, los violentos jinetes penetran en la ciudad, atronando el aire con sus gritos salvajes y blandiendo amenazantes sus lanzas victoriosas.

En breve tiempo, las márgenes del rio, las alturas que dominan la ciudad, y parte del poblado, quedan en poder del enemigo.

No pudiendo sostenerse en las calles, Ríbas se ve forzado á reducirse al estrecho recinto de la plaza, donde rápidamente organiza la defensa.

Las mejores tropas, repartidas entre los jefes y oficiales de más notoria bizarría, ocupan las entradas principales del improvisado cuadrilátero.

El campanario y la techumbre de la iglesia se ostentan de improviso erizados de bayonetas.

Los escombros y las ruinas ocasionados por el horrible cata-

clismo de 1812, que en más de un flanco dificultan la defensa de la plaza, son parapetados á la ligera para servir de baluarte á los dragones de Ríbas-Dávila, que abandonan sus caballos para empuñar el fusil.

Tremola en lo alto de la iglesia la bandera republicana, y las cinco piezas de campaña, que componen toda la artillería de los independientes, se exhiben dominando las avenidas principales por donde es de esperarse que se empeñe el ataque.

Envalentonados los lanceros de Bóves por su fácil triunfo sobre las avanzadas, se aproximan con creciente fragor.

Aquel instante solemne, de indecible emocion y de recogimiento, que precede á los primeros disparos de una batalla, se deja sentir en las filas republicanas. La animacion se paraliza, palpita con celeridad el corazon; y un silencio profundo, que contrasta con el ruido de la carga enemiga, reina entre aquel puñado de valientes apercibidos al combate, resueltos al sacrificio.

En medio á aquella escena de anhelante espectativa, resalta Ríbas, airado é imponente como el ángel terrible de Ezequías. Resplandece sobre su frente olímpica, como lampo de fuego, aquel temido gorro-frigio que ha de ostentar la cabeza del héroe hasta en la jaula de la picota; brilla en sus ojos la encendida llama de las grandes pasiones; muéstrase esquivo al general recogimiento; y colérico aguarda el peligro que le amenaza, provocando al destino con un gesto de soberbio desprecio y de arrogante superioridad.

La carga se aproxima.

Semejante á Murad-Bey al frente de sus mamelucos, Bóves

aparece al fin, á la cabeza de sus selváticas legiones. En la extremidad de las calles que la plaza domina, se divisan envueltos entre nubes de polvo los terribles jinetes, tendidos sobre las crines de sus caballos, y arrebatados por ellos con pasmosa celeridad.

La tierra se estremece. Las mechas encendidas se acercan al cebo de los cañones. Con un gesto imperioso el general republicano refrena la impaciencia de sus enardecidos compañeros; sacude la erizada melena como un leon irritado, y blandiendo la espada que, terrible y gloriosa brilló en los campos de Niquitao y Horcones, exclama con vibradora entonacion:

"*Soldados:* Lo que tanto hemos deseado va á realizarse hoi; he ahí á Bóves. Cinco veces mayor en número es el ejército que trae á combatirnos pero áun me parece escaso para disputarnos la victoria. Defendeis del furor de los tiranos la vida de vuestros hijos, el honor de vuestras esposas, el suelo de la patria; mostradles vuestra omnipotencia. En esta jornada que ha de ser memorable ni áun podemos escoger entre vencer ó morir: necesario es vencer. ¡Viva la República!"

Atronadores víctores resuenan en el campo republicano; redoblan los tambores; cornetas y clarines lanzan al viento provocadoras vibraciones que acogen los contrarios como un guante que se les arroja; crece el fragor de la impetuosa carga; ruge el cañon vomitando metralla; y una inmensa granizada de balas que se cruzan con fatídico silbo, rebota sobre la plaza convertida de súbito en un circo de fuego que lanza como rayos la muerte.

Blanco sudario extiende el humo sobre los combatientes;



estruendo ensordecedor agita el aire. La tierra se cubre de cadáveres y arroyos de sangre se desatan á correr.

Con la impetuosidad de esas olas tumultuosas que el huracan levanta, empuja y desbarata sobre los flancos de las rocas, los numerosos escuadrones realistas van á estrellarse contra el baluarte de bayonetas que les oponen Montilla, Rívas-Dávila, Soublette, Ayala, Blanco, y Jugo, y Mora, y Canelon y cien más heróicos adalides prestos al sacrificio.

VI

¡Qué hombres! Astro brillante en aquel grupo de estrellas cuyo sol fué Bolívar, cada uno de ellos en lo porvenir describirá su órbita, alcanzará luz propia, y legará á las futuras generaciones con el ejemplo de sus virtudes republicanas, honra y gloria para la patria.

Montilla, de alto ejemplo por su valor é hidalguía, es el prototipo del soldado caballeroso. Ya en los salones como en los campos de batalla, es y será siempre el mismo, arrojado y gallardo, valeroso é insinuante. La campaña del Magdalena hará inmortal su nombre. Venezuela recuerda con orgullo al héroe caballero.

Ríbas-Dávila es un metéoro de fúlgidos reflejos; duró lo que el relámpago; pero la viva luz que esparce su renombre,

ilumina más de una página gloriosa de nuestra historia patria. Altivo, generoso, magnánimo, La Victoria le sirvió de tumba y de apoteósis Murió como Epaminondas en los brazos del triunfo y de la gloria, haciendo votos por aquella patria que abandonaba cuando más necesarios se le hacian todos sus hijos.

Soublette es el Arístides americano. Esforzado en la lucha, prudente en el consejo; á las condiciones del guerrero une las dotes eminentes del filósofo y del hombre de estado; diplomático hábil, pulcro administrador, obediente á las leyes como soldado y como magistrado; de inteligencia clara y educacion superior á la de aquellos tiempos, nació predestinado á mui altos destinos. Colombia y Venezuela ostentarán sobre la frente más de un laurel debido á los talentos del héroe de la Popa. Despues de combatir al lado de Bolívar, llegará á ejercer la Suprema Magistratura de la República. Allí el soldado de Boyacá se transforma en sacerdote de la lei; la libertad halla en él un aliado; la gloria una cabeza digna de recibir las coronas de todos los merecimientos.

Ayala es el soldado del deber; severo, inflexible, tenaz; la fama no le deslumbra, la ambicion no tiene cabida en su alma espartana. La satisfaccion de la conciencia por el deber cumplido, basta á recompensarle de todos los sacrificios consumados por la patria. En la Grecia de Leónidas, como en la Roma de los Gracos, hubo caractéres semejantes.

Blanco, Jugo y Canelon pertenecen á aquel grupo de jóvenes guerreros, predestinados al martirio, de quienes la tradicion apénas conserva la memoria, pero á quienes debió la patria hechos preclaros y esfuerzos titánicos.

Con tales hombres hai razon para pretender imposibles.

VII

A par de la caballería, la infantería realista ataca á los republicanos, con no ménos impetuosidad. Empéñase la lucha en todos los flancos, y la horrible série de desastrosas peripecias que engendra una batalla, se desarrolla y crece sin amenguar el encono ni resfriar el entusiasmo.

Las horas se suceden terribles. Cada instante marca la inmolacion de nuevas víctimas.

La resistencia y el ataque se emulan á porfía.

El fuego de las tropas de Morales, segundo de Bóves, diezma las filas de los independientes; éstas se aclaran, se cierran, tornan á desunirse y de nuevo se compactan, causando grande estrago en los apiñados batallones que el tenaz español lanza al combate con aviesa ferocidad, y en las revueltas hordas que repletan las calles atropellándose entre sí. Si Bóves puede compararse al jaguar de nuestras selvas, Morales entre las fieras sólo encuentra semejanza en el chacal y en la hiena. Bóves, siempre impetuoso, personifica la osadía; la lucha es su elemento; la cólera le ciega, destroza cuanto se le opone; se complace en la sangre que derrama y se embriaga con el humo y el estruendo de las batallas. Morales es frio,

su espada no produce relámpagos, pero en cambio hiere, y hiere siempre sin misericordia. Despues del combate mutila los cadáveres, degüella los heridos y disputa el botin despreciado por Bóves.

El encarnizamiento preside la batalla; se combate cuerpo á cuerpo; el puñal y el sable vibran ensangrentados; las bayonetas y las lanzas se chocan despidiendo relámpagos; á veces, el soldado no tiene tiempo de descargar el fusil y lo emplea como maza. Los muertos sirven de barricada á los vivos. Rugidos y lamentos se escapan de aquella aglomeracion de miembros mutilados y lívidos que las balas golpean y destroza la metralla.

El encarnizamiento degenera en frenesí; no es ya una lucha de racionales, sino un asalto de furias, una acometida de caníbales, una brega de demonios.

El jefe realista contempla la matanza con satánica expresion de ferocidad y contento.

¿No son todos venezolanos los que así se degüellan?

En aquella lucha, espantosa y frenética, no hay tregua, ni piedad, ni perdon: tras el vencimiento está la muerte; tras la capitulacion está la muerte; tras la menor flaqueza ó el mayor heroísmo la muerte ha de sobrevenir; siempre la muerte; no hay cuartel para el vencido, ni Bóves ni Moráles conocen la piedad: caer en sus manos es caer al sepulcro.

En cambio el terrible decreto de Trujillo está vigente: *Vae victis.*

En medio á aquel estruendo, del humo, de las balas que en

la plaza se cruzan, como los hilos de invisible red, buscando cada una su víctima, se ve lucir, con un lampo sangriento, el gorro frígio de Ríbas. Aquel gorro encarnado es el PALADION, la Patria, la República. Todas las miradas lo buscan, mil brazos lo defienden, el desaliento se cambia en entusiasmo á su sola presencia, y hasta la muerte parece respetar al que lo lleva.

No obstante, el gorro frigio desparece por tres veces durante la batalla y un grito de terror se repite y asorda el campo de los republicanos. Del polvo, donde yacen sus tres caballos muertos, Ríbas se levanta cada vez más colérico, monta un nuevo caballo que morirá en seguida y, multiplicándose prodigiosamente, acorre al peligro donde quiera que el ataque es más violento ó la defensa ménos vigorosa.

Inspirado en su patriótico ardimiento, exorta, alienta, aplaude y electriza con la palabra y el ejemplo á sus despazados batallones. A los soldados que en aquella jornada memorable reciben el bautismo de sangre, lleva personalmente al fuego, y á pecho descubierto toma con ellos parte en la refriega. Para comunicarles su bravura, arrebata el fusil de las trémulas manos de los ménos expertos, dirpara sobre el enemigo con ajustada precision, muéstrales el estrago, carga de nuevo el arma, sin premura, cual si se hallase en una simple parada militar; y ya levantando al uno que decae, ya suspendiendo al otro para darle más altura y mejor puntería, reorganiza la defensa, se hace aplaudir por los más esforzados y cautiva de admiracion á sus propios contrarios.

VIII

Entre el escaso número de aquellos séres singulares, aquienes el peligro les produce la fiebre sublime del heroísmo, la historia cuenta á José Félix Ríbas. Durante el rudo y desigual combate que sostiene, no se ha resfriado un sólo instante el fuego de su alma ni la impetuosidad de su coraje. Cubierto de sangre, rodeado de cadáveres, en medio de lamentos, y gritos, y vociferaciones de venganza, y maldiciones que estremecen el cielo, y envuelto en el torbellino de la lid cuenta con frialdad las tropas que le restan, y lleno de entereza exclama, volviéndose á Mariano Montilla, su Mayor General:

"No hay que desesperar, amigo mio: ántes de desaparecer por completo, podemos resistir todavía dos asaltos como éste."

Semejante rasgo, da la medida de la energía de Ríbas; pero áun hay algo más en aquella batalla con qué formar un canto digno de competir con los más épicos de la Ilíada.

En aquel sangriento y terrible escenario nadie acepta morir oscuramente. Desde el general hasta el soldado, todos se esfuerzan por alcanzar una muerte gloriosa. Allí se rinde la vida sin flaqueza, sin inspirar compasion, victoreando la Patria, estimulando á los que sobreviven.

Rívas Dávila, el valeroso Coronel de los soberbios dragones

de Carácas, exclama en su última agonía, al ver la bala que le extrae el cirujano: "Llevadla á mi esposa, y decidle la conserve, y se acuerde que á ella debo el momento más glorioso de mi vida, aquel en que he perecido, defendiendo la causa de mi suelo. Muero contento: viva la República!"

Toma, dice un soldado moribundo, indicando al compañero que tiene junto así, tres fusiles que ha arrebatado al enemigo: esa es toda mi herencia, llévala al General.

Mi Capitan, dice otro, en la agonía, pero luchando todavía por incorporarse y asir de nuevo el fusil que se ha escapado de sus manos: mi Capitan, que sepa mi batallon que no he retrocedido un paso.

Al lado de aquellos bravos vencedores en Horcones, Niquitao, Bárbula y Vigirima, que revelan áun cadáveres, por su actitud amenazante, el fuego patrio que los enardecia, se ven tendidos en la sangrienta arena, soldados adolescentes, niños cuyas cabezas infantiles parecen sonreir bajo el pálido velo de la muerte; miéntras que otros, resignados, aunque cubiertos de heridas como Muñoz y Ayala, esperan sin quejarse la última agonía; haciendo votos por el triunfo de la causa republicana.

Escenas conmovedores ó trágicas, se suceden en aquel estrecho campo de heroísmo y de muerte. Quién, se opone sólo y á pecho descubierto á un grupo de ginetes y, alanzeado, cáe bajo los cascos de los caballos. Quién, sin la espada ó el fusil que ha perdido en la brega, acomete con las manos inermes, lucha tenaz, frenético y, como un leon herido, rinde la vida mordiendo á su contrario.

Ahora bien: ¿qué poder oculto y misterioso comunica ese fuego sublime, que engendra héroes, realiza prodigios y convierte á los peqneños en gigantes? ¿Qué alienta á aquellos corazones? ¿Qué los hace invulnerables á la debilidad, omnipotentes para el sufrimiento? Una idea. La Libertad........

IX

Como todo lo que se relaciona con las grandes manifestaciones de nuestra naturaleza, el heroísmo tiene tambien su voluptuosidad, su embriaguez, sus espasmos. Sentir en medio del peligro el alma fuerte, serena la conciencia, mesurados los latidos del corazon, es satisfaccion que no es dado disfrutar sino á séres privilegiados: de ahí el envanecimiento del argullo. Dominar la naturaleza hasta acallar el instinto; imponer á la materia la voluntad del espíritu; llegar con paso firme al umbral del sepulcro, desafiar las sombras pavorosas de lo desconocido, y decir á la muerte que se avanza escoltada de todos los dolores: ven, lo que siento y pienso vale más que lo soi; sepúltame en los antros de tu impenetrable misterio, despedaza mis carnes, tritura mis huesos, arrebátame la luz, el amor, la esperanza, prueba á infundirme espanto y verás que



te desprecio. Contra las sujestiones de lo terrible, tengo la alteza de mi intento; á las asechanzas del pavor, resiste lo inflexible de mi propósito: por sobre tus amenazas está mi voluntad. Elevarse á esa altura es escalar el cielo: de ahí la calma majestuosa, el poder sin límites, la fuerza absoluta.

Por algunos instantes, la tenacidad de los ataques del enemigo parece debilitarse; empero una rápida y audaz operacion, que practica sigilosamente Moráles con una parte de sus tropas, aumenta en breve la desventaja y el conflicto de los independientes. Abriendo brechas y salvando paredes, numerosas guerrillas, van á ocupar algunas de las casas que dan frente á la plaza; aportillan los muros, parapetan las ventanas, y á cubierto de peligro hacen llover de improviso sobre el recinto en que Ríbas se sostiene, incesante y mortífero fuego. Por este flanco, la batalla se convierte en cacería; se escogen las víctimas, se fusila por la espalda.

Los sitiados se desconciertan; la desigualdad numérica los abruma. La balanza se inclina en favor de los realistas.

Tal situacion para los republicanos es casi insostenible. Pero áun vive Ríbas, á quien la fortuna jamás ha abandonado; áun alienta aquel hombre de acero, que nunca titubeó en arrojarse bajo las ruedas del carro de la revolucion para aplanarle el camino del triunfo. Apóstol de convicciones profundas y generoso arranque, á quien vió el país entero descender un dia con la cabeza erguida las gradas del patriciado, romper con las viejas tradiciones, desenvainar la espada, y jurar con Bolívar la libertad é independencia de sus conciudadanos.

X

En la sangrienta aurora de la revolucion, Ríbas fué una especie de númen predestinado, cuyo arrojo violento llevaba en sí la fuerza del ariete. Luchador esforzado, parecia que empujaba con su pecho de leon el carro revolucionario que Bolívar dirigia. Más de una vez, para salvar el abismo que amenazaba sepultar todas las glorias y todas las conquistas de la patria, fué necesario improvisar un puente, y sus hombros robustos, como los de Atlante, se prestaron á resistir el peso formidable de la revolucion y de sus inmensas responsabilidades.

A grandes propósitos, ejecutores colosales.

En Bolívar, á más del génio, el distintivo característico fué la perseverancia.

En Ríbas, la impaciencia febril.

Bolívar era un hombre inspirado.

Ríbas, un hombre convencido.

El primero fué el rayo. El segundo el huracan. Los dos completaban la tempestad.

Miéntras Ríbas exista, la esperanza no abandona al soldado: para alcanzar la victoria hay siempre una probabilidad.

Tan heróica resistencia exalta la cólera de Bóves. Despues

de dominar cuántos inconvenientes podia oponer á sus propósitos el hombre y la naturaleza; despues de acuchillar tres mil soldados en la Puerta y difundir el espanto hasta en las filas de sus propios adeptos; encontrarse detenido de súbito, en su marcha triunfal, por aquel obstáculo inesperado, era más que una contrariedad, una irritante sorpresa que ultrajaba su orgullo.

Empero, aquel inconveniente, aquella barrera formidable que le cerraba el camino de la capital, oponia la resistencia de una roca: para abrirle una brecha era necesario barrenarla, y las bayonetas y las lanzas se mellaban en ella.

—Si no es posible romperlos, pasemos por encima, exclama ébrio de cólera el terrible asturiano.

Y blandiendo su poderosa lanza, ordena á sus llaneros una sucesion no interrumpida de cargas generales sobre todos los flancos de los independientes.

Atronadora vocería se levanta. La tierra se estremece de nuevo bajo los cascos de cuatro mil caballos que se arrojan simultáneamente sobre nuestros debilitados batallones. La formidable ola de ginetes llega rugiente á las entradas de la plaza. Un choque violento conmueve sin abatir el muro de bayonetas que la defienden: rudo, sangriento, desastroso, terrible es el encuentro; hombres y caballos ruedan por tierra sobre una charca de sangre. Los llaneros retroceden para cargar con más violencia. Nueve veces se repite la tremenda acometida sin éxito favorable. Sin embargo, un flanco debilitado cede, en una de las cargas, al empuje de la caballería; los violentos llaneros abren brecha en las filas de Ríbas, y, como se desliza

una espada por las junturas de una coraza, algunos ginetes temerarios penetran en el campo republicano; pero acometidos á la vez, quedan sin vida bajo el peso de sus caballos muertos, en tanto que la brecha se cierra y se restablece la línea de defensa.

A pesar del rechazo general que sufren los lanceros, la fortuna se muestra parcial por los realistas. Moráles reorganiza los desbandados escuadrones: refuerza con tropas frescas el ataque y sin flaquear en la demanda, aviva el fuego y acrecienta el estrago que sufren los republicanos.

XI

La situacion de Ríbas, cada vez más violenta y difícil, se hace al fin insoportable. A su lado ha visto caer á sus mejores oficiales segados por la muerte ó cubiertos de heridas. En nueve horas de lucha encarnizada, la mitad de sus tropas se encuentra fuera de combate y la que sobrevive cuenta la existencia por milagro. Toda resistencia parece imposible. Permanecer en aquella plaza, convertida en un inmenso lago que rebosa de sangre, es un suicidio lento. El desastroso fin de la jornada no se le oculta al General republicano; pero su alma no desmaya. Del temple de Leonidas, la desgracia estimula su heroísmo; á medida que su brazo se debilita, mayor vigor

ostenta su espíritu indomable. Como un leon acosado, se revuelve colérico en el círculo estrecho que le oprime, destroza cuanto alcanzan sus garras, y en su agonía heróica ruge aún y hace temblar de espanto á sus enconados enemigos.

En tan terribles fluctuaciones la batalla ha llegado á las cinco de la tarde. El sol va en breve á desaparecer. La noche va á llegar: noche pavorosa que puede ser eterna para los sitiados.

De las cinco piezas de campaña, apénas dos sostienen el combate; las otras humean desmontadas en el polvo, cual mónstruos fatigados por la huelga de un copioso festin.

La sed abrasa las entrañas del soldado; postra la fatiga hasta los más robustos; la disciplina se resiente; la muerte continúa segando nuevas víctimas.

Para los republicanos la batalla ha llegado á ese extremo en que una gota de agua sobra para producir desbordamiento. Todo es de temerse, todo infunde pavor: el dia, la noche, la agitacion, la calma, el ruido, el silencio, un fusil que no dispara, un sable que se rompe, un herido que se queja en alta voz de la bala que lo arroja al sepulcro. Hora suprema en la que un grito de terror basta para decidir de una batalla.

Lo que era de temerse hubo de suceder al fin. En medio del conflicto un grito formidable resonó en lo alto del campanario. Todos temblaron. Ribas, siempre sereno, trata de conjurar aquel grito de alarma mandando cargar al enemigo. Un movimiento de oscilacion se efectúa en los trozos de batallones que áun sostienen el fuego; la cadena de la obediencia militar cruge como para romperse. Pero ins-

tantáneamente, del mismo punto de donde se ha propagado la alarma, salen atronadores víctores y exclamaciones de entusiasmo.

Un oficial baja á toda prisa de la torre y va á anunciar á Ríbas, que de lo alto del campanario se divisa á lo léjos una columna de polvo, avanzando hácia ellos por el camino de San Mateo.

Renace la esperanza. La nueva de un auxilio inmediato se propaga con rapidez. Se echan á vuelo las campanas; baten diana los tambores. La batalla va á cambiar de aspecto.

Sorprendidos los realistas por tan inesperado alborozo de parte de los sitiados, debilitan el ataque. Un movimiento extraño se efectúa al mismo tiempo en la retaguardia de Bóves. No se le escapa á Ríbas: es un cambio de frente. Tampoco se le oculta quién sea el que viene en su auxilio en aquellos momentos, ni cuál el número de tropas.

XII

Aquel auxiliar inesperado era Campo-Elías, el héroe de Mosquiteros, el vencido en la Puerta; pero con todo eso, una de las espadas de mejor temple en el torneo sangriento que se llamó la *guerra á muerte.*

Aunque español nativo, fué Campo-Elías uno de los más leales, tenaces y esforzados sostenedores de la causa republicana: ente misterioso, fanático revolucionario, de pasiones terribles; su alma, inflexible como su brazo, padecia extraños vértigos, en los cuales el odio que sentia por sus compatriotas se desbordaba á torrentes é inundaba de sangre los campos de batalla. En uno de esos instantes de frenesí y venganza fué acaso que dejó escapar aquella frase de trágica elocuencia que ha recogido la historia: "Despues que los haya degollado á todos, me quitaré la vida para que así no quede úno de mi raza."

Qué odio! Cuál la causa? Hasta hoy es un misterio.

Apénas doscientos veinte soldados acompañan al impetuoso Campo-Elías; exíguas fuerzas para llevar á punto la empresa que acomete y á la cual le induce, más que la esperanza de un éxito feliz, la audacia de su carácter y el anhelo de la venganza.

En efecto: tal refuerzo en aquella batalla era como la adicion de una unidad á una cifra casi borrada, que apénas existia; fiarse á él, era como pretender apoyarse en el átomo para remover la inmensidad. Pero, necesario es convenir en que, débil ó nó, era un punto de apoyo que se ofrecia á la enérgica palanca del General republicano; un brazo más que venia á sostener el fusil y el sable que se escapaban de la mano mutilada del ejército, una sonrisa de la suerte ó una burla del destino. A juicio de Ríbas, tal refuerzo, más que una probabilidad, era sólo un puñado más de polvo que venia á arrojarse espontánemente en la inmensa fosa abierta por la muerte.

Doscientos veinte soldados para aquel mónstruo que en nue-

ve horas ha devorado un ejército, es un mendrugo arrojado á un hambriento.

Campo-Elías, empero, no se detiene ni cuenta sus contrarios; divide sus escasas fuerzas en dos columnas de ataque, toma el mando de la una, cede la otra á Aldao, que en calidad de segundo le acompaña, y carga al enemigo con aquella furiosa intrepidez que le distinguió siempre.

Ríbas los ve perdidos, y con ellos la postrera esperanza. Por primera vez parece que la frente del titan se inclina bajo el peso del desastre. Anúblase un instante el brillo de sus ojos, contrae sombríamente las cejas, como si quisiera concentrar en el alma toda la energía de su carácter, é irguiéndose de nuevo amenazante, retumba en medio del estrépito el trueno de su voz, y vibra con extrago el implacable rayo de su cólera.

XIII

Uno de esos atrevidos pensamientos que, á fuerza de ser extremados adquieren la decision y energía de las pretensiones realizables, cruza por su mente; es aquella la chispa que en breve producirá el incendio.

Cien dragones y algunos carabineros saltan rápidamente

sobre sus caballos y corren á formar en columna en el centro de la plaza. El fuego se aviva en todos los flancos del desmantelado recinto. Con palabras de aliento, Ríbas galvaniza una vez más el cadáver de su ejército; y paseando su fúlgida mirada sobre el grupo de jefes y oficiales que le cercan, exclama, indicándoles con gesto imperioso el inquieto escuadron que sólo espera un jefe para lanzarse al combate: "al más bravo."

Todos acuden presurosos á disputarse la gloria en aquel postrer esfuerzo de heroísmo; pero todos retroceden sorprendidos ante la actitud triunfante de Montilla que ya ocupa el puesto ambicionado. Suya es la gloria, el escuadron tiene un jefe al igual de la empresa que pretende acometer.

El campo entero victorea á sus valientes camaradas. Montilla da la voz de "adelante;" é intrépido se lanza sobre las bayonetas enemigas á la cabeza del escuadron confiado á su bravura.

Tanta audacia pasma de asombro á los apiñados batallones realistas que repletan las calles. El escuadron republicano, convertido en ariete, rompe las filas de Moráles, destroza, pisotea, siembra el suelo de cadáveres, pasa al otro lado del ejército dejando un ancho surco que rebosa de sangre; y llega á tiempo de auxiliar á Campo-Elías, á pique de ser envuelto por la caballería enemiga.

Los llaneros de Bóves ceden al choque de los dragones de Montilla.

Las tropas republicanas victorean con entusiasmo al vencedor en Mosquiteros.

Campo-Elías y Montilla se abrazan en medio del combate; y juntos cargan de nuevo al enemigo que retrocede amedrentado ante el supremo esfuerzo de aquel grupo de héroes.

Entre tanto, Ríbas abandona la defensa; forma una sola masa con los restos del ejército; sale de la plaza en columna cerrada; arrolla cuánto le resiste, dispersa los lanceros de Bóves, destroza á Moráles que intenta hacerse firme, siembra el terror en todos y queda dueño del campo de batalla.

XIV

Tal fué esta jornada memorable, una de las más reñidas y sangrientas de aquella lucha gigantesca que dió al fin por resultado la independencia de Venezuela.

El 12 de Febrero de 1814 es una fecha histórica que nuestro orgullo patrio no olvidará jamas; pues el combate que ella conmemora, no es de aquellos que fácilmente pierden su resonancia en el estruendo de las batallas trascendentales, ni que por virtud de los tiempos se confunden en la serie de prodigios sin nombre, que en toda lucha prolongada sirven como de cimiento á los sucesos inmortales. Por el contrario, este combate llega hasta nosotros despidiendo relámpagos cuya luz se concentra en una de las más hermosas páginas de nuestra historia militar. Él caracteriza aquella época de febril

heroísmo, de fe republicana, de muerte y de desastre porque pasaron nuestros padres, no siempre victoriosos, pero sí altivos siempre. Él nos da la medida de la tenacidad, de los sacrificios, de las virtudes de aquellos hombres que tomaron á empeño libertar la patria á despecho de la ignorancia y de la hostilidad de un pueblo esclavo que victoreaba á sus tiranos. Él aparecerá en fin á la par de "San Mateo," como una antorcha brillante suspendida sobre 1814 y sobre el mar de sangre y las agitaciones tempestuosas de aquel año terrible.

El buen éxito de esta jornada memorable fué de imperiosa necesidad para las armas republicanas, pues lo exigia con apremio el orgullo nacional, deslustrado en aquel mismo sitio donde se libró tan insigne combate; y si sus resultados aparentes no hicieron sino aplazar por cortos dias el desmoronamiento de la República, bajo la clava formidable de Bóves; en cambio, obedeciendo á más altos designios, sirvió para borrar de la frente de la ciudad humillada, el estigma de la capitulacion de 1812.

Circunstancia esta que enaltece la gloria de Ribas y de sus egregios compañeros.

Cubrir la fosa de un oscuro desastre con el arco triunfal del heroísmo; arrebatar al pasado un recuerdo lastimoso, rodearlo de prodigios, de tenacidad, abnegacion y valentía; redimir lo pequeño con lo alto, lo débil con lo fuerte, lo pusilánime con lo excelso; por cada plumada de una capitulacion inexplicable, ofrecer como rescate, cadáveres sin cuento, miembros mutilados, arroyos de sangre, entereza de gigantes, fe de mártires; dejar sellada la página lustrosa con un

timbre brillante; limpiar la mancha; trocar en luz la sombra y arrojar sobre la insólita catástrofe el manto esplendoroso de la gloria; tales fueron los verdaderos resultados de esta jornada inolvidable.

Empero, la historia, como la inmensidad, tiene tambien abismos; abismos profundos donde todo se oculta, donde todo desaparece, donde se hacinan, como despojos en las entrañas de un osario, generaciones sin nombre y nombres sin resonancia que los pueblos olvidan, porque no les recuerdan beneficios de trascendencia, ni esos hechos grandiosos que fascinan cautivando el espíritu. Oscuridad que aguarda á los más de los que vemos fatigando en el mundo las voces de la lisonja y los caprichos de la fortuna.

Para vivir en la historia la vida palpitante de la inmortalidad, no basta ser Omar ó Erostrato, César romano ó déspota bisantino; no, es necesario ascender á más alto: ser Dante, Guttemberg, Miguel Angel, Franklin, Napoleon ó Bolívar: genios que arrojen luz, soles inmensos que no eclipsen los siglos ni amengüen las distancias.

De las que pueden llamarse tinieblas de la historia sólo salva la gratitud y el buen criterio de los pueblos á aquellos de sus héroes que, por virtudes muy probadas, se hicieron acreedores á una justa recompensa: y que, aunque no tenidos por genios universales, dieron sin embargo de sí lo que el deber les exigia. Ríbas se impone á nuestra admiracion, por su heroísmo; á nuestra gratitud, por sus altos servicios á la patria. Su renombre vivirá con nosotros miéntras aliente la República. Nuestros hijos cantarán las proezas del vencedor en la Victo-

ria. El héroe mártir crecerá en la leyenda. La tradicion compendiará su historia en esta frase: "luchando por la patria supo vencer y morir."

XV

Cuando se popularice nuestra historia; cuando las pasiones perniciosas engendradas por nuestras luchas fratricidas den vagar al espíritu, y la musa del patriotismo, noblemente exitada, despliegue sus poderosas alas sobre esos campos gloriosos que nuestros padres sembraron de laureles y regaron con su sangre; entónces nuestros bardos, como el poeta de Sorrento, hallarán inspiracion altísima en las cumbres del heroísmo pátrio. La epopeya de nuestra independencia lucirá sus refulgentes galas. Y acaso al grande Homero y á Virgilio y al Tasso no les falte en nuestro suelo dignos imitadores.

Entre tanto, que esta página humilde é incorrecta que hoy sale de mi pluma, inspirada en generoso sentimiento, testifique mi veneracion por los héroes de mi patria, como por todo lo que es grande, digno y meritorio en el sentir de la conciencia humana.

EL SITIO DE SAN MATEO.

EL SITIO DE SAN MATEO.

(FEBRERO Y MARZO DE 1814.)

I

Digno del noble orgullo de una raza viril es el recuerdo de esta jornada insigne, ya por el alto ejemplo de heróica abnegacion que en ella se consagra; ya por la excelsa manifestacion que dió á la América, de lo inflexible de aquella voluntad que acometia, confiada sólo en su propio valer y su pujanza, la conquista más noble y más gloriosa á que puede aspirar el amor patrio.

San Mateo no es simplemente una batalla. Entre los episodios más trascendentales de nuestra guerra de independencia, figura en primer término: él simboliza el heroísmo de la revolucion.

Militarmente, fué un sitio impuesto por un crecido ejército á escaso número de bravos, sin muros ni parapetos de resguar-

do; una lucha incesante entre dos carnicerías; una sucesion no interrumpida de asaltos y combates vehementes, entre dos sangrientas y terribles batallas.

En la primera de aquellas, riñe el ardimiento de los republicanos, convertido en baluarte; triunfa, en la segunda, el espíritu de la revolucion encarnado en un héroe.

Por sobre aquel gran episodio se cierne el genio de Bolívar, y la primera, acaso, de las dotes características de su alma viril: la tenacidad.

San Mateo es Bolívar: la energía de todo un pueblo sintetizada en un hombre. El NO supremo de una voluntad inconstrastable, opuesto como escudo de hierro á la propia flaqueza y á la contraria fuerza. La resistencia irresistible de un propósito inmutable. La gran vibracion de la fibra latente en el *Decreto de Trujillo*. Uno de los más árduos, si no el más rudo, de los innúmeros trabajos del Hércules americano.

II

Un sol desaparece y otro se levanta.

Entre los escombros de la revolucion, aniquilada hasta en sus fundamentos, por el triunfo inesperado y sorprendente del aventurero Monteverde, se eclipsa la histórica figura de Miranda: alta virtud á quien habia confiado sus destinos la na-

ciente República. Apágase en el polvo, donde cae destrozado el altar de la patria, el fuego sacro de la idea redentora. Desmaya el sentimiento que provocó á la rebelion. El cielo de las halagüeñas esperanzas se oscurece de súbito, y las sombras de un nuevo cautiverio, como lóbrega noche, amenazan cubrir la inmensa tumba, donde parece sepultada para siempre con el heróico esfuerzo, la más noble aspiracion de todo un pueblo.

Dos años de lucha entorpecida por infructuosos ensayos de sistemas políticos, mal aconsejados por la inexperiencia en los negocios públicos, unidos al desaliento de candorosas esperanzas frustradas; al encono latente de rivalidades peligrosas, y á la amenaza, jamás bien escondida al egoísmo, de arrostrar aún más sérios conflictos y recias tempestades, ántes del definivo afianzamiento de las nuevas instituciones, habian gastado los resortes políticos de la revolucion, mellado la entereza de sus más esforzados apóstoles, y entibiado entre la multitud el entusiasmo, de suyo escaso, por una causa, al parecer, de tan difícil como remota estabilidad.

Apénas cortos dias de vida independiente, y ya toda la sávia de aquel árbol frondoso de la libertad, que nuestros padres habian logrado levantar con heróicos esfuerzos, parecia agotada. En vano sus raíces se regaban con sangre: la implacable podadera de la muerte cortaba sus más verdes renuevos. Paralizado su desarrollo, y abrasado por el fuego que brotaba á sus plantas, las hojas se desprendian marchitas de las ramas sin vida. De la opulenta lozanía de la juventud, habia pasado casi sin transicion á la enfermiza languidez de prematura ancianidad. El huracan de las pasiones habia quebrado los más robustos brazos de

su empinada copa, y el incesante torbellino de la anarquía mantenia su ya mustio follaje en constante y desastrosa oscilacion. Para 1812 no era ni sombra de aquel risueño arbusto del 19 de Abril, coronado de flores entreabiertas al sol de la esperanza: ni ménos se asemejaba al soberbio gigante del 5 de Julio, cargado de abundosos y sazonados frutos: apénas si era un tronco de solidez dudosa, protegido por escaso ramaje, falto de sávia y amenazado de esterilidad. En tan cortos dias los nobles promotores de la revolucion habian envejecido, y sus propósitos heróicos, y sus conquistas, y los trofeos cuantiososos de sus primeras y ruidosas victorias, desaparecian entre la sombra de un ayer ya remoto, para las veleidades del presente. Desatinada y recelosa avanzaba la revolucion con paso incierto hácia el abismo de su completa ruina. En vano á su cabeza, cual poderoso paladion, ostentaba al veterano de Nerwinde. En vano á prolongarle la existencia concurrian los esfuerzos de los más abnegados. El cáncer de la anarquía la devoraba, su ruina era evidente. De pronto en medio al desconcierto que la guiaba, un obstáculo fácil de superar en otras condiciones, le cierra audaz el paso. Acometida de estupor, retrocede, fluctúa, avanza luégo poseída de inexplicable vértigo, tropieza con un guijarro que le arroja el destino, y empujada por la mano trémula de Monteverde, vacila y cae vencida, cuando con poco esfuerzo habria podido alzarse victoriosa.

La capitulacion de la Victoria fué la mortaja en que se envolvió para morir. La perfidia la recibió en su seno y la ahogó entre sus brazos.

Miranda, la postrera esperanza de los independientes, sucumbe con la revolucion y, eclipsado el astro, sobreviene la noche.

Al ruido de las armas; al estrépito de las batallas; á los debates turbulentos de los primeros clubs republicanos donde rugia Coto Paúl, fulminando desde lo alto de la tribuna las amenazas de su cólera; á los cantos patrióticos y al grito santo de libertad que enardecia todos los corazones, sucede un silencio de muerte; silencio pavoroso, que no turban siquiera los ayes de las víctimas, porque hay cuidado de ponerles mordaza ántes de herirlas. La perfidia más que la crueldad, fué el distintivo de aquella época luctuosa: pública ostentacion se hacia de perdonar, y en la oscuridad se degollaba. La víctima no oponia resistencia. El verdugo trabajaba á la sombra y reinaba el silencio.

"Venezuela toda habia vuelto al estado colonial. Las juntas, los congresos, las constituciones, la independencia, todo habia desaparecido como sombra vana, sin dejar en el país ninguna impresion de su efímera existencia. Los mejores patriotas estaban presos ó emigrados: otros, llenos de miedo, habian transigido con los enemigos: algunos villanos, difamaban sus propias opiniones adoptando y sosteniendo las contrarias. Aparte de las bajezas que hacia cometer el temor de una tiranía que degradaba hombres y cosas, el pueblo inclinado al antiguo régimen y amedrentado con los recientes desastres, apoyaba con su inercia al partido vencedor. Hasta los patriotas más firmes habian perdido la esperanza de que jamás se moviera el pueblo, en favor de la independencia, al entusiasmo de la guerra y de los generosos sacrificios, tan distante de su carácter desidioso y de sus muelles costumbres." (*)

(*) Baralt.

III

Postracion dolorosa, que explotaron hasta la saciedad los vencedores, confiscando las riquezas de los vencidos, ultrajando su dignidad, su honra y sus costumbres, y anegando el país en sangre generosa.

Cumaná, quizá la más herida de las provincias orientales por la ferocidad de sus dominadores, es la primera que se reacciona; pero su heróico esfuerzo no alcanza á sacudir la postracion de sus hermanas. Sin embargo, aquel nuevo Viriato, como graciosamente á Monteverde calificaron sus aduladores, se estremece de espanto ante la ruda obstinacion de los patriotas orientales, y poseído de salvaje furor, oprime más y más entre sus brazos, casi hasta estrangularla, la presa que le diera la Fortuna.

Ilusoria esperanza! En medio de tan profunda oscuridad para la sometida Venezuela, un gran foco de luz aparece de súbito en la empinada cima de los Andes. Chispa al principio, oscilante entre los ventisqueros, acrece rápidamente hasta alcanzar las proporciones de dilatado incendio. En la inflamada region de los volcanes brilla radiosa como el ígneo penacho del Pichincha, cuando viste el gigante los terribles arreos de su im-

ponente majestad: ilumina con resplandores que deslumbran á la cautiva América: inflama el mar con los reflejos de su fulgente lumbre; y atónitos y mudos la contemplan, desde el templo del sol, hasta las playas donde Colon dejó caer el ancla de sus naos victoriosas, los decendientes de los Incas y los hijos sin patria de apuellos mismos héroes que al cetro de Castilla la dieran cual presea.

Aquella inmensa lumbre, aquella hoguera amenazante para los exarcados españoles, es el primer destello del genio de la América. Es Bolívar, que surge coronado de luz como los inmortales. Es la presencia del adalid apóstol, que, de lo alto de su corcel de guerra, predica la nueva doctrina americana al resplandor fulmíneo de su desnuda espada.

Airado vuelve los ojos á su patria el futuro libertador de un mundo y la contempla de nuevo esclavizada, moribunda, bajo la férrea planta de sus ensañados opresores. En alas del viento que sacude la tricolor bandera sobre las cumbres de los Ándes, llegan á él entre lamentos prolongados, el último estertor de la madre ultrajada y el chasquido del látigo con que se la flagela, atada al poste infamador de la ignominia. Justa es la indignacion del héroe americano, profundo su dolor, cuando llama al combate á sus propios hermanos, sin obtener respuesta. En vano les exhorta á proseguir la árdua cruzada: muéstranse los más, indiferentes. En vano les recuerda la altivez de otros dias, los juramentos espontáneos de morir por la patria, la libertad perdida y todas las miserias á que somete la tolerada esclavitud: su voz se pierde en el silencio que acrece el estupor.

Aquel cuadro doloroso prueba á Bolívar lo que ya sospecha-

ba: que la revolucion habia caído para no levantarse sino apoyada en un esfuerzo sobrehumano. La tempestad revolucionaria detenida de súbito en su rápido curso, habia plegado sus poderosas alas y, constreñida por una fuerza extraña, apénas podia estremecer la oculta fibra del amor patrio, latente en lo recóndito de pocos corazones.

Despreciada por unos, maldecida por otros, por todos relegada al olvido, la revolucion era un cadáver que sólo una voluntad superior podia galvanizar. Bolívar se juzgó capaz de tanto esfuerzo y lo intentó.

Pero; quién era él? ¿Quién el atrevido aventurero que osaba acometer tan árdua empresa? Nadie le conocia; la comun desgracia le habia hecho extraño á la memoria de sus propios hermanos. Despues de aquella ruina y del estrago de una catástrofe espantosa ¿á qué volver á provocar las iras del leon con el descabellado intento de arrancarle su presa? Ni ¿cómo pretender arrebatar con débil brazo lo que un gigante se empeña en retener? Y en vano aquel sublime enajenado se esfuerza por alentar á las víctimas que perdona el cuchillo de feroces verdugos; amenaza, suplica, se inflama al fin en ira, y desnuda el acero. Ay! su cólera terrible hará más que sus ruegos; aquella se desborda y una ola de sangre surcada de relámpagos, desciende de las cumbres andinas, con la violencia del alud, con el fragor del trueno.

En medio al torbellino en que se agitan las pasiones violentas de aquella época luctuosa; Bolívar se hace oir; su voz apaga los bramidos del huracan; resuena sobre la tempestad, pasma de asombro y vibra aterradora en la vasta extension del continente, cual la trompeta del arcángel terrible.

La historia pavorosa de aquel tiempo, escrita al resplandor de una llama infernal con la sangre inocente de los niños descuartizados por Zúazola, sobre el seno materno herido y palpitante, recoge, poseída de estupor, las tremendas palabras de Bolívar estampadas con caractéres de fuego en el Decreto de Trujillo: decreto aterrador, reto inaudito que le atrae con las iras de todas las pasiones, mortales amenazas é implacables furores.

IV

Mas ah! Hemos ascendido á una cima que domina un abismo. Cobremos fuerzas respirando un instante el éter puro donde el condor se cierne, ántes de sumergirnos en el vapor de sangre que del seno desgarrado de la patria se levanta hasta el cielo

Hénos aquí á las puertas de aquel infierno más espantoso que el infierno del Dante: á la entrada de aquel período pavoroso de nuestra lucha de emancipacion, conocido con el lúgubre nombre de la *guerra á muerte.*

El Decreto de Trujillo, espada de dos filos que esgrime audaz la mano de Bolívar, lo tenemos delante, y es forzoso detenernos frente á frente de su satánica grandeza.

Ahí está, como siempre, sombrío y amenazante para unos,

cual un escollo donde van á estrellarse nuestras pasadas glorias: para otros, deslumbrador y justiciero, como la espada á que debió su libertad el pueblo americano. Osar á decidir si fué digno de encomio ó vituperio, si conducente ó pernicioso al término feliz de la gran lucha, es empresa tan árdua, que sólo la imparcial posteridad podrá llevar á cabo.

Para apreciar con algun viso de imparcialidad aquel Decreto tan combatido en nuestros dias, y las razones que lo motivaron, es necesario salvar hoi una inmen a distancia. Es indispensable colocarse en 1813, los piés hundidos entre charcas de sangre, bajo la accion violenta de las pasiones de la época, y detenerse en el resbaladizo borde de aquel abismo poblado de rencores, de odios inveterados, de crímenes, de miserias que espantan, de exaltados furores, de exasperacion y de agonía. Abismo amenazante, vertiginoso, oscuro, donde la luz de la razon penetra con esfuerzo, y en cuyo fondo se revuelcan, mordiéndose, víctimas y verdugos, y rechinan cadenas que estrangulan, y se esgrimen puñales, y revueltos se agitan principios encontrados, ideas antagonistas, pasiones infernales. Es necesario sondear aquella sima, donde resuenan en pavoroso unísono, rugidos y blasfemias, y maldiciones y alaridos: contemplar las fauces gigantescas de aquel hambriento mónstruo que todo lo devora; y descender al antro, perderse en sus tinieblas, palpar su oscuridad y hacer por distinguir á la luz de los relámpagos que prodiga en su seno la más desenfrenada tempestad, cuánto encierra de espantoso y terrible. Y luégo ver, si es posible que á ello se presten los ojos sin cerrarse al instante, cómo corren las lágrimas en aquel sumidero del dolor: cómo brota la sangre por todos los poros

de la tierra: cómo se juntan aquellos dos torrentes que se rechazan con esfuerzo y llenan el abismo y crecen entre sombras, y al fin se desbordan ahogando en sus purpúreas olas, honor, glorias, virtudes, afectos y esperanzas. La razon vacila ante aquel caos; el corazon se oprime, y la mano convulsa de terror, se niega á asir el remo que ha de impulsar la barca de la Historia en aquel mar de sangre poblado de huracanes, de sirtes, y de escollos, para el criterio sano de quien se atreve á navegar en sus revueltas ondas.

Aquel decreto es, á no dejar duda, el hecho más trascendental de la primera campaña de Bolívar. Rugido de exasperacion lanzado como reto de muerte á los dominadores del Nuevo Muudo, llena de espanto todos los corazones, sacude el estupor de los vencidos, despierta al pueblo de su estúpida inercia, exalta el odio de nuestros contrarios y produce aquella profunda conmocion de donde surgen, como espectros terribles, las muertas aspiraciones que sepultara el vencimiento y el rigor del despotismo.

Del punto de vista de donde se estudie aquel decreto, dependen las apreciaciones justas ó exageradas á que tanto se presta; y con ellas la discrepancia de opiniones en los modernos historiadores.

Por una parte, nada más cruel, monstruoso, aterrador; por otra, nada más gigantesco, más audaz, más heróico.

Aquel decreto, en sí, es una inmensa sombra al lado de una inmensa luz.

Lanzar sobre él los anatemas de la herida sensibilidad, ó el fallo contundente de la Historia, sin el maduro exámen que recla-

ma hecho tan discutido como trascendental, prueba la sinrazon que de ordinrio acompaña á los juicios de la posteridad, cuando al estrecho molde de sus nuevos principios filosóficos, necesidades y ccstumbres, somete lo que fué cual si pasara hoy.

Guiado por un propósito político, cuya sola concepcion produce el vértigo, más que por las sugestiones de la venganza y de las pasiones exaltadas de su época, Bolívar, el más autorizado por mil títulos entre los hombres de la revolucion, creyó oportuno y necesario en 1813 la solemne declaracion de *guerra á muerte*, de hecho y de ley establecida por nuestros contrarios.

El relajamiento en que habia caído el ejército republicano ántes de la funesta capitulacion de La Victoria, y las desastrosas consecuencias de aquella suprema debilidad, influyeron no poco en el espíritu de aquel Decreto que, más que al aniquilamiento de españoles y canarios, á quienes ostensiblemente parecia encaminado, tendia á herir en su indolencia á la gran masa del pueblo, indiferente á los esfuerzos de sus libertadores, y á aquellos mismos de sus adeptos que, postrados de abatimiento tras el primer fracaso de la República, descendian á transigir con los verdugos de sus propios hermanos.

Sin aquella medida que cerraba las puertas á todo avenimiento entre los contendores, ¿no era de esperarse que en el trancurso de la revolucion hechos semejantes pudieran repetirse? El mal ejemplo estaba dado; toda dificultad tenia á su alcance una salida, todo náufrago un puerto á donde dirigirse: y nuestro pueblo, de suyo esquivo á la libertad, por aquel tiempo, una ancha brecha por donde entrar de nuevo, la vida á salvo, en el atrincherado recinto de la colonia.

V

Aquella audaz declaracion hizo imposible para lo futuro toda debilidad, toda transaccion con la soberanía de España. Tónico horrible y repugnante, aplicado al relajamiento que cundia tras el fracaso de 1812, exaltó el odio que es fuerza, y provocó la represalia que es amenaza.

Con aquella medida extrema, Bolívar impuso al país, junto con su autoridad revolucionaria, la autoridad militar desprestigiada, escarnecida, conculcada en el Generalísimo de 1812.

Sin aquel freno impuesto á la debilidad, más peligrosa cuando se *desenfrena* que la fuerza misma, ¿ habria podido dominar y dirigir aquel todo múltiple, heterogéneo y turbulento, cuando dejaba libre el campo del tratado, y la derrota respetada, sirviendo de amenaza á la disolucion de los independientes ?

Aquel Decreto, considerado como engendro del odio y de la venganza, no sólo es cruel, sino monstruoso, absurdo, atentatorio y criminal, indigno de Bolívar y de su genio soberano: considerado como necesidad suprema, en el desarrollo de un propósito político de elevados alcances, cambia de faz y brilla entre las sombras que lo cercan, como el rasgo más gigantesco y más heróico de aquella indomable voluntad.

Ahora bien: expedir aquel Decreto en las condiciones de material debilidad en que Bolívar se encontraba, provocando á duelo de exterminio á la soberbia España, fuerte de nuevo y omnipotente en sus colonias, es exceder á la humana flaqueza; es atentar contra las leyes inmutables que nos sujetan á la precaria condicion de mortales; es cernerse en las alturas donde sólo campea la prodigiosa fuerza; dominar el peso moral de todas las responsabilidades; osar sobreponerse á los decretos del destino; rebelarse contra todo derecho; ostentarse árbitro absoluto de la suerte de un pueblo; poner á precio su cabeza; declararse reo y empinarse héroe.

Con aquella declaracion inaudita, Bolívar dijo á sus desmayados compatriotas.

—¿Queréis continuar siendo esclavos? Yo me opongo. En la balanza de la estricta justicia, mi irrevocable propósito de daros libertad, pesa mil veces más que todas las miserias que pudiérais alegar como vuestros derechos. Vosotros no podeis conservar esas cadenas, en tanto que entre vuestros hermanos exista uno sólo que las quiera romper. Seréis libres hasta contra vuestra decidida voluntad. La mia lo quiere así; y la medida de esa voluntad que os hará independientes, su decision, su fuerza, su energía insuperable, la teneis ahí de manifiesto, en la terrible declaracion de guerra á muerte.

Cuando se intenta arrebatar al leon su presa, es necesario convertirse en leon para poder siquiera disputársela con probabilidades de buen éxito.

VI

El Decreto de Trujillo es el paves sobre el cual aparece Bolívar en 1813. Escudo sangriento levantado al cielo por los mil brazos de la revolucion, en que se exhibe como deidad terrible el egregio caudillo americano.

Precedido por el espanto que infunde en nuestros enemigos y por el entusiasmo que despierta entre la multitud, rueda, con pavoroso estrépito, sobre los yermos campos de Venezuela, el carro de la revolucion. Apénas quinientas bayonetas lo escoltan y protegen; pero con él, desnudo el sable, radiosa la mirada y atronando el espacio con sus gritos de guerra, van Ríbas, y Urdaneta, y Giraldot, y D'Eluyar, y el inmortal Ricaurte, sedientos de combates y de gloria. Nada resiste al ímpetu de su heróica bravura. En vano cierra España con numeroso ejército, la ancha vía que recorren audaces, dejando en cada huella sembrada una victoria. Allá Agua-obispos, la terrible y sangrienta, medio oculta en un repliegue de los Andes como en los bordes de un inmenso sepulcro. Más despues Niquitao, que áun deslumbra en la historia con los reflejos de la espada de Ríbas. Luégo Horcones, y más tarde Taguanes que abre á

Bolívar las puertas de Carácas y cubre con su manto de púrpura aquella campaña prodigiosa, marcha triunfal del genio sobre los destrozados hierros del despotismo.

Un grito inmenso de júbilo y asombro se propaga por toda Venezuela. Revive el amor patrio, llena los corazones y del sangriento polvo donde cayera exánime la naciente República, se alza de nuevo majestuosa y terrible al amparo de Bolívar y de su incontrastable voluntad.

1813 es una aurora; aurora de un instante que luégo anublan sombras pavorosas, pero que exhibe en todo su esplendor al hombre extraordinario á quien debió su libertad el pueblo americano.

Dignidad, entusiasmo, amor patrio, energía en el propósito de la idea redentora, leyes, instituciones, fuerzas para luchar, y la esperanza del definitivo afianzamiento de nuestra nacionalidad republicana, todo renace á la presencia de Bolívar. Venezuela le aclama su libertador; ciñe coronas á su frente inmortal y de nuevo se lanza á la ensañada lid donde con suerte vária lucha sin tregua hasta alcanzar su independencia.

Desvanecido el estupor que produjera en nuestros enemigos la audaz campaña de Bolívar, torna España á esgrimir el sanguinoso acero de sus indomables defensores: reorganiza sus huestes destrozadas: apela una vez más al fanatismo de la masa inconsciente de nuestro pueblo, su poderoso aliado: provoca la ambicion de oscuros caudillejos con la aprobacion tácita de todos los desmanes cometidos por Monteverde: cobra aliento al pesar la superioridad numérica en que aventaja á sus contrarios; exalta el odio entre los dos partidos: sopla la

hoguera en que habrán de consumirse vencedores y vencidos, y desata las alas de aquella tempestad de furiosas pasiones que de nuevo se agitan con estrépito sobre los yermos campos de la patria.

VII

Parapetado tras los muros de Puerto Cabello, azuza Monteverde al combate, á los jefes realistas que áun dominan la mayor parte de nuestro territorio. A fuego y sangre Yáñes y Puig penetran en Barínas. González se apodera de Trujillo. El Brigadier Ceballos deja á Coro é invade las provincias del centro. Calzada acomete por Guanare. Cagigal se hace fuerte en Guayana, y Torréllas, Oberto y Réyes Várgas asedian á Barquisimeto con crecidas guerrillas. El país entero se conflagra al reclamo del odio, y del ancho seno de las pampas, surgen siniestros como evocaciones infernales, Bóves, la espada azote que ha de anegar en sangre á Venezuela, y Moráles, su émulo, tan implacable como él.

Bolívar se ve rodeado, de improviso, por un inmenso círculo de amenazantes bayonetas que, á medida que se estrechan se multiplican y compactan; pero no desmaya su energía. Blanco de todos los rencores, de todas las asechanzas, de todos los

ataques, resiste impertubable el recio empuje del enemigo encono, como el cedro de nuestras montañas los embates furiosos del huracan.

Apénas con tres mil soldados, faltos los más de disciplina y entre los que figuran niños, áun no apartados del paterno regazo, se enfrenta á las décuplas fuerzas que le oprimen; acomete á todos los flancos que le da el enemigo, lucha, destroza, vence, cae y se levanta, retrocede bañado en propia sangre, torna á embestir con mayor brío, y siembra de cadáveres el ruidoso palenque donde su espada brilla como el rayo del cielo.

Contra los muros de Puerto Cabello rompe las bayonetas de las dos divisiones de Giraldot y de Urdaneta. Repliega hácia Valencia. Enfrenta á los cuerpos francos de Réyes Várgas y Torréllas, á García de Sena, que los destroza en la jornada de los *Cerritos blancos.* Contrária suerte le cabe con Valdez en Yaritagua y en Bobare. Se revuelve sobre Monteverde que se aventura á dejar sus baluartes, le vence en *Bárbula* perdiendo entre los víctores del triunfo al bravo Giraldot. Ciego de ira y de venganza, acomete de nuevo en *Las Trincheras* á las huestes españolas, corona su arrojo la victoria: vengado queda el héroe granadino y el sitio de Puerto Cabello restablecido. Bóves, entre tanto, acuchilla á los republicanos en el paso de Santa Catalina y avanza sobre el centro de la provincia de Carácas. La tajante espada de Campo-Elías se le opone en Mosquiteros, y el feroz asturiano repliega destrozado á las llanuras. El Libertador vuela en persona á oponerse á Cebállos, ya vencedor en Yaritagua, le ataca en las afueras de Barquisimeto con fuerzas en todas armas inferiores; riñe con desesperacion, pero la suerte le es

adversa. Á aquel fracaso contesta con el sangriento triunfo de Vigirima: reñida lid, en que á los veteranos del regimiento de Granada que manda Salomon, opone Ríbas, con éxito asombroso, los alumnos de los colegios de Carácas.

Los contrapuestos bandos se emulan en fiereza. Los combates se suceden sin tregua y se cierra el año de 13 con la destruccion de Aldao en el paso de San Márcos, por el terrible Bóves, y con la victoria refulgente de Araure, alcanzada por el Libertador sobre los vencedores en Barquisimeto y en Bobare.

VIII

La espada de Bóves ilumina, cual funeraria tea, el año aciago de 1814, y un alarido inmenso se deja oir al despuntar la aurora de aquel año terrible. Convertida Venezuela toda en campo de batalla, se anega en la sangre de sus hijos. El cañon no cesa de rugir Núblase el sol entre rojos vapores. Ciérrase el corazon á la piedad. Los lazos de familia se rompen. Y al silbo de las balas y al redoble de los tambores, danzan desmelenadas é iracundas, cual las furias de Esquilo, figuras pavorosas, en torno á los cadáveres que abandona insepultos el incesante batallar.

Corre la sangre en todo sitio donde el hombre respira. Se

combate en los campos, en el mar, en los rios, en las ciudades, en los templos y en el recinto del hogar. Batallas, patíbulos y asesinatos se suceden sin tregua. Los crugidos del incendio se mezclan con el extertor de los agonizantes, y la entusiasta vocería de los triunfadores. Tras la afanosa lid, el quién vive, las amenazas y el estruendo de otra lucha empeñada interrumpen el grito de victoria. Los últimos disparos de un combate responden á las primeras explosiones de otra cruenta jornada.

1814 es un sólo clamor, una sola batalla; una sola descarga, prolongada entre denuestos, alaridos y víctores.

Con pasmosa energía lucha Bolívar en medio del cáos en que se agitan las feroces pasiones que engendra aquella guerra de exterminio; y con las alas que el huracan le presta recorre á Venezuela : fulmina, alienta, exhorta, hiere y condena como un Dios vengador.

El número de sus contrarios se acrecienta : los muertos parece que resucitan para seguir luchando. Todo conspira contra su genio y su osadía. La fortuna le niega sus favores; la patria su decidido apoyo. Mas ah! nada le arredra. En vano vibra el rayo sobre su frente olímpica. En vano la ola de sangre en que sus piés se hunden, se encrespa y brama, y sube, y amaga sepultarle. En vano se estremece la tierra y le amenaza y se oscurece el sol y fúnebres presagios le asedian anunciándole un desastroso fin : su brazo no desmaya ni cede en su propósito.

Jamás lucha tan dura, desigual y terrible registraron los fastos de los antiguos tiempos. Jamás caudillo alguno de los creados por la fábula, osó á mayor fortuna, ni venció más obstáculos por alcanzar la gloria.

Estrechado en su línea de defensa, Bolívar trata de reconcentrar entre Carácas y Valencia el mayor número de fuerzas disponibles para esperar á Bóves, que se adelanta victorioso á la cabeza de ocho mil combatientes; pero son pocos los recursos con que cuenta para llevar á término feliz tan heróico propósito.

La situacion de los independientes se agrava por instantes. Bóves destroza á Campo Elías en la funesta jornada de La Puerta. Rosete con una fuerte division invade los valles que fertiliza el Tuy y amenaza á Carácas, á la sazon desguarnecida. Puig y Rámos incendian á Barínas y pasan á cuchillo sus valerosos moradores, abandonados por García de Sena. Tras heróicos esfuerzos Urdaneta, con escasos jinetes se ve obligado á replegar sobre Bolívar. Ceballos con el ejército de Coro ocupa á Barquisimeto y se adelanta sobre el centro. Calzada se apodera á fuego y sangre de San Cárlos, con mil infantes y ochocientos caballos. Numerosas guerrillas inquietan á Valencia; y los sitiados en Puerto Cabello, con amagos de frecuentes salidas, paralizan la accion benéfica de D'Eluyar en el conflicto general.

Vencido Campo Elías, el Libertador opone á Bóves el vencedor en Niquitao. Chócanse en la Victoria, con estrépito y furia, aquellos dos gigantes de indomable bravura, y victorioso sale de la reñida lid, y tinta en sangre y una vez más gloriosa y refulgente, la espada formidable de Ríbas. Bóves retrocede á la Villa de Cura á organizar de nuevo sus desbandados escuadrones. Ríbas vuela á Carácas á oponerse á Rosete, y el Libertador deja á Valencia y va á situar en San Mateo su cuartel general.

IX

Hénos aquí, ya en el campo inmortal, escogido por el Libertador para dar á la América, con la medida de su entereza de gigante, el más alto ejemplo de decision y de perseverancia en el propósito de la idea redentora.

Cuando todo se abate; cuando todo desaparece en el abismo de lo imposible; cuando los más osados sostenedores de aquella cruenta lucha retroceden, y la fe vacila y el brazo se desmaya, y ahogada en sangre sucumbe la esperanza, se levanta como por efecto de un conjuro, algo extraño y superior á la virilidad humana; se levanta la energía de Bolívar.

Y allí donde le amaga el mayor número, frente al mayor peligro, y á la más árdua de las dificultades, clava el Libertador su bandera gloriosa y desafía la adversidad.

—San Mateo es Bolívar: la energía de todo un pueblo sintetizada en un hombre: el NO supremo de una voluntad incontrastable, opuesto, como escudo de hierro á la propia flaqueza y á la contraria fuerza: la resistencia irresistible de un propósito inmutable: la gran vibracion de la fibra latente en el

decreto de Trujillo: uno de los más árduos, si no el más rudo de los innúmeros trabajos del Hércules americano.—

¿Quién, de entre nosotros, los hijos de este suelo, no ha experimentado un sentimiento de profunda admiracion y de respeto, al penetrar en aquel campo de batalla, donde áun repite el eco el nombre de Bolívar? Quién, no se ha detenido á á contemplar aquella casa histórica, tumba gloriosa de Ricaurte y cuna de su inmortalidad, que de lo alto de la eminencia en que se asienta, domina el campo de la reñida lid, y resplandece como el brillante paladion de las antiguas glorias de la patria? Nadie á fe, y con razon: nuestra memoria, mal que le pese al ánimo, experimenta allí la suprema coaccion de lo inolvidable

En medio, de un valle estrecho y largo, extendido, como una franja de verdura entre dos filas de montes casi paralelos, y agrupada al pié del viejo campanario de su iglesia, como manso rebaño en torno del pastor, se divisa desde lo alto de la casa histórica, la humilde aldea de San Mateo. El camino público, que pone en comunicacion directa á la Victoria con Valencia, la cruza al Norte; y la limitan al Oriente los extensos plantíos de la más pingüe de las haciendas patrimoniales del gran caudillo republicano.

Allí entre las flores y las cañas de aquel risueño valle cultivado por sus mayores, habia pasado Bolívar las más felices horas de su primera juventud; y en aquella misma casa de su feudo, consagrada luégo por el más heróico sacrificio, habia soñado, más de una vez, con la libertad de su país y acariciado el propósito en que incansable perseveraba siempre.

X

El 22 de febrero de 1814, diez dias despues de la heróica defensa de la Victoria por el general Ríbas, acampó Bolívar, con su Estado Mayor y con su guardia, en el pueblo de San Mateo.

A pesar del rechazo que habian sufrido los realistas, era en extremo conflictiva la situacion de la comarca. El terror dominaba todos los ánimos. Poblaciones enteras huian desvaporidas á la aproximacion de las hordas de Bóves, y una emigracion numerosa afluia al cuartel general buscando amparo en en el ejército republicano.

Niños, mujeres y ancianos sobrecogidos de espanto y enflaquecidos por la miseria, seguian los cuerpos que velozmente se iban reconcentrando en San Mateo, y en torno de aquellos bravos que dividian con ellos su escaso pan con mano generosa, giraban sin concierto, prorrumpiendo en desgarradores alaridos á la menor alarma.

Situado el Libertador en San Mateo, punto escogido como estratégico para vigilar los movimientos del poderoso ejército enemigo reconcentrado en la Villa de Cura, y auxiliar con más

facilidad en caso necesario, una ú otra de las dos ciudades más importantes de la República, amenazadas á la sazon por los realistas, se ocupa en reforzar sus posiciones con algunas obras de defensa, en tanto que la llegada del ejército de Oriente, acaudillado por Mariño, y esperado con ansiedad creciente, le pone en capacidad de acometer á Bóves y de abrir, con probabilidades de buen éxito, una nueva campaña.

En la mañana del 26 se incorporó al Libertador el mayor general Mariano Montilla, con la division de los Valles del Tui: y al dia siguiente lo hicieron á su vez los cuerpos de Ponce y de Salcedo y la brigada de Barquisimeto al mando de Villapol. Las fuerzas todas de los independientes, reunidas en San Mateo, ascendian á 1.500 infantes, con cuatro piezas de campaña de grueso calibre y 600 jinetes, entre los cuales figuraba el brillante escuadron de Soberbios Dragones, ávidos por vengar la muerte de su jefe, el bravo Rívas Dávila.

Repuesto Bóves del descalabro sufrido en la Victoria, é impaciente por medirse con el Libertador, á quien cree exterminar al empuje de sus numerosos escuadrones, se apresura á caer de nuevo sobre los republicanos, mal seguros en sus posiciones de San Mateo. A la cabeza de ocho mil combatientes sale orgulloso de la Villa de Cura; ocupa á Cagua, pueblo inmediato al cuartel general de los independientes; ordena á su vanguardia forzar en el paso del rio las avanzadas á cargo de Montilla, que le oponen dura resistencia; repliega con la noche, toma posiciones ventajosas y espera el dia para librar una batalla en la que de antemano se adjudica la victoria.

XI

El 28 de Febrero de 1814, las tropas republicanas en pié, ántes del alba, se aprestan al combate. En medio de la oscuridad que cubre el campamento y en el mayor silencio, se movilizan cuerpos que van á reforzar las avanzadas ó á cubrir nuevos puntos juzgados por el momento favorables. Como grupos de fantasmas aparecen al esquivo resplandor de las estrellas, los piquetes y rondas que recorren el campo, y las guerrillas estacionadas en acecho á la entrada de los caminos y tras los setos del poblado.

La derecha de los independientes á cargo del valeroso Villapol, ocupa en la fila de montes que corren al Norte de San Mateo la altura denominada del Calvario. Cubre la izquierda á las órdenes del teniente coronel Gogorza, la casa del Ingenio. Y el centro mandado en persona por el Libertador y el coronel Lino de Clemente, se apoya en los atrincheramientos practicados en la parte del caserío que protegen las alturas donde se extienden sus dos flancos.

La impresion que reina en la mayor parte de las tropas con

motivo de los recientes descalabros sufridos, se adivina en el silencio sepulcral que guarda nuestra línea. El Libertador recorre á caballo los puestos avanzados, inspecciona los improvisados atrincheramientos de su línea de defensa, comunica órdenes que ejecutan con rapidez los jefes que le acompañan, calma con su tranquilidad, la inquietud general; aviva el fuego de los más denodados con la promesa de una victoria que él solo crée alcanzar, y confiado en su estrella, espera con ansiedad el nuevo dia, cual si la nueva luz hubiera de convertirse para él, en deslumbrante auréola.

Brilla al fin, con rojos y cárdenos reflejos la aurora de aquel sangriento dia. Un prolongado redoble de tambores, resuena en torno al valle, como el primer rugido de la espantosa tempestad que se prepara. Muestra el sol su disco refulgente, y las alturas todas que dominan, al Sur, la aldea de San Mateo, se exhiben coronadas de bayonetas enemigas, á la vez que se divisa en la llanura, como un bosque de lanzas, la crecida caballería de Bóves maniobrando á derecha é izquierda de nuestra línea de batalla, hasta cubrir todas las avenidas y plantíos inmediatos.

Por largo tiempo los dos campos contrarios, presta el arma é inmóviles, se miran en silencio. La impaciencia exaspera á nuestros batallones. De súbito vibra un clarin lejano y Bóves á caballo y rodeado de lanzas, aparece á la entrada de San Mateo por el camino de Turmero.

Estrepitosa vocería resuena á la presencia del terrible caudillo. La infantería realista desciende con rapidez de las alturas, truena el cañon con formidable estrépito, y cinco mil caballos

impetuosos, al par de los infantes, no ménos temerarios, cargan á nuestra línea.

Con extraordinaria serenidad, espera el Libertador los jinetes realistas y los fusila á quema ropa. Nuestras dos alas, á su turno, rechazan el ataque. Bóves torna á cargar con más violencia, y la batalla se generaliza con indecible furia de una y otra parte, sobre todo en el centro de los republicanos, contra el cual empeña Moráles la mayor parte de sus tropas.

Allí, en torno de Bolívar y escudándole con sus heróicos pechos, combaten como buenos Lino Clemente y los Montilla, y Florencio Palacio, y Ricaurte el glorioso, y el indomable Campo-Elías, y Maza, Soublette, y Muñoz Tébar y aquel patriota insigne Martin Tovar, tan valeroso como honrado.

XII

Despues de cinco horas y media de un fuego vivo y desastroso sobre débiles atrincheramientos, el Libertador ordena reforzar su ala izquierda situada en el Calvario y hacer por aquel flanco diversion al enemigo.

Practícase con brio aquella peligrosa operacion. Campo-Elías refuerza á Villapol y juntos cargan á la izquierda de los realistas y acuchillan cuanto les resiste; pero Bóves, pronto

siempre al combate, vuela al auxilio de los suyos á la cabeza de sus violentos escuadrones; una brega sangrienta y obstinada se empeña en la extrema derecha de nuestra línea. Campo Elías y Villapol combaten á porfía. Aquellos dos atletas terribles é impetuosos, hijos de España y defensores de la América y de sus nuevas instituciones, lidian con sin igual coraje. Bóves, no ménos temerario, toma á empeño vencerlos: con numerosa hueste los envuelve, los diezma, los rechaza y logra al fin desalojarlos de las casas que ocupan al pié de la colina del Calvario; parapeta en aquellas su numerosa infantería que causa fiero estrago en nuestros destrozados batallones y, reforzado con tropas de refresco, carga y pone en conflicto nuestro flanco. El Libertador auxilia á aquellos bravos con una pieza de artillería y algunas guerrillas, que no bastan á contener el formidable empuje de las columnas con que el jefe realista los combate.

XIII

Frenético se arroja Campo Elías sobre las bayonetas enemigas; sus ojos despiden llamas, sus miradas avasallan y espantan. Desgarrado el uniforme, el rostro ennegrecido por la pólvora, bañado en propia y en ajena sangre; ruje como leon

furioso, rompe su espada en las filas de Bóves y cae vencido por la muerte sobre un monton de cadáveres.

Villapol, á su vez, se lanza como el rayo, hiere, destroza, retrocede abrumado por innumerables enemigos, se rehace un instante y sin flaquear en la demanda acomete de nuevo con indecible arrojo. Su brazo no desmaya, reconquista la posicion perdida, pero una bala le hiere el corazon al proclamar el triunfo; y al pié de la bandera que sostiene en su crispada mano, rinde la vida en brazos de la gloria.

Nuestros soldados retroceden; por aquel flanco no les queda un sólo oficial que los dirija: muertos los más ó heridos, cubren el campo que de nuevo ocupa el enemigo. La derrota los amenaza, bien que oponen sin concierto desesperada resistencia. De pronto en medio del conflicto, aparece como salido de la tumba, un jóven oficial pálido, ensangrentado y cubierto de heridas; pónese al frente de aquellos bravos á quienes electriza con su presencia, tira de la espada que apénas puede manejar su débil brazo y restablece entre los suyos la confianza. Aquel mancebo heróico es el hijo de Villapol; separado casi moribundo del campo de batalla, algunas horas ántes, sabe en su lecho de agonía la muerte de su padre y se levanta y le viene á vengar. Intrépido se arroja sobre las casas en que se parapetan los realistas, logra desalojarlos en el primer empuje, y agotadas las fuerzas por la sangre que manan sus heridas, cae desmayado al cumplir su propósito. Empero, tanto esfuerzo decide la jornada. En la última carga el incansable Bóves queda herido, y próxima la noche suspende la pelea. Nuestra izquierda enfrentada á Moráles, y tan combatida como

el centro y la derecha, no fué ménos feliz. La victoria se declara por el Libertador. Retroceden los realistas á sus inexpugnables posiciones de los montes, al Sur de San Mateo, y dejan tendidos ochocientos cadáveres en el sangriento campo de batalla.

XIV

A pesar de aquel brillante triunfo no es ménos conflictiva la situacion de los republicanos.

Vencedores los jefes realistas en todo el Occidente, marchan sobre Valencia con poderoso ejército.

El coronel D'Eluyar, jefe de la línea de Puerto Cabello, es inquietado á su espalda por los cuerpos francos de las costas de Urama y de Moron.

Rosete no escarmentado con la primera derrota sufrida en Charayave, vuelve sobre Carácas con mayor número de tropas.

¡ Y Mariño no llega..........................!

Y aunque Bóves se retira á la Villa de Cura, á restablecerse de su herida, queda Moráles, su segundo, al frente de Bolívar, con todas las fuerzas sitiadoras de San Mateo, y mantiene nues-

tro campo, con frecuentes y violentos ataques, en constante y agitada expectativa.

En los dias que siguieron á la jornada del 28 y por sobre la oposicion del enemigo, el Libertador extiende la línea de defensa hasta su hacienda; sitúa el parque con un cuerpo de infantería en la casa alta del Ingenio, y entrega como pasto á la caballería las plantaciones de caña dulce de su propiedad.

Los combates continúan sin tregua. Reñidas escaramuzas provocadas por uno ú otro bando, principian con la aurora y cesan con la noche. Las más veces, los patriotas arrollan á sus contrarios, pero escasos de fuerzas para conseguir desalojar al enemigo de sus ventajosas posiciones, se limitan á sorprender las avanzadas y á empeñar, á campo raso, combates siempre desiguales con su numerosa caballería.

Entre tanto, con la noticia de la rápida curacion de Bóves y de su pronto regreso á San Mateo para librar una batalla decisiva, llega al Libertador la nueva no ménos alarmante, de la ocupacion de Ocumare por Rosete, y de la marcha de aquel insigne foragido, á la cabeza de más de tres mil hombres, sedientos de sangre y de pillaje, sobre la indefensa capital.

Sabedor del peligro que amenaza á Carácas, Bolívar olvida generosamente su propia y angustiosa situacion. Escoge de sus tropas 300 hombres de los más aguerridos, los municiona en abundancia, los dota con un cuadro de aguerridos oficiales y, á las órdenes de Mariano Montilla, los hace salir de San Mateo á las dos de la tarde, á tambor batiente y banderas desplegadas, por el camino de la capital. Cae el enemigo en el engaño que encierra aquella marcha ruidosa y ostensible,

refuerza con numerosas tropas su ala derecha que supone le va á ser atacada, y espera alerta y á pié firme en sus ventajosas posiciones, en tanto que Montilla, no inquietado, sigue tranquilo á su destino.

XV

Tras del sobredicho engaño y de los repetidos descalabros, torna Mórales á hostilizar con más vigor nuestra línea debilitada. Compromete combates que nos cuestan preciosas vidas. Sus feroces jinetes acosan nuestros flancos. Maza, Tomas Montilla, Jugo y Cedeño, á la cabeza de nuestros escuadrones, los rechazan con furía. En uno de los tantos encuentros una parte de la caballería enemiga se empeña en resistir, y los Soberbios Dragones de Salcedo, la rompen y acuchillan, y en violenta derrota la llevan hasta Cagua.

Nuestros infantes, á su turno, desalojan á los realistas de algunas de sus altas posiciones; pero abrumados luégo por el número de sus contrarios, ceden el puesto y repliegan al poblado.

De esta suerte, sin dar tregua á la lucha, trascurren veintidos dias, empeñados en combates parciales de más ó ménos gravedad, pero todos sangrientos.

Antes de ser completamente interceptada toda comunicación con el cuartel general de San Mateo, y en medio a tanto estrago y tanto ensañamiento, el Libertador escribe a Urdaneta, de quien recibe aviso de la confusa situación de Occidente:

«Defendereis a Valencia, ciudadano general, hasta morir; porque estando en ella todos nuestros elementos de guerra, perdiéndola se perdería la República. El General Mariño debe venir con el ejército de Oriente; cuando llegue batiremos a Boves y demos el segundo a [illegible]....»

[illegible]

XVI

Los republicanos tienen de nuevo á Bóves al frente del ejército realista. Los rudos embates que experimenta nuestra línea denuncian la presencia de aquel fiero caudillo.

La lucha se encrudece. Ni un instante de calma á la diaria fatiga alcanzan nuestros acribillados batallones. La llanura no cesa de temblar bajo el acelerado movimiento de los innúmeros caballos que la cruzan en todas direcciones; y un trueno sordo y prolongado retumba con estrépito sobre las cumbres que se extienden en torno de San Mateo.

Los contrapuestos bandos se emulan en vigor y fiereza; pero la resistencia que al incesante batallar, sin resultado decisivo, oponen los republicanos, impacienta al fin, alarma y exaspera la cólera de Bóves.

"*Mañana será el último dia*" dice con gesto amenazante, á sus intrépidos jinetes, despues del más reñido é infructuoso de todos los combates parciales con que hasta entónces nos venia inquietando; "*mañana os hareis matar todos, ó yo me encargo de cortaros la cabeza si no quedais definitivamente victoriosos.*"

Y acto contínuo, se apresura á concentrar todas las fuerzas de su mando que discurren por los vecinos campos y poblados; las estimula con promesas de sangre y de pillaje, y se prepara al nuevo ataque, decidido á morir ó á exterminarnos.

XVII

La escasez de pertrechos de que ya se resiente, y la dificultad de proporcionárselos sin pérdida de tiempo, le induce á violentar el fin de aquella lucha y á intentar sobre el provisto parque de los republicanos una sorpresa que los prive de sus abundantes municiones.

Para el efecto, al promediar la noche organiza una fuerte columna de sus mejores tropas, que confía al más audaz de sus tenientes, con la órden secreta de flanquear nuestra línea haciendo gran rodeo, tomar luégo por la espalda los cerros en que se apoya nuestra izquierda, tramontarlos, descender sobre la casa del Ingenio y asaltar nuestro parque.

El resto del ejército realista, al despuntar el alba, debia bajar á San Mateo, y miéntras se ejecutaba aquella atrevida operacion, atacar simultáneamente toda nuestra línea con el fin de ocultarnos el insidioso movimiento. No se escapa á la vigilancia de Bolívar la concentracion del enemigo; por lo que previendo para el siguiente dia, no un

nuevo ataque como los anteriores, sino una batalla en toda forma, se apresura á reforzar sus posiciones con todos los reparos de que puede disponer en tan conflictiva situacion. Al efecto, despues de dar de alta á todos los heridos del hospital de sangre, y de armar de nuevo á aquellos bravos que apénas logran tenerse en pié, mutilados como se hallan los más, y doloridos; pasa revista á sus tropas, reducidas próximamente á la mitad del número con que diera principio á la tremenda lucha, y restablece su línea de batalla como en la pasada jornada del 28 de Febrero. El teniente corcnel Ramon Ayala fué escogido por el Libertador para mandar el ala derecha y sostener la importante posicion de la colina del Calvario, tumba gloriosa de Villapol y Campo Elías, y célebre entre nuestras posiciones por el esfuerzo heróico de aquellos dos atletas. El parque del ejército, situado en la casa alta del Ingenio, fué confiado á la custodia del intrépido capitan Ricaurte, jóven de grande esfuerzo y de notoria fama. Y los atrincheramientos del centro quedaron á las órdenes del coronel Clemente.

XVIII

Todo se prepara en el campo republicano para la próxima contienda. Empero, no es una simple batalla la que se va á librar; es la suerte de la República la que se intenta resolver en aquel último y desesperado esfuerzo. Vencedores los indepen-

dores, la situacion cambia de faz: el Libertador puede aventurar una nueva campaña, y al incorporársele el ejército de Oriente, romper el sitio de Valencia y luchar todavía con probabilidades favorables. Vencidos, nada les queda que esperar: Boves los pasará á cuchillo y Mariño no hallará en San Mateo sino un aglomeramiento de cadáveres sobre un monton de escombros.

El Libertador vela toda la noche, y en medio del profundo silencio que reina en la extension del valle, sus tropas, apercibidas al combate, le ven pasar sombrío como un fantasma, ir y venir de un flanco á otro, y sin descanso repasar su línea de batalla durante todas las horas de aquella larga noche.

A pesar de tanta vigilancia, burló el enemigo la sagacidad y el cuidado de aquel ilustre centinela, y la operacion tan sigilosamente practicada sobre el flanco izquierdo de los republicanos, no fué advertida y quedó en el misterio.

Algo extraño, no obstante, como un presentimiento, conturba á par que alienta nuestro ejército. Los jefes se interrogan entre sí sobre la causa oculta de aquella inexplicable y angustiosa inquietud, que todos sienten mezclada de lisonjeras esperanzas sin encontrar razon que la justifique; pero todos convienen en que algo extraordinario se prepara, y ven llegar el dia con la ansiedad con que se espera lo imprevisto anunciado por una inspiracion.

XIX

Al despuntar la aurora del 25 de Marzo de 1814, estrepitosa vocería se levanta en el campo realista. Redoblan los tambores, suenan cornetas y clarines, relinchan los caballos y crujen las cureñas de las piezas volantes que el enemigo pone en movimiento. Luégo, impetuoso, el ejército español desciende á la llanura, despliega en alas su numerosa caballería, y se arroja sobre nuestra línea de batalla.

Un combate violento, tenaz, encarnizado, se traba en todos los puntos que simultáneamente ataca el enemigo. Nuestros soldados defienden sus posiciones con heróica bravura, y rechazan las repetidas cargas con un fuego incesante y mortífero, que impávidos resisten los jinetes de Bóves, y que contesta con no ménos estrago la numerosa infantería realista regida por Moráles.

Bóves enardece á los suyos con el ejemplo de su arrojo. En medio al fuego que destroza sus filas, se divisa á aquel atleta formidable, sobre su gran caballo de piel leonada y negras crines, como vision terrible. A la cabeza de sus compactos escuadrones, carga personalmente con indecible empuje' quiebra sus lanzas en las groseras palizadas que resguardan

el centro de los republicanos, repliega destrozado y frenético, carga de nuevo, y fatiga con sus rudos ataques la resistencia esforzada de nuestros batallones.

Ayala, no ménos combatido en el ala derecha, se mantiene á pié firme.

Las horas corren rápidas en aquella espantosa faena. El combate no desmaya un instante. Los muertos toman parte en la lucha porque embarazan con su crecido número los movimiento de los vivos. El destrozo por una y otra parte es incalculable y alarmante; y el sol comienza á declinar sin que la furia del ataque y la tenacidad de la defensa hayan perdido nada de su mutuo ardimiento.

Con el prestigioso ascendiente de su palabra y de su imperturbable serenidad alienta el Libertador á sus soldados. Acude á toda parte donde la lucha se traba con encarnizamiento; aplaude, anima y premia con frases lisonjeras el valor y la constancia de sus acribillados batallones, los lleva al fuego con impávida calma y rechaza en persona las más terrible cargas que les dá el enemigo.

"Dos horas más de brío y la victoria es nuestra," dice y repite á sus heróicos compañeros. "Para morir nos sobra tiempo, tratemos ántes de vencer." Y asombra con su tranquila decision, y enardece y doblega la tenacidad de sus contrarios, cuyos [illegible] nuevo empuje con que se prometen [illegible].

[illegible] de reserva durante las nueve horas de aquel [illegible] combate [illegible] de sus armas [illegible] de su caballería [illegible]

operacion tan sigilosamente practicada sobre el parque de los republicanos. Aquella tarda empero en realizarse, y Bóves impaciente y frenético se empeña en abatir con el pecho de sus caballos las mal seguras palizadas que defienden nuestras bayonetas.

Una furia creciente preside á las desesperadas cargas que nos da el enemigo; pero su arrojo y su bravura se estrellan contra la firme decision de los independendientes; bañadas en sangre y extenuadas, ceden al fin y retroceden las impetuosas hordas, cuando un grito de angustia y de terror de nuestra parte, y de alegría feroz en el opuesto bando, resuena de improviso en medio á la batalla.

XX

Todos los ojos se vuelven hácia la altura que domina la casa del Ingenio, y sobrecogidos de espanto, divisan nuestros soldados la fuerte columna encaminada á apoderarse del parque.

Aquella inesperada operacion conturba el ánimo de los independientes. La pérdida del parque es la pérdida de la batalla, y custodiado aquel por escasa tropa, y en la imposibilidad de socorrerlo, nadie duda del desastroso fin de la jornada.

Al estrépito de la refriega sucede, sin que nadie lo ordene, un silencio solemne, en que la angustia de los republicanos contrasta con el júbilo mal reprimido de sus contrarios.

Bóves, satisfecho de sí, contempla con infernal sonrisa aquella terrible acometida. Miéntras que en el opuesto campo, desnudo el sable, los ojos centelleantes, airados y magníficos en tan supremo trance, los jefes republicanos corren á agruparse en torno de Bolívar, ofreciéndole como último baluarte sus nobles corazones. En aquel momento de tremenda agonía, desciende el Libertador de su caballo, le hace quitar la silla, y colocándose en medio de sus tropas:—"*Aquí*"—les dice con enérgico acento—"*aquí entre vosotros, mis valientes, moriré yo el primero.*"

La columna enemiga baja en tanto al pasitrote con formidable empuje sobre la casa del Ingenio; y nuestro ejército repite con ansiedad creciente el nombre de Ricaurte. Sobre aquel joven héroe caerá el golpe de gracia que ha de abatir en aquel dia todos los esfuerzos de la patria. Todas las miradas le buscan y palpitan por él todos los corazones.

Conflictiva es la situacion para Ricaurte. La casa confiada á su custodia, no sólo encierra el parque y municiones del ejército, sino gran número de heridos y mayor cantidad de niños, mujeres y ancianos parte de la emigracion de los vecinos pueblos refugiada en San Mateo; y para su defensa apénas cuenta con algunos soldados que no llegan ni á la décima parte de las fuerzas por que se ve atacado.

Su bravura, con todo, se sobrepone á su material debilidad, y palmo á palmo disputa al enemigo el sagrado depósito que aquel se esfuerza en asaltar. Al fin se vé abrumado por el nú-

mero, y constreñido á desamparar el puesto que custodia, ordena á los heridos y á los niños, mujeres y ancianos que aterrados se agrupan ó discurren por todo el edificio, abandonar la casa é ir á refugiarse en otra parte. Luégo con gesto irreplicable, se hace obedecer de cuantos le rodean: los soldados que áun sostienen el fuego, descienden á su turno, el recuesto de la colina, y sólo con su heróica grandeza espera al enemigo. que asalta el edificio en medio de atronadores víctores.

XXI

Un grito inmenso de triunfo y de alegría resuena al mismo tiempo en el campo realista, pero instantáneamente, insólita explosion y aterrador estrépito retumba en todo el valle, y densa nube de humo asciende entre lenguas de fuego y cubre la montaña.

¿Qué pasa? ¿Qué acontece? Todos lo adivinan al disiparse el humo que cual fúnebre manto se extienden sobre la casa del Ingenio. El antiguo edificio convertido de súbito en un monton de escombros pregona el heroísmo de Ricaurte.... Glorioso sacrificio á que no le induce la desesperacion; ni se puede estimar como el arranque de despecho de una trágica muerte, ni ménos como la protesta insolente del

orgullo militar humillado. No ; Ricaurte no es Cambrone en el último cuadro de Waterloo, revolviéndose en su agonía de leon para escupir el rostro, con frases de desprecio, á su enemigo vencedor. Está más alto. El amor á la patria es sólo quien le inspira. Una peripecia de la batalla le sirve de pedestal y sobre ella se empina. Su talla adquiere las proporciones de los antiguos héroes ; su cabeza se pierde entre deslumbrantes claridadades y a sus piés todo lo ve pequeño, ménos la tumba que para recibirle cava todo un ejército. Desde la altura en que se encuentra divisa el campo de batalla, y en él á sus amigos desesperados de vencer, á Bóves soberbio y victorioso, y tanto esfuerzo inútil y tanta sangre vertida infructuosamente, y la patria humillada y su causa perdida : todo lo ve á sus piés, y árbitro se siente y soberano de la cruenta jornada. Su vida por mil vidas y por el triunfo de los suyos, le propone el Destino : y convencido acepta el sacrificio, y corre á él, y espanta, y vence, y desaparece de la tierra para ceñir en la inmortalidad la refulgente auréola de su gloriosa abnegacion.

Ante aquel extraordinario sacrificio, Bóves retrocede aterrado, y de nuevo se guarece en las alturas.

Bolívar le persigue hasta sus inexpugnables posiciones ; recorre el campo donde yacen extendidos mil cadáveres y espera la llegada de Mariño para abrir la campaña.

Tres dias más permanece el terrible asturiano en sus antiguas posiciones ; luégo cambia de aviso y se retira al fin de la presencia de Bolívar, noticioso de la proximidad del esperado ejército de Oriente.

XXII

La historia militar de nuestra guerra de independencia registra en sus anales episodios magníficos, hechos heróicos y gloriosas é innúmeras batallas; pero ninguna excede á San Mateo.

Aquella larga lucha, obstinada y terrible, da la medida de la entereza de Bolívar, de la perseverancia de aquel infatigable domador de imposibles á quien jamas venció la adversidad.

Bolívar absorvió todo el aliento de la gran revolucion americana; y en él se concentró toda la vida de un pueblo defraudado en sus derechos.

En medio al cáos de una sangrienta lucha, tuvo que crearlo todo, y que luchar contra todo lo creado.

Para alcanzar el fin de sus nobles propósitos no hubo poder humano, ni fuerza superior á detenerlo. Y cuántos sacrificios en su larga carrera no tuvo que aceptar! Y cuán ruda fatiga no tuvo que vencer! En medio á tanto esfuerzo, ora vencido ó vencedor, no descansar jamas! Entregar á la patria, alma, cuerpo, fortuna, reposo, sangre, vida: no abatirse un instante: no desmayar un sólo dia: no abrigar una duda en su fe inquebrantable: ver impasible cebarse la desgracia en su

obra gigante; y quedar reducido á su sola energía, á su sólo entusiasmo, á su fe sola! Ver morir sus esfuerzos sin perder la esperanza y comenzar de nuevo su labor de titan sobre las ruinas del más supremo esfuerzo: erguirse por las huellas del desastre, lanzarse á conquistar lo que no le fue dado sostener: perseverar sin tregua: alcanzar la cima al grito de victoria y caer al abismo sin flaquear su energía: solo, contra los elementos, las preocupaciones, y los hombres; blanco de todas las iras, de todas las asechanzas, de todos los furores! Vencer los suyos con las armas, la persuasion y la política, para acometer seguidamente á un enemigo siempre resuelto, constante, y numeroso. No rehuir jamas un sacrificio; aceptar el peso de todas las responsabilidades: vencer su cuerpo, sus dolores, las flaquezas del ánimo, las debilidades del corazon, las tempestades de su alma. Sofocar la propia sensibilidad en los momentos en que peligrar esta era delinquir. Ser generoso y aparecer duro. Ser magnánimo y mostrarse cruel. Enfrentarse á lo viejo arraigado por la costumbre y la preocupacion y pretender demoler hasta los fundamentos del vetusto edificio colonial, sin mas apoyo que el de la inquieta voluntad del mayor número de sus propios tenientes, sin desesperarse ni retroceder ante el tamaño de la empresa, prueba la fuerza sobrehumana, la energía sin ejemplo de aquel genio inmortal.

Sin faltar á la verdad, Bolívar pudo siempre decir: yo soy la Revolucion; en mí se encarna la República.

Con todas sus faltas reales, con todas las imputaciones con que algunos de los hijos degenerados de esta América han

tratado de empañar su memoria, Bolívar, siempre grande, aparece en la Historia: incomparable.

Alejandro, César, Carlo Magno y Bonaparte, tienen éntre sí puntos de semejanza. Bolívar no se parece á nadie. Su gloria es más excelsa. Ser Libertador está por sobre todas las grandezas á que puede aspirar la ambicion de los hombres.

XXIII

Si trasmitir á nuestros hijos las tradiciones épicas de las pasadas glorias de la patria, es un deber sagrado que nos impone juntamente con el amor al suelo en que nacimos. el noble orgullo de ofrecer ante el mundo la eximia ejecutoria de nuestra nacionalidad, en la epopeya que nuestros padres escribieron con su sangre y que no cede en brillo ni en grandeza á la más alta de la que pueden ostentar otras naciones; mayormente ha de amparar nuestra justicia los nombres venerandos de aquellos ínclitos varones que por el logro de la libertad y los derechos de un pueblo esclavizado dieron sangre y fortuna y que hoy acaso yacen en el olvido, sobre mústios laureles, que no obstante, envidiarian los más altivos para adornar su frente.

Cumple á la gratitud y al patrio orgullo recoger esos

nombres y al cerrar esta página que conmemora unos de los más trágicos episodios de nuestra historia militar, evocar una vez más, con el recuerdo imperecedero de Bolívar, el de aquellos insignes lidiadores que con relámpagos de gloria iluminaron el portentoso palenque de San Mateo.

Nombremos los que venciendo la fragilidad de la memoria han logrado llegar hasta nosotros amparados por su propio valer.

Lino de Clemente, Tomas y Mariano Montilla, Soublette, Ayala, Villapol, Campo-Elías, Martin Tovar, José Leandro Palácios, Pedro Leon Tórres, Gogorza, Muñoz Tébar, Cedeño, Jugo, Salcedo, Ponce, Buroz, Picon, Quintero Maza,, y tú, Ricaurte, arcángel del denuedo que resplandeces en la historia entre los héroes que encarece la fama y que la tierra admira— generacion incomparable para la cual parece escrita esta magnífica estrofa de Núñez de Arce—

Arrojada y resuelta cual ninguna,
Como engendrada en tan heróico empeño,
Templóla en sus rigores la fortuna,
La ronca tempestad meció su cuna
Y el eco del cañon la arrulló el sueño.

LAS QUESERAS.

LAS QUESERAS.

(3 DE ABRIL DE 1819).

I

Hé aquí una de aquellas páginas gloriosas que bastan de por sí para enaltecer toda una época. Uno de aquellos episodios magníficos de nuestra guerra magna que en el trascurso de los tiempos, aparecerán como robados á la Fábula. Un hecho de armas, en fin, que nada envidia á los combates prodigiosos de la antigüedad.

Ahora bien: ¿ quién llena aquella página ? ¿ quién el moderno Aquíles, el héroe legendario, émulo sin saberlo, de los héroes de Homero ?

Un oscuro pastor de nuestras pampas, uno de esos granos de arena imperceptibles que el huracan de las revoluciones arrebata del polvo, vivifica con su aliento de fuego, hace girar en el torbellino de las batallas, acrece, inflama y pule en la rotacion continua y sucesiva de acontecimientos trascendentales, y levanta luégo á la altura de los astros.

¡Misteriosos encumbramientos!

Transformaciones raras, las cuales no debemos atribuir ciegamente al acaso.

No. En el polvo que sacude y esparce el soplo de las grandes revoluciones, como en las capas ignoradas de opulento venero, existen partículas preciosas, arenas de oro, átomos de diamantes, embriones microscópicos de cuerpos gigantescos: esos, los elegidos: esos, los que mediante el superior designio del Genio poderoso que preside y dirige el destino de naciones y pueblos, alcanzan un desarrollo sorprendente. De resto, cuando el huracan ha dejado de agitar sus alas formidables, cuando el sacudimiento revolucionario desfallece por impotencia ó se pierde en la serenidad de los hechos radicalmente consumados, el polvo ordinario vuelve al polvo: como la espuma, las medianías encuentran su sepulcro en la normalidad y en la calma, y el nivel alterado un instante se extiende inexorable.

Para los unos, luz: para los otros sombras.

—Parcialidad de la fortuna—exclaman los no favorecidos, y, como siempre, se refiere al acaso lo que viene de Dios.

II

Hasta el confin de nuestras pampas llega el eco sonoro de la Revolucion: ruido extraño que así amedrenta á los tímidos, como enardece la noble emulacion de los corazones generosos.

Sobresaltado, atónito, cual si despertara de improviso del más profundo sueño, un jóven pastor, presa hasta entónces de inclemente destino, escucha el ruido misterioso que invade y estremece la desierta llanura; y cual si á nueva vida le llamase aquel grito de rebelion contra el despotismo colonial, levanta al cielo los ojos y el espíritu, sondea el abismo en que se halla sepultado, mide sus propias fuerzas, robustecidas súbitamente por una aspiracion desconocida, y deslumbrado por los nacientes resplandores de una noble ambicion, por vez primera, se crée digno de más alto y de mejor destino. El reclamo de la patria es una imposicion del cielo: forzoso obedecer.

Con un rasgo de audacia hace pedazos la cadena oprobiosa de la indolencia que le atara á eterna esclavitud: abandona el rebaño que apacienta, cambia el cayado por la lanza y, de las sombras del vasallaje que le ocultan á los halagos de envidiable fortuna, se arroja al escenario inmenso de futuras y brillantes proezas.

Ahí le tenéis, apuesto, pero sin vanidad, dominando los ímpetus del salvaje corcel de nuestras pampas; confiado en el destino, como si ya el augur de la fortuna hubiera deslizado en su oído el secreto del porvenir; y armada la diestra de aquella lanza poderosa, cuyo brillo hizo palidecer el sol de la invencible España.

Ser anónimo, entre los laureles de la victoria, encontrará no tarde un nombre esclarecido. El pastor se transforma en guerrero; el guerrero en héroe; el héroe...... en Páez.

Semejante á un centauro extraviado, se ostenta solo en medio á la llanura; el viento agita las revueltas crines del impetuoso bruto que refrena un instante para sondear el horizonte y escuchar conmovido el lejano fragor que retumba en el bosque y se dilata en los desiertos.

La guerra ha desencadenado sus violentos huracanes. El fuego de las batallas enrojece el cielo. Ruge el bronce como el leon cuando despierta. La tierra se estremece poseida de sorpresa y pavor.

Empero estas inesplicables convulsiones de la naturaleza no provienen tan sólo del estruendo de las armas, del encono de las pasiones, del choque de contrapuestos bandos; no, hai algo extraordinario y portentoso oculto en aquel laberinto de fuego, en aquella algazara inaudita de lamentos y víctores, en aquel cáos de sangre, lágrimas, aspiraciones gigantescas, crímenes y heroísmo capaces de conmover el universo.

En medio de tan insólito fragor, algo extraño se presiente, algo indeciso comienza á divisarse. La tempestad revolucio-

naria no se desenvuelve en las tinieblas, un relámpago perpétuo, como una antorcha inestinguible la ilumina y la inflama.

¿Qué pasa? Qué acontece?

Un prodigio. La aparicion de un genio sobrehumano: Bolívar, armado cual Minerva: y la América ocupando un alto puesto entre las madres de los Genios inmortales.

III

La campaña de 1813 es un eslabonamiento de milagros. Sus trofeos sombrean la cuna del Gigante. Ella es el primer paso de Bolívar, de aquel astro errabundo cuya inmensa estela fué una vía láctea de centellas.

Páez escucha con arrobamiento el rugido que asorda los espacios, los clamores que surgen de la tierra; ve á lo léjos los destellos del sol deslumbrador que se levanta en el cielo de la Patria; aspira el fuego eléctrico del heroísmo, en los relámpagos de Niquitao; se enardece con el estrépito victorioso de Horcones y queda absorto ante el glorioso triunfo de Taguanes.

—Oh! yo tambien, exclama, blandiendo la pujante lanza; yo tambien quiero puesto de honor en el cortejo de ese genio

animado por la gloria.—Y ansioso de compartir con él el triunfo ó el martirio, suelta la brida al bruto palpitante y va á romper su primer lanza sobre el escudo íbero, sellando así con timbre perdurable la página primera de su historia portentosa. A su alrededor, como en torno á una bandera que protege y glorifica, se agrupan y galopan tras él, aquellos hijos de las pampas, ardientes, belicosos, indómitos, semi-salvajes; peones leones y centauros á un tiempo; señores de la llanura, vencedores del cocodrilo, del caballo salvaje, del toro y del jaguar; sin freno conocido hasta entonces, libres como el viento á pesar de la España y del Gobierno colonial. Todos se juntan alrededor de Páez, del gladiador intrépido á quien no pueden vencer en los ejercicios corporales, ni en los combates singulares suscitados por violentas rencillas; á quien tienen por invulnerable, á quien aman y respetan como á un sér superior. La cabeza y el dorso expuesto á veces al sol abrasador de las llanuras, sin arneses, sin mantas, combatiendo á la vez que domando el rehacio animal que les brinda indómito rebaño; sin Dios ni lei, ni estímulo que no sea el del común peligro, siguen á Páez, como las tribus nómades á aquel de entre los suyos que tienen por más fuerte, que estiman por más sabio.

Lo que al principio apénas agrupamiento de partidarios, no tarde se convierte en ejército. Ejército numeroso, á cuyas filas, como atraídos por misterioso imán, corren á incorporarse los dispersos de todas armas que cruzan la llanura: el errante pastor, el astuto guerrillero, el derrotado; con ellos, generales sin tropas, sacerdotes arrojados de sus templos, ancianos venerables, niños sin padres y mujeres sin esposos, perseguidos por

la ferocidad del enemigo; hombres de ciencia, ánimos turbulentos, patriotas ilustres y ambiciosos sin freno, á quienes las revoluciones, la guerra y el tumulto brindan siempre halagos infinitos. La muerte de Bóves, y el desprecio que de los vencedores en 1814 hacé Morillo y sus orgullosos expedicionarios, llevan á las filas del ejército de Apure expertos jefes y aguerridos soldados. Luégo, en la lucha, lo que el cañon devora, lo que merma el acero inclemente de nuestros opresores, lo rehace el prestigio, lo recupera y multiplica la popularidad creciente de un caudillo siempre victorioso.

Entre tanto, asaltos, escaramuzas, combates y batallas se suceden sin tregua.

La fama pregona hechos heróicos que embelesan y pasman.

Á Estanques, con sus Termópilas y sus proezas mitológicas, sigue la Mata de la Miel, batalla nocturna donde las sombras velan la sangre y el estrago, no el heroísmo que hace resplandecer como centellas los laureles del triunfo. Luégo viene el Yagual, con sus violentos y terribles asaltos; y Mucuritas, (*) con sus catorce cargas de caballería que asombran, á la vez que acuchillan á los fatigados tercios españoles; y la presa de la flotilla, en aguas del Apure, inaudito abordaje sin ejemplo en la historia, de jinetes á nado contra barcas armadas de cañones. Despues la toma de San Fernando, obra de la tenacidad; y el Rastro, tumba gloriosa de Genaro Vásquez; y

(*) Hablando de esta accion escribia Morillo: "Catorce cargas consecutivas sobre mis cansados batallones, me hicieron ver que aquellos hombres no eran una gavilla de cobardes poco numerosa, como me habian informado, sino tropas organizadas que podian competir con las mejores de S. M. el Rei."

la atrevida ocupacion de San Cárlos; y la disputada victoria de Cojédes; y la espantosa carnicería del Guayabal; y Carabobo, pirámide de gloria; y el asalto de Puerto Cabello, prodigio de gigantes; y cien y más combates heróicos y sangrientos. sacrificios á oscuras, laureles sin brillo, proezas sin renombre, encuentros al acaso, más terribles á veces que las batallas que encarece la fama, que relata la historia. Y sobre todos ellos, sobre la lucha en las tinieblas, y la victoria entre relámpagos, cual si fuera el coronamiento de la elevada cima de los triunfos, un imposible de osadía y de arrogancia extrema, realizado entre aplausos: LAS QUESERAS! duelo fantástico, deslumbramiento de águila, que sobrepuja todo cuanto la imaginacion puede forjarse de prodigioso por heróico, de inaudito por aventurado.

IV

¡Cuánta constancia, cuántos sacrificios, cuánto esfuerzo para escalar la altura donde sólo el condor osa posar su vuelo; y sin embargo, cuán fácil nos parece de léjos [illegible] la montaña, trepar por sus pendientes, salvar sus precipicios, vadear sus torrentes, alcanzar con pié firme las empinadas cumbres, y

dominar la cima, sin fatiga y sin vértigo, levantado el espíritu y limpio el corazon!

Oh! nada tan ilusorio como las presunciones inconscientes.

Osad, aventuraos y sabreis cuánto cuesta levantarse siquiera una línea del nivel ordinario.

La historia no da cuenta del número de victorias parciales que fueron necesarias para lograr uno solo de aquellos triunfos resonantes á que va unido el renombre de Páez. Ella estima en conjunto y analiza, aunque someramente, el esfuerzo comun, sin detenerse en los detalles, en el grano de arena que acumulándose forma la pirámide. Ella no alcanza á divisar sino las cúspides, pocas veces los cimientos.

Seámos prolijos, y el asombro que produce lo inmenso de lo desconocido colmará nuestro deseo.

Cada uno de aquellos triunfos, no es siempre el resultado del esfuerzo inteligente y colectivo. En casi todos ellos la multiplicacion de ventajas parciales decide de ordinario.

Con harta frecuencia en el ejército de Apure, los combates y las batallas se libraban sólo al arma blanca. Eran aquellos nuestros tiempos heróicos. La lucha se empeñaba cuerpo á cuerpo; nuestros jefes buscaban en medio del tumulto á los jefes realistas para trabar con ellos personales combates: cada cual á su turno, oficiales y tropa, escogian sus contrarios; la antipatía, el odio, la venganza presidian á la eleccion. Toda lucha personal terminaba con la muerte; el vencedor emprendia nueva lid, y si el brazo no desmayaba y le era propicia la fortuna, acometia otra vez, y otra y ciento hasta perder la vida ó la espantosa cuenta de los que arrojaba al polvo muertos ó agonizantes. Duelo tremendo, interminable, desastroso,

propio de los antiguos circos, donde recreaba sus feroces instintos el pueblo romano. La aglomeracion, si así puede decirse, de estos duelos parciales formaba la batalla. La suma de victorias individuales complementaba el gran triunfo. Ah! ¿cuánta pujanza, y brío y esforzada resistencia no se hacian necesarios para afrontar tantos peligros? ¿Cuánta fuerza, agilidad, pericia, y valentía y cuánto arrojo para conjurar todas las amenazas, dominar los contrarios esfuerzos y salir vencedor? El jefe y el soldado se codean en medio del combate y cada cual llena cumplidamente su deber; con la sola diferencia de que, el primero hace á la vez de general y de soldado; manda y acomete, ayuda y se defiende, acude á todas partes, ve por todos aquellos ojos, de ira ó de entusiasmo ciegos; anima, encómia, castiga, vilipendia, estimula con el heróico ejemplo y riñe cuerpo á cuerpo como un simple *lansquenet* de la edad media.

Faena de titanes!

V

Exigencias de un órden superior dificultan la realizacion de tan repetidas proezas. Para aquellos hombres rústicos pero poseidos de heróica emulacion que forman en su mayor parte el ejército de Apure, el jefe que los manda está obligado, por un tácito acuerdo, á ser omnipotente. Páez no desmintió

amas tan aventurada presuncion; pródigo de su vida la juega sin reparo en todos los encuentros; en la temeridad está su fuerza, ella acrece cada dia su renombre, ella sirve de pedestal á su prestigio. El primero en la carga, en la brecha, en la rápida acometida; solo, con diez, con ciento, con un ejército, siempre á vanguardia y presto siempre á sostener veinte duelos á muerte en cada escaramuza, realiza portentos que, por frecuentes no producen asombro, y hazañas tan inverosímiles que sólo á fuerza de ser repetidas se sobreponen á la incredulidad. Corre la sangre en aquellos duelos temerarios, se derrama á torrentes; pero sangre que no mancha las manos, que no llena de oprobio, ni se convierte luégo en satánica púrpura de mentida grandeza.

Labor constante, maravillosa, inmensa; capaz de fatigar á Hércules y de amenguar el genio batallador de Marte.

VI

Pero detengámonos un instante para cobrar aliento. Vamos á entrar en 1819, y allá, á lo léjos, en un recodo del Aráuca, rodeado de palmeras, extendido cual las llanuras vengadoras que sepultaron á Cambises, y abrasado por el ardiente sol de nuestras pampas, se divisa el campo inmortal de "Las Queseras," circo máximo del heroísmo patrio, donde en breve los resplandores de la gloria eclipsarán el esplendor del astro de la luz.

Sobre las ruinas de la infausta campaña de 1818, el huracan de la revolucion torna á agitar sus poderosas alas.

Bolívar, como Anteo, más fuerte y más terrible se levanta del polvo ensangrentado por tan repetidos desastres. De nuevo, á nueva lid, impele improvisados batallones. Borra con prodigios de habilidad y de constancia los errores cometidos. Recupera con portentos de su ingenio fecundo lo que abatió la espada; y en el desconcierto mismo de la derrota y del fracaso, perseguido de muerte, acuchillado, confiando á la velocidad de su caballo la salvacion de la República, entre el humo de la pólvora y los estragos del enemigo encono, sueña á Colombia, abre á sus tropas una nueva campaña, libra y gana en los campos de la política batallas trascendentales que asombran y fascinan.

Vencedor, la gloria ciñe á su cabeza coronas de laurel: vencido, diadema de relámpagos iluminan su frente.

Miéntras Morillo victorioso abruma con onerosas exacciones á los pueblos que dominan sus armas y se apercibe de todo punto como para postrar de un sólo golpe la rebelion de Venezuela, el Libertador vuela á Guayana, convoca el segundo Congreso de la República, funda periódicos, atrae á sus banderas extranjeros soldados, rehace su aniquilado parque, organiza nuevos regimientos, extiende su brazo poderoso armado con el rayo de la revolucion para inflamar de nuevo la apagada hoguera reaccionaria en algunas provincias de la Nueva Granada, y protesta en el famoso decreto de 20 de Noviembre, con toda la energía de un espartano, contra la pretendida intervencion de las potencias europeas en nuestra lucha con España. Luégo,

precedido por cuatro batallones á las órdenes del valeroso Anzoátegui, escoltado por su guardia y seguido de cerca por las fuerzas de Cedeño, remonta el Orinoco, se reune en San Juan de Payara al aguerrido ejército de Apure, base fundamental de la nueva campaña, ahoga en generoso abrazo las disensiones provocadas por ambiciosos turbulentos, asciende á Páez á general de division y retorna á Angostura, á activar la instalacion del famoso Congreso, confiando al glorioso caudillo del Apure, con el mando del ejército, la direccion provisional de la campaña.

VII

Ofuscado por el prestigio halagador de recientes y ruidosas victorias, Morillo acomete de nuevo la empresa temeraria, tantas veces frustrada, de someter á la Corona las llanuras de Venezuela. A fines de Enero de 1819 atraviesa el Apure, que le ceden sin lucha los republicanos, y al medroso resplandor del incendio en que se abrasa voluntariamente la heróica San Fernando, revista el numeroso ejército que forman las divisiones peninsulares de La Torre y Calzada, junto con los llaneros de Moráles, los regimientos de Pereira, los carabineros de Narciso López y los diez y seis escuadrones de húsares de Fernando VII y de dragones de la Union que completan su caballería. En suma, ocho mil quinientos combatientes, bien



Sobre las ruinas de la infausta campaña de 1818, el huracan de la revolucion torna á agitar sus poderosas alas.

Bolívar, como Anteo, más fuerte y más terrible se levanta del polvo ensangrentado por tan repetidos desastres. De nuevo, á nueva lid, impele improvisados batallones. Borra con prodigios de habilidad y de constancia los errores cometidos. Recupera con portentos de su ingenio fecundo lo que abatió la espada; y en el desconcierto mismo de la derrota y del fracaso, perseguido de muerte, acuchillado, confiando á la velocidad de su caballo la salvacion de la República, entre el humo de la pólvora y los estragos del enemigo encono, sueña á Colombia, abre á sus tropas una nueva campaña, libra y gana en los campos de la política batallas trascendentales que asombran y fascinan.

Vencedor, la gloria ciñe á su cabeza coronas de laurel: vencido, diadema de relámpagos iluminan su frente.

Miéntras Morillo victorioso abruma con onerosas exacciones á los pueblos que dominan sus armas y se apercibe de todo punto como para postrar de un sólo golpe la rebelion de Venezuela, el Libertador vuela á Guayana, convoca el segundo Congreso de la República, funda periódicos, atrae á sus banderas extranjeros soldados, rehace su aniquilado parque, organiza nuevos regimientos, extiende su brazo poderoso armado con el rayo de la revolucion para inflamar de nuevo la apagada hoguera reaccionaria en algunas provincias de la Nueva Granada, y protesta en el famoso decreto de 20 de Noviembre, con toda la energía de un espartano, contra la pretendida intervencion de las potencias europeas en nuestra lucha con España. Luégo,

precedido por cuatro batallones á las órdenes del valeroso Anzoátegui, escoltado por su guardia y seguido de cerca por las fuerzas de Cedeño, remonta el Orinoco, se reune en San Juan de Payara al aguerrido ejército de Apure, base fundamental de la nueva campaña, ahoga en generoso abrazo las disensiones provocadas por ambiciosos turbulentos, asciende á Páez á general de division y retorna á Angostura, á activar la instalacion del famoso Congreso, confiando al glorioso caudillo del Apure, con el mando del ejército, la direccion provisional de la campaña.

VII

Ofuscado por el prestigio halagador de recientes y ruidosas victorias, Morillo acomete de nuevo la empresa temeraria, tantas veces frustrada, de someter á la Corona las llanuras de Venezuela. A fines de Enero de 1819 atraviesa el Apure, que le ceden sin lucha los republicanos, y al medroso resplandor del incendio en que se abrasa voluntariamente la heróica San Fernando, revista el numeroso ejército que forman las divisiones peninsulares de La Torre y Calzada, junto con los llaneros de Moráles, los regimientos de Pereira, los carabineros de Narciso López y los diez y seis escuadrones de húsares de Fernando VII y de dragones de la Union que completan su caballería. En suma, ocho mil quinientos combatientes, bien

Sobre las ruinas de la infausta campaña de 1818, el huracan de la revolucion torna á agitar sus poderosas alas.

Bolívar, como Anteo, más fuerte y más terrible se levanta del polvo ensangrentado por tan repetidos desastres. De nuevo, á nueva lid, impele improvisados batallones. Borra con prodigios de habilidad y de constancia los errores cometidos. Recupera con portentos de su ingenio fecundo lo que abatió la espada; y en el desconcierto mismo de la derrota y del fracaso, perseguido de muerte, acuchillado, confiando á la velocidad de su caballo la salvacion de la República, entre el humo de la pólvora y los estragos del enemigo encono, sueña á Colombia, abre á sus tropas una nueva campaña, libra y gana en los campos de la política batallas trascendentales que asombran y fascinan.

Vencedor, la gloria ciñe á su cabeza coronas de laurel: vencido, diadema de relámpagos iluminan su frente.

Miéntras Morillo victorioso abruma con onerosas exacciones á los pueblos que dominan sus armas y se apercibe de todo punto como para postrar de un sólo golpe la rebelion de Venezuela, el Libertador vuela á Guayana, convoca el segundo Congreso de la República, funda periódicos, atrae á sus banderas extranjeros soldados, rehace su aniquilado parque, organiza nuevos regimientos, extiende su brazo poderoso armado con el rayo de la revolucion para inflamar de nuevo la apagada hoguera reaccionaria en algunas provincias de la Nueva Granada, y protesta en el famoso decreto de 20 de Noviembre, con toda la energía de un espartano, contra la pretendida intervencion de las potencias europeas en nuestra lucha con España. Luégo,

precedido por cuatro batallones á las órdenes del valeroso Anzoátegui, escoltado por su guardia y seguido de cerca por las fuerzas de Cedeño, remonta el Orinoco, se reune en San Juan de Payara al aguerrido ejército de Apure, base fundamental de la nueva campaña, ahoga en generoso abrazo las disensiones provocadas por ambiciosos turbulentos, asciende á Páez á general de division y retorna á Angostura, á activar la instalacion del famoso Congreso, confiando al glorioso caudillo del Apure, con el mando del ejército, la direccion provisional de la campaña.

VII

Ofuscado por el prestigio halagador de recientes y ruidosas victorias, Morillo acomete de nuevo la empresa temeraria, tantas veces frustrada, de someter á la Corona las llanuras de Venezuela. A fines de Enero de 1819 atraviesa el Apure, que le ceden sin lucha los republicanos, y al medroso resplandor del incendio en que se abrasa voluntariamente la heróica San Fernando, revista el numeroso ejército que forman las divisiones peninsulares de La Torre y Calzada, junto con los llaneros de Moráles, los regimientos de Pereira, los carabineros de Narciso López y los diez y seis escuadrones de húsares de Fernando VII y de dragones de la Union que completan su caballería. En suma, ocho mil quinientos combatientes, bien

Sobre las ruinas de la infausta campaña de 1818, el huracan de la revolucion torna á agitar sus poderosas alas.

Bolívar, como Anteo, más fuerte y más terrible se levanta del polvo ensangrentado por tan repetidos desastres. De nuevo, á nueva lid, impele improvisados batallones. Borra con prodigios de habilidad y de constancia los errores cometidos. Recupera con portentos de su ingenio fecundo lo que abatió la espada; y en el desconcierto mismo de la derrota y del fracaso, perseguido de muerte, acuchillado, confiando á la velocidad de su caballo la salvacion de la República, entre el humo de la pólvora y los estragos del enemigo encono, sueña á Colombia, abre á sus tropas una nueva campaña, libra y gana en los campos de la política batallas trascendentales que asombran y fascinan.

Vencedor, la gloria ciñe á su cabeza coronas de laurel: vencido, diadema de relámpagos iluminan su frente.

Miéntras Morillo victorioso abruma con onerosas exacciones á los pueblos que dominan sus armas y se apercibe de todo punto como para postrar de un sólo golpe la rebelion de Venezuela, el Libertador vuela á Guayana, convoca el segundo Congreso de la República, funda periódicos, atrae á sus banderas extranjeros soldados, rehace su aniquilado parque, organiza nuevos regimientos, extiende su brazo poderoso armado con el rayo de la revolucion para inflamar de nuevo la apagada hoguera reaccionaria en algunas provincias de la Nueva Granada, y protesta en el famoso decreto de 20 de Noviembre, con toda la energía de un espartano, contra la pretendida intervencion de las potencias europeas en nuestra lucha con España. Luégo,

precedido por cuatro batallones á las órdenes del valeroso Anzoátegui, escoltado por su guardia y seguido de cerca por las fuerzas de Cedeño, remonta el Orinoco, se reune en San Juan de Payara al aguerrido ejército de Apure, base fundamental de la nueva campaña, ahoga en generoso abrazo las disensiones provocadas por ambiciosos turbulentos, asciende á Páez á general de division y retorna á Angostura, á activar la instalacion del famoso Congreso, confiando al glorioso caudillo del Apure, con el mando del ejército, la direccion provisional de la campaña.

VII

Ofuscado por el prestigio halagador de recientes y ruidosas victorias, Morillo acomete de nuevo la empresa temeraria, tantas veces frustrada, de someter á la Corona las llanuras de Venezuela. A fines de Enero de 1819 atraviesa el Apure, que le ceden sin lucha los republicanos, y al medroso resplandor del incendio en que se abrasa voluntariamente la heróica San Fernando, revista el numeroso ejército que forman las divisiones peninsulares de La Torre y Calzada, junto con los llaneros de Moráles, los regimientos de Pereira, los carabineros de Narciso López y los diez y seis escuadrones de húsares de Fernando VII y de dragones de la Union que completan su caballería. En suma, ocho mil quinientos combatientes, bien

Sobre las ruinas de la infausta campaña de 1818, el huracan de la revolucion torna á agitar sus poderosas alas.

Bolívar, como Anteo, más fuerte y más terrible se levanta del polvo ensangrentado por tan repetidos desastres. De nuevo, á nueva lid, impele improvisados batallones. Borra con prodigios de habilidad y de constancia los errores cometidos. Recupera con portentos de su ingenio fecundo lo que abatió la espada; y en el desconcierto mismo de la derrota y del fracaso, perseguido de muerte, acuchillado, confiando á la velocidad de su caballo la salvacion de la República, entre el humo de la pólvora y los estragos del enemigo encono, sueña á Colombia, abre á sus tropas una nueva campaña, libra y gana en los campos de la política batallas trascendentales que asombran y fascinan.

Vencedor, la gloria ciñe á su cabeza coronas de laurel: vencido, diadema de relámpagos iluminan su frente.

Miéntras Morillo victorioso abruma con onerosas exacciones á los pueblos que dominan sus armas y se apercibe de todo punto como para postrar de un sólo golpe la rebelion de Venezuela, el Libertador vuela á Guayana, convoca el segundo Congreso de la República, funda periódicos, atrae á sus banderas extranjeros soldados, rehace su aniquilado parque, organiza nuevos regimientos, extiende su brazo poderoso armado con el rayo de la revolucion para inflamar de nuevo la apagada hoguera reaccionaria en algunas provincias de la Nueva Granada, y protesta en el famoso decreto de 20 de Noviembre, con toda la energía de un espartano, contra la pretendida intervencion de las potencias europeas en nuestra lucha con España. Luégo,

precedido por cuatro batallones á las órdenes del valeroso Anzoátegui, escoltado por su guardia y seguido de cerca por las fuerzas de Cedeño, remonta el Orinoco, se reune en San Juan de Payara al aguerrido ejército de Apure, base fundamental de la nueva campaña, ahoga en generoso abrazo las disensiones provocadas por ambiciosos turbulentos, asciende á Páez á general de division y retorna á Angostura, á activar la instalacion del famoso Congreso, confiando al glorioso caudillo del Apure, con el mando del ejército, la direccion provisional de la campaña.

VII

Ofuscado por el prestigio halagador de recientes y ruidosas victorias, Morillo acomete de nuevo la empresa temeraria, tantas veces frustrada, de someter á la Corona las llanuras de Venezuela. A fines de Enero de 1819 atraviesa el Apure, que le ceden sin lucha los republicanos, y al medroso resplandor del incendio en que se abrasa voluntariamente la heróica San Fernando, revista el numeroso ejército que forman las divisiones peninsulares de La Torre y Calzada, junto con los llaneros de Moráles, los regimientos de Pereira, los carabineros de Narciso López y los diez y seis escuadrones de húsares de Fernando VII y de dragones de la Union que completan su caballería. En suma, ocho mil quinientos combatientes, bien

equipados y aguerridos, con cinco piezas de artillería de campaña y todo el material de guerra de un cabal ejército europeo.

Para oponerse á la invasion de tan poderoso enemigo, los republicanos apénas cuentan en sus filas dos mil infantes bisoños, pobremente equipados, é igual número de jinetes, de escasa disciplina, pero llenos de arrojo y valentía.

Con todo, era éste el ejército más fuerte y numeroso con que contaban los independientes. Enfrentarlo en batalla, á tan formidable contrario, era jugar con poco acierto la suerte de la República, las conquistas gloriosas de la revolucion.

Páez lo comprende desde el primer instante, y dominando en obsequio de la Patria los ímpetus de su genial temeridad, subordina al consejo de una prudencia hábil y meritoria, los arrebatos de su osadía, las tentaciones de su noble ambicion.

Tascando el freno que le impone el deber, retrocede delante de Morillo; primero paso á paso, amenazante, como el toro salvaje de nuestras llanuras; luégo, inspirado por una idea feliz, se aleja á toda brida, desaparece tras el horizonte de la extendida pampa, pasa el Aráuca, se interna al sur buscando el Orinoco, arriba á las orillas del caudaloso rio, deposita en una de sus islas el precioso tesoro confiado á su prudencia por el Libertador, y apartando de sùs tropas ochocientos jinetes escogidos, se revuelve expedito al encuentro de Morillo. Choca en el Caujaral contra tres mil soldados de Moráles, vanguardia del ejército; acomete á La Torre; lo deja por Calzada; desordena la retaguardia de Pereira; se convierte en el azote, en la sombra terrible de las legiones españolas,

acuchilla escuadrones enteros de dragones y húsares, y da principio á aquella sucesion interminable de asaltos, escaramuzas y sorpresas que llevan con la inquietud del campamento y las fatigas de las marchas, violenta exacerbacion al ánimo de nuestros enemigos.

VIII

Las llanuras, como el cielo, tenian tambien sus tempestades; tempestades terribles, desastrosas, que parecian brotar de las entrañas de la tierra: una nube de polvo levantada en el horizonte de la extensa llanura, presagia el huracan á los soldados españoles; impelida por misteriosa ráfaga se adelanta siniestra; á medida que avanza, acrece y se dilata; el sol la inflama con sus rayos de fuego; relámpagos de acero brillan deslumbradores en su seno profundo, y como un trueno prolongado, sorda repercusion se deja oir en la sonora pampa, herida por el violento golpe de innúmeros caballos que la cruzan veloces.

El cañon enemigo detiene á veces la nube amenazante; la rechaza, la aleja, la disipa; pero, de nuevo aquella, torna á formarse en otro punto del horizonte: abre sus alas voladoras,

acomete otra vez, y porfia con teson hasta que logra estrellarse contra les bayonetas del ejército, fulmina y desaparece dejando el campo sembrado de cadáveres.

En demanda del ejército republicano á quien no encuentra, Morillo, sin rumbo fijo, marcha escoltado, envuelto por veloces guerrillas de caballería que no le dan vagar, que le inquietan con frecuentes amagos, que le disputan el agua y el ganado, y perturban el sueño de sus cansados batallones.

Tras dias de lucha y de fatiga, la noche les reserva horas de angustia y escenas desastrosas. Potros salvajes que arrastran á la cola pieles de toro tostadas por el sol, cruzan en la oscuridad el campamento, furiosos como ráfaga infernal. Cunde el espanto, prevalece la confusion sobre la disciplina, regimientos enteros se créen acometidos por una carga de nuestros escuadrones, se agrupan sin concierto y disparan sobre sus propios compañeros, quienes contestan con nutridas descargas.

Mayor estrago que el de los bueyes lanzados por Aníbal sobre las legiones de Fabio, hacen nuestros caballos espantados en el campo realista.

Con la aurora, el ejército español se pone de nuevo en movimiento, y como leon herido, se aleja cauteloso del sitio donde se ha revolcado en noche de agonía, dejando tras el incierto rumbo que persigue su huella ensangrentada.

Fatigado, jadeante, Morillo se detiene al fin á la entrada del desierto de Cariben, reconoce aunque tarde, como temeridad sin fruto, su internacion en las llanuras. Contramarcha resuelto á adoptar otro plan ménos aventurado, repasa el

Aráuca, y acosado siempre por la tenacidad de nuestros lanceros, se guarece en Acháguas donde fija su cuartel general.

Aquí termina la primera parte de aquella campaña memorable en que, á la par de la tenacidad de Páez, pusieron de relieve nuestras armas, hechos extraordinarios que apénas se conciben: la guerrilla acuchillando al ejército; la contínua escaramuza haciendo innecesaria la batalla: la temeridad burlando la estrategia: lo pequeño enorme en resultados: el tigre acosado por la jauría: la boa por las hormigas.

IX

En tanto que se verifican en Apure sucesos tan extraordinarios; el Libertador remonta de nuevo el Orinoco, fortalecido con los plenos poderes que le ratificara el Congreso de Angostura, y acompañado de quinientos veteranos ingleses parte de aquellos bravos y generosos extranjeros que, junto con la nuestra, derramaron su sangre por la emancipacion de Venezuela.

A mediados de Marzo, incorpora en la Urbana la division Anzoátegui, la brigada del coronel Salom, el parque del ejército y el resto de las caballerías que allí dejara Páez á la apertura

de la campaña por el ejército invasor. Y marcha sobre Achâguas, donde áun tiene Morillo su cuartel general.

A inmediaciones del Caujaral se reune con Páez, aplaude su prudente estrategia, gana la márgen izquierda del Aráuca y, exitado por el clamor entusiasta de sus tropas que desean la batalla, va á ofrecerla á Morillo, quien no la excusa en posiciones favorables á su poderosa infantería.

Recobrado de las fatigas, limpias las armas, cepillado el vistoso uniforme, el ejército español sale de Achâguas, despliega sus formidables alas y se adelanta al encuentro de nuestros escuadrones apoyándose cautelosamente en los bosques y palmares que ofrece la llanura.

Nuestra vanguardia aventura un ataque sin concierto sobre las fuertes posiciones que ocupan, á la vera de un bosque impenetrable, los carabineros de Narciso López y el 2º batallon de Valencey al mando de Pereira; y es repelida con fracaso.

Este desastre unido á la prudente táctica del enemigo, de no comprometer lance ninguno en paraje desventajoso á la seguridad y al buen éxito de su excelente infantería, obliga al Libertador á buscar á su turno campo adecuado á las maniobras de sus caballerías, arma en que prevalece al formidable ejército español.

Así pues, esquivando el combate en lugares montuosos y ofreciéndolo siempre á campo raso, el ejército republicano retrocede al fin sobre el Aráuca; y despues de repetidas marchas y contra marchas, de amagos infructuosos, de provo caciones y engaños para hacer aceptar á su contrario una batalla á descubierto, atraviesa aquel rio y acampa fatigado en

su márgen derecha. Morillo le sigue paso á paso, y al despuntar la aurora del tres de Abril de 1819, aparece sobre la opuesta orilla del Aráuca, frente al campo inmortal de Las Queseras.

X

Allí aquellos dos gigantes: la vieja monarquía con su casco de acero, y la jóven República, calado el gorro frigio, de nuevo se contemplan.

Míranse con enojo los legionarios de la fuerza y los soldados de la idea.

Conculca el ódio lo que estrechó la sangre. Pero en silencio el viejo leon que ruge enfurecido, se estremece orgulloso de haber dado á la América, con la pujanza heróica de su raza, la soberbia altivez de sus mayores.

Allí están con Morillo, aquellos bravos del ejército expedicionario, tenaces en la defensa de su patria contra Bonaparte, vencedores en Baylen, Arapíles, Vitoria........ heróicos y magníficos en Zaragoza y en Gerona. Ejército dominador de la Nueva Granada, triunfador en Venezuela en la anterior campaña; soldados orgullosos, temidos por su crueldad y su bravura, con más sangre sobre sus bayonetas que deslumbrante púrpura en sus banderas victoriosas.

Allí están como siempre, desdeñosos y amenazantes; dividi-

dos en brigadas, regimientos y batallones que llevan con jactancia nombres gloriosos que recuerdan victorias, y arrogantes epítetos no desmentidos ni amenguados; cubiertos de vistosos arreos, armados de fusiles y sables relucientes, y ostentando con arrogancia extrema la empinada cimera de sus dragones impetuosos y los negros morriones de sus terribles granaderos.

¡La fuerza, la fuerza representada en la expresion más alta de su grandeza y poderío!

Con Bolívar en el opuesto bando, desprovisto de pomposos atavíos, mas ya lujoso en títulos á la inmortalidad, está el heróico ejército republicano; escaso en número, inmenso en valentía, exhibiendo en los desnudos pechos cicatrices gloriosas, y en sus robustas filas numerosos campeones á los que tantas veces debiera la victoria.

Allí Sonblette, su Mayor General, espíritu levantado, necesario al concierto de toda empresa capital. Y Cedeño, de merecida fama, denominado por el Libertador, *el bravo de los bravos.* Y Anzoátegui, jamás bien ponderado por su valor é hidalguía, carácter romano de los tiempos de la República, cuyas sienes ostentarán en breve la corona triunfal de Boyacá. Y Tórres, prudente y esforzado. Y Ambrosio Plaza, héroe de romance, digno de ser cantado por Ossian, de ser llorado como Enéas. Y Manrique, de denuedo brillante. Y Salom, de virtud sostenida. Y Páez, en fin, que nuestra historia eleva hasta la fábula, y le disputa á Hércules sus portentosos láuros.

Como dos gladiadores dispuestos al combate, los dos ejércitos se vigilan, se asechan.

La batalla, tanto tiempo deseada, va á librarse al cabo; pero el Aráuca, extendido entre ámbos contendores, se esfuerza en aplazarla todavía.

Este inconveniente, por el momento insuperable, mantiene á aquellos dos gigantes en cautelosa espectativa. Pasar el rio es lo aventurado; la prudencia aconseja no dar el primer paso; y ámbos esperan á la vez castigar rudamente la temeridad del más osado.

Bolívar se impacienta; la inaccion enardece la fogosidad de su carácter. Morillo, por el contrario, permanece impasible, y aquella situacion, de suyo embarazosa, amenazaba con prolongarse indefinidamente, cuando de pronto, un acontecimiento inexperado destruye la perplejidad de ámbos ejércitos.

XI

Arrastrado por su genial temeridad, y en medio de aquella escena muda é imponente, Páez lanza su caballo á las ondas del impetuoso Aráuca, Tras él, como un torrente, se precipitan á la vez, presurosos, revueltos, ciento cincuenta jinetes escogidos; la flor de los lanceros del Apure. Cruzan á nado y sin ser vistos, á dos millas del enemigo, el caudaloso rio, se alínean en la opuesto ribera, y saludando con un grito de guerra al asombrado ejército republicano, que le contesta con

aplausos, parten veloces tras las huellas de Páez, sobre la línea formidable de relucientes bayonetas que cubre el horizonte.

¡ Osadía sin ejemplo !

¿ Adónde va aquel sublime enajenado ? ¿ Por ventura se estima superior al destino que así lo desafía ? Qué anhela ? Qué pretende ? Librar él solo una batalla ? ¿ Destruir él, con su lanza, lo que todo un ejército tiene por alta empresa ? ¿ Dar á la América, con la medida de su arrojo inaudito, el espectáculo de los juegos olímpicos de la remota antigüedad ? Lo que pretende ¿ es acaso aceptable ? ¿ No es un suicidio estrepitoso aquella acometida ? Quién lo sabe ? Quién lo puede saber ? Él mismo, acaso, no podria contestarnos. Los ímpetus heróicos no se explican, ellos se ven, se admiran y producen deslumbramiento y pasmo.

En vano la prudencia se fatiga gritando :—Detenéos, insensatos, porque vais á morir. La temeridad contesta enardecida :—Canta, si puedes, que vamos á vencer.

Y aquel atrevimiento no es una quimera de la imaginacion : los ojos lo ven maravillados, los corazones todos palpitan poseidos de embargante emocion.

Allá va, á la cabeza de sus intrépidos llaneros, el héroe afortunado; todos le ven, todos le reconocen por su marcial denuedo, por aquella figura atlética, imponente, con que plugo á la naturaleza asemejarle al rei de las selvas, al soberano del desierto. Figura prestigiosa que áun vive en la memoria del pueblo americano, exornada de atributos olímpicos, cual la de los héroes inmortales cantados por Homero. Quien no

le reconoce entre el revuelto polvo que levantan los rápidos bridones, á lo ménos le distingue entre sus compañeros, por el caballo blanco y el dorman de púrpura. Oid: en el ejército realista redoblan los tambores, suenan los clarines, los regimientos se alínean en batalla, se cruzan órdenes que trasmiten veloces edecanes, relinchan los caballos, se desnudan los sables, la artillería se exhibe amenazante, y las mechas encendidas, cual serpientes de fuego, ondulan en el aire sobre el cebo de los cañones. Ellos tambien reconocen á Páez en aquella audaz acometida y tributan al héroe los honores debidos á su fama.

Entre tanto, los jinetes de Páez avanzan sobre el centro de la línea española cual los antiguos paladines; apuestos, sonreídos, tremolando al compas del movimiento de sus caballos, vistosas banderolas colgadas de sus lanzas.

Para ellos, no es aquella la lucha á que se prepara el ánimo con el recogimiento; alegres y locuaces, cual si se tratara solamente de hacer gala de agilidad y de destreza; disipan con su heróica indolencia, las sombras que acumula el terror sobre las huellas del desastre, se burlan del peligro y transfiguran la muerte en apoteósis.

XII

Semejante acometida, más que de una batalla, guarda las aparienci de un duelo colectivo, de un torneo caballeresco.

Ella es el reto inaudito de lo pequeño á lo inmensurable; la insolencia elevada al sublime; el arrojo convertido en guarismo.

Aquella empresa temeraria tenia, en verdad, todo el realce mitológico de los tiempos heróicos de la Grecia.

Era una escena de la tragedia antigua, representada en pleno dia, frente á la roca del Acrópolis en el teatro de Baco.

Catorce mil espectadores, dominados por encontradas impresiones, la contemplan en silencio.

Á la izquierda del Aráuca, todo el ejército español, banderas desplegadas y alineado en batalla, la espalda protegida por un bosque y haciendo ángulo recto con el rio.

En la márgen derecha, el ejército republicano, inquieto, anhelante, suspenso entre la admiracion y el entusiasmo, cubriendo gran parte de la orilla á lo largo de la corriente, y apoyado en sus armas como en la balaustrada de hierro de un anfiteatro gigantesco.

Frente á entrambos ejércitos, la llanura inmensa, el dilatado horizonte, Páez y sus indómitos llaneros.

Nada faltaba á aquella escena, grandiosa de suyo, para hacerla interesante; ni la audacia del propósito, ni la gallardía de los actores, ni el teatro adecuado á la solemnidad del espectáculo, ni el escogido concurso de las fiestas de Pálas, ni un genio para presidirla.

Bolívar á caballo, en medio de su Estado Mayor, aplaude el arrojo de tan aventurada acometida, y con profunda angustia sigue los movimentos atrevidos, las curbas y ondulaciones

caprichosas de aquella audaz serpiente, erizada de escamas de acero, cuya lengua vibrante era la lanza formidable de Páez.

Morillo permanece incontrastable; y dominado por la sorpresa y el enojo que produce en su ánimo la audacia de aquel reto insólito, no encuentra explicacion satisfactoria al propósito oculto de aventura tan descabellada. Sin perder de vista al escuadron republicano, vigila el grueso de las tropas de Bolívar, hasta entónces inmóviles; pero de donde espera un movimiento reservado que debe coincidir con la provocacion de que es objeto; pues no se le ocurria, ni sospechar siquiera,—como más tarde lo confesó al Libertador en la entrevista de Santa Ana, al hacer la apología del caudillo de Apure—que aquella inexplicable al par que audaz operacion, fuese otra cosa que una prueba más del carácter resuelto y de la heróica temeridad de Páez.

Tales fueron las impresiones que dominaron en el primer momento á los opuestos bandos.

Entre tanto, ni un grito, ni un disparo, ni otra provocacion en las filas de Páez, que la del hecho en sí que ejecutaba. En ámbos ejércitos solemne silencio, perturbado tan sólo por el chasquido metálico de las espadas y las lanzas, y por el forzado galopar de los caballos que avanzaban sobre las huestes españolas.

Dada la rapidez de tan impetuosa acometida, la sorpresa é indecision de los realistas no dura largo tiempo.

Una vez por todas, era necesario escarmentar á aquellos temerarios que tanta sangre costaban al ejército. Al efecto, Morillo se apresura á poner por obra un plan preconcebido,

para el caso frecuente, de una de aquellas embestidas de Páez furiosas como las muchas de que habian sido víctimas los soldados del Rei.

XIII

Apénas llegan desenfrenados los llaneros á cien pasos de la línea española, el estruendo de una descarga resuena formidable; mézclase el polvo que levantan los caballos con el humo que arrojan los cañones, y densa nube se extiende presurosa sobre el ensangrentado campo de aquel duelo terrible.

Siete mil fusiles y seis piezas de artillería disparan sin cesar. Los lanceros se esfuerzan por arrojarse sobre las bayonetas españolas. Sus caballos cerriles, acometidos de pavor, resisten á los aguijones de la espuela, saltan, relinchan, se encabritan y retroceden espantados.

Tras larga lucha, los jinetes al fin se hacen obedecer de sus corceles, y amagan á la vez con repetidas cargas la inmensa línea de Morillo que les opone un muro erizado de bayonetas. Las balas de los cañones surcan la llanura, estrepitosa vocería responde al ruido de las descargas, resplandecen las lanzas en medio del tumulto como rayos siniestros en el seno de aquella nube espesa, purpúrea, desastrosa, que flota á la merced del

viento, cual inmenso sudario sobre los ensañados contendores.

Despues de la primera acometida, Morillo crée propicio el momento para exterminar al tenaz escuadron que le resiste con tanta bizarría. Con este objeto, mueve todo el ejército, el cual, como un gigante extiende sus robustos brazos para oprimir y ahogar en ellos aquel grupo de insolentes que osan combatirlo. Dos regimientos al mando de Calzada vuelan á ocupar la orilla del Aráuca, para impedirle á Páez ganar de nuevo el campo de los suyos, miéntras la quinta division que dirige Latorre, describe extensa curva con el fin de rodearle por la izquierda.

Desde la márgen opuesta, el ejército republicano divisa con profunda ansiedad, aquel puñado de valientes circunvalados por fulminantes enemigos.

Cada vez más furiosos, nuestros intrépidos lanceros embisten sobre el centro que sostiene Morillo, repliegan sobre uno de los flancos, acometen al otro, provocan con insultos la numerosa caballería realista, que principia á moverse, y retroceden al cabo, tratando de escapar de aquel círculo de fuego que los oprime y aniquila.

A la cabeza de cuarenta jinetes, rompe Páez las filas de Calzada. La brecha queda abierta.

Aramendi se lanza como el rayo, atropella los cazadores de Pereira que intentan detenerlo; el resto de los lanceros se escapa por la brecha y aquellos ciento cincuenta héroes admirables se fingen derrotados y se alejan veloces.

Morillo los cuenta por perdidos, y como azuza el cazador la furiosa jauría tras el ciervo que huye, arroja sobre Páez mil

doscientos caballos impetuosos, húsares, dragones, carabineros y lanceros, ávidos de vengar aquel dia las frecuentes derrotas tantas veces sufridas.

Esquivando los fuegos de la izquierda realista, Páez abandona la montuosa ribera del Aráuca; divide en siete grupos sus bizarros jinetes: los encabezan Mina, Fernando Figueredo, Muñoz, Rondon, Juan Gómez, Carmona y Aramendi, los cuales se alejan, primero á toda brida y luégo á média rienda, llevando en pos la numerosa caballería realista que los persigue con ahinco.

XIV

Nuevo estrépito de pisadas, de sables que se chocan, de arneses sacudidos, de voces que se alientan, de gritos de venganza, de imprecaciones y amenazas, conmueve la llanura, donde áun resuena el eco de los rugidos del cañon, y el trueno de la fusilería.

Los bravos apureños galopan en una sola línea paralela al horizonte que tienen frente á ellos.

A su espalda y en medio del espacio que los separa de los regimientos españoles, se vé á Páez, ladeado en la silla hácia

el enemigo, á quien provoca y enardece con su actitud y sus sarcasmos.

De esta manera, perseguidos y perseguidores, recorren largo trecho. El ejército realista, nuevamente alineado en batalla, se divisa á dos millas de su caballería.

Los llaneros acortan la carrera; la distancia que los separa de los jinetes enemigos se estrecha más y más; éstos aguijan sus bridones, cortan el viento con los inquietos sables, y ciegos, aturdidos, frenéticos, se esfuerzan por acercarse á nuestra línea y acuchillarla por la espalda.

Dos cuerpos de caballo apénas los separa del codiciado instante: los brazos se extienden, los sables se levantan, la sangre vá á correr. Llegó el momento.

Un grito agudo resuena de improviso dominando el estrépito; grito imperioso y breve, que encierra órden terrible. La da Páez: todos la oyen, y simultáneamente la obedecen los suyos con la pasmosa rapidez del rayo.

Aquella órden suprema, aquel heróico grito encerraba esta frase estupenda: "vuelvan cara."

Lo que entónces pasó no tiene un sólo ejemplo en los fastos del heroísmo humano.

La pluma se extremece al describir aquel suceso, la razon se resiste á creerlo; pero ahí está la historia, y la tradicion y los contemporáneos, y el testimonio de Bolívar, y medio siglo de incontestables alabanzas, y los mismos émulos de Páez que no se atreven á negarlo.

Con la velocidad del pensamiento, los llaneros revuelven sus caballos; centellean las enristradas lanzas, y un choque terri-

ble, formidable, como el encuentro de dos rápidas nubes, de dos furiosas tempestades, hace retemblar la tierra.

La primera fila de la caballería española queda en el sitio revolcada; la segunda vacila; nuestros lanceros la acuchillan; el centro embarazado por los caballos de las dos filas destrozadas, se repliega en desórden; gira sin tino buscando reponerse y da el flanco á la cuchilla de aquellos diestros segadores, que cortan sin piedad.

XV

El crecido número de la caballería enemiga, con su enorme ventaja de ocho á uno sobre los lanceros de Páez, ventaja decisiva en cualquiera otra circunstancia, se convierte en invencible obstáculo para maniobrar con acierto y eficacia en medio de la horrible confusion que la domina.

En vano algunos escuadrones intentan resistir el bote de nuestras lanzas impetuosas.

Narciso López, echa pié á tierra con sus carabineros, y apénas tiene tiempo para quemar un cartucho. Rondon los desbarata con el pecho de sus caballos, degüella cuantos le resisten, pasa por sobre cien cadáveres y vuela á incorporarse con su

cuadrilla ensangrentada, á los lanceros de Aramendi, enfrentados á los dragones de la Union, que mueren como bravos.

Estos y el segundo de húsares del Rei que Figueredo y Mina destrozan á porfía, son los últimos que riñen la batalla.

La derrota se declara completa.

Como arrebatado torbellino, aquella numerosa caballería perseguida por un puñado de jinetes, cuyas lanzas ya embotadas hieren difícilmente, corre sobre la infantería realista á guarecerse entre sus filas.

Tras ella, rastro sangriento dejan en la llanura; despojos repugnantes, caballos reventados, miembros rotos, cadáveres sin cuento, y sillas, y arneses, y fusiles, y banderas, y desgarrados uniformes; heridos que se quejan y estertores de agonía.

Caballos sin jinetes y caballeros desmontados van, vienen, y en todas direcciones recorren la llanura.

La derrotada caballería realista, nube de polvo, masa vertiginosa, revuelta confusion de todos los colores, que el sol poniente alumbra con sus postreros rayos, acuchillada, chorreando sangre como un gigante herido, huye despavorida.

Lleno de ira y de inquietud, Morillo la ve acercarse como una ola amenazante para sus alineados batallones.

Inminente es el peligro para el ejército español. Sobrecogidos de terror, sus propios escuadrones ayudarán á Páez á destrozarlo y á vencerlo. El sacrificio de una parte puede salvar el todo. Morillo se decide. Apunta al grupo sus cañones, lo envuelve en una nube de metralla y lo fusila sin misericordia.

Pero nada detiene aquel espanto. Acribillada de frente por

las balas y alanceada por la espalda, aquella mole sangrienta y palpitante, persiste en su designio. Sin dejar de darle el frente y de abrasarla con furiosas descargas, el ejército empieza á marchar en retirada buscando el apoyo del tupido bosque que tiene á retaguardia; pero ántes de logro tan deseado, la caballería se estrella contra sus bayonetas, rompe las filas y juntos y revueltos, infantes y jinetes ganan la espesura, favorecidos por la noche que extiende sus protectoras sombras sobre aquella escena pavorosa de confusion y de desastre.

Nuestros guerreros impetuosos, arrojando estentóreo grito de victoria, clavan sus lanzas en los primeros árboles del bosque.

Luégo en la oscuridad, se cuentan, se organizan y abandonan aquel campo de muerte para las tropas españolas; de luz radiante y de perpétua gloria para Páez y demás héroes de aquella jornada memorable.

Con la artillería que abandonaron los realistas quinientos muertos dejaron en el campo.

Bolívar concedió la *Cruz de Libertadores* á los ciento cincuenta héroes que concurrieron á aquel combate insigne; y con fecha de tan clásico dia, la siguiente proclama corona la gloriosa jornada.

A los bravos del ejército de Apure.

Soldados! Acabais de ejecutar la proeza más extraordinaria que puede celebrar la historia militar de las naciones. Ciento y cincuenta hombres, mejor diré, ciento y cincuenta héroes, guiados por el impertérrito general Páez, de propósito deliberado han atacado de frente á todo el ejército español de



Morillo. Artillería. infantería, caballería, nada ha bastado al enemigo para defenderse de los ciento y cincuenta compañeros del intrepidísimo Páez. Las columnas de caballería han sucumbido al golpe de nuestras lanzas; la infantería ha buscado un asilo en el bosque; los fuegos de sus cañones han cesado delante de los pechos de nuestros caballos. Sólo las tinieblas habrian preservado á ese ejército de viles tiranos de una completa y absoluta destruccion.

Soldados! Lo que se ha hecho no es mas que un preludio de lo que podeis hacer. Preparaos al combate, y contad con la victoria que llevais en las puntas de vuestras lanzas y de vuestras bayonetas.

Cuartel general en los Potreritos Marrereños, á 3 de Abril de 1819.

BOLÍVAR."

XVI

Despues de aquel desastre, Morillo desconcertado, aturdido, lleno de asombro y de despecho, se retira á Acháguas y luégo repliega hácia las montañas de la provincia de Carácas, llevando con la rabia de una empresa frustrada la primera sospecha de su impotencia para dominar la rebelion de Venezuela.

Bolívar, por su parte, lo ve con pesar alejarse de un teatro tan ventajoso á nuestras armas; fluctúa un instante, si ha de seguirle ó nó; pero de súbito, iluminado por un rayo de luz que brota de su fecundo ingenio, revuelve su caballo, lo lanza á toda brida, trepa los Andes y corre entre relámpagos hasta detenerlo sobre el puente de Boyacá, sellando allí, con láuro inmarcesible, la independencia del pueblo granadino.

Así, á la vez que Páez permanece en las llanuras del Apure, cerniéndose como el condor en los espacios conquistados por su atrevido vuelo, la libertad respira; el velo de tres siglos de oscuridad se rasga, y aparece Colombia en el augusto estrado delas naciones.

Despues.... abrid la historia, y donde más brillantes luzcan los resplandores del heroísmo patrio, encontrareis el nombre del paladin de Las Queseras.

En vano ciegas pasiones tratarán de amenguar la prestigiosa luz que resplandece en torno á su memoria. Cual llama inextinguible, la gloria de Páez fatigará los vientos que se empeñen en apagarla, y cada dia más viva y más radiante, flotará sobre las olas tumultuosas del mar inmenso del olvido que quieran sumergirla.

La nube de polvo que el huracan levanta de la tierra, puede un instante velar el sol á nuestros ojos; empañarlo jamás!

Ser héroe es ser águila, y á la altísima serenidad de los espacios en que aquella se cierne, no alcanzan ni saetas ni dardos.

Si algo en la humanidad puede estimarse de derecho divino, son los atributos del espíritu, que nadie puede arrebatar. De todas las aristocracias, la del heroísmo es la más encumbrada:

ella es lo excelso. Comprad con oro si podeis, la gloria de ser Régulo, Leonidas, ó Ricaurte. Absurdo: donde no alcanza el oro, principia el sublime.

Nosotros tambien tuvimos héroes de la talla de Hércules, gigantes mitológicos que escalaron el cielo de la gloria pero que no dejaron á la tierra descendientes olímpicos. Ellos se fueron todos, tristes, los más, por haber sufrido con la muerte la ingratitud de pueblo por ellos redimido.

XVII

Atentar á las glorias de Páez, es atentar á las glorias de Venezuela.

Esos muertos á quien maldicen hoi locas pasiones, debieran ser sagrados; sus faltas, si algunas cometieron, desaparecen ante el supremo esfuerzo que hicieron por la patria. Oscurecer el brillo que irradia su memoria es desgarrar nuestra epopeya.

Id á decir al pueblo griego, hoi degenerado y abatido, que es todo fábula cuanto narra Herodoto; que Leonidas fué un mito lisonjero; que los laureles de Maraton no pertenecen á Milcíades; que Arístides en fin, no sintetiza el patriotismo de

todo aquel gran pueblo; y vereis la indignacion sobreponerse á la indolencia de los descendientes de Teseo; porque en la abyeccion en que hoi vejetan, alientan sólo con los recuerdos del pasado, y conculcarles su historia que es su orgullo, es condenarlos á eterna oscuridad.

Alta es la ejecutoria con que se impone Páez al respeto del mundo, á la veneracion de los venezolanos.

La historia de estos pueblos de América no se ha perdido aún; en ella nuestros hijos deslumbrados admirarán las insignes proezas del vencedor en las Queseras.

Su nombre será timbre de orgullo para la tierra que le vió nacer.

Cual otro Aquíles, vivirá en la leyenda, y se tendrán por fábula sus hechos prodigiosos.

Entre tanto, como tributo de mi veneracion por su memoria, permite oh! Patria, que esta corona de laureles, mal tejida por mi pluma, pero perfumada con el incienso de un corazon reconocido, ocupe el sitio donde medra el extranjero cesped, sobre la tumba de aquel héroe olvidado.

BOYACÁ.

BOYACÁ.

(7 DE AGOSTO DE 1819).

I

Como extiende el condor las alas poderosas y rápido se encumbra, movido por el ardiente anhelo de abarcar en la extendida curba que describe los sucesivos horizontes, límites imaginarios del espacio; y luégo en la alta cima se cierne soberano y con sus plumas osa velar el sol y ser á un tiempo árbitro de las tinieblas y la luz; así descoge el vuelo aquel Númen que aspira realizar cuanto de noble encierra su acendrada virtud, y audaz se lanza hácia los fines que persigue, sin cuidarse del rumbo que le ofrece el acaso, pues todo el

horizonte donde reposa la mirada lo vé inflamado con el fuego de su constante aspiracion.

De las llanuras del Aráuca, donde los clarines de la fama repiten los hechos fabulosos del vencedor en Las Queseras, Bolívar se lanza á conquistar más alta gloria.

Un pueblo hermano, aliado generoso, cuya sangre por nuestra libertad se ha derramado en Venezuela en más de un campo de batalla, gime abatido, despues del más completo vencimiento, bajo la planta de nuestros comunes opresores. Prestarle auxilio para que rompa sus cadenas es un deber sagrado: los mánes de Giraldot y de Ricaurte nos recuerdan su heroísmo y con imperioso gesto nos señalan su patria de nuevo esclavizada, y ellos, sus ínclitos defensores, por nuestra gloria inertes, el brazo desmayado sobre el sangriento polvo, la espada sin relámpagos y sin latido el corazon.

Justo reclamo. Pero ¿cómo extender su débil brazo Venezuela para alcanzar tan léjos y sacudir y levantar de tan completa postracion aquel pueblo cadáver, decapitado por Morillo y ahogado en la sangre de sus varones más ilustres, cuando ella misma apénas tiene aliento para luchar en su propia defensa contra un enemigo poderoso, á quien protege la Fortuna, á quien exhibe incontrastable su fuerza numérica y su pujanza? Ni ¿cómo, sin grave riesgo para su libertad echar sobre los hombros de su agobiado y reducido ejército el peso formidable de una empresa capaz de avasallar mayores fuerzas que las que en propio beneficio no alcanza á poseer?

Concluyente era el fallo de la inflexible lógica sin contar con Bolívar y su genio fecundo: éste, se muestra en la ocasion en

toda la plenitud de su grandeza y triunfa y pasma y acomete la temeraria empresa, incentivo constante de su alma, de unir bajo la sombra de una misma bandera su propia patria y el Nuevo Reino de Granada.

Seguidme, que es noble nuestro intento, dice el Libertador á sus soldados, mostrándoles los nevados y cumbres de los Ándes: *libremos de la esclavitud á nuestros generosos hermanos, y más fuertes volverémos despues en demanda de nuestra propia libertad:* y la más alta de sus aspiraciones, aquella, la que en la noche aciaga de Casacoima fué tenida por delirio fantástico de su exaltado espíritu, vá á realizarse al sólo impulso de su perseverante y decidida voluntad.

II

Intentar siquiera aquella empresa, cuando apénas para defender nuestras conquistas bastaba el récio empuje de nuestras bayonetas, era audácia que rayaba en locura: pretencion gigantesca que sólo podia caber en el cerebro de aquel sublime visionario á quien sin duda iluminaba un rayo de misteriosa luz. Llevarla á término, por sobre todos los obstáculos que se ofrecian insuperables, y dar cima con ella, á la más trascen-

dental de las transformaciones políticas de la Revolucion, fué realmente un prodigio: prodigio de osadía, como los muchos que nuestra historia cuenta de aquel predestinado á tan altos designios.

La época era cruda, gloriosa la contienda. En casi todas las provincias de Venezuela se libraban ardorosos combates; España nos disputaba palmo á palmo el suelo donde fijábamos la planta é iracunda se empeñaba en romper entre sus brazos y con el corazon la espada que la heria; y que no tarde, habria de arrebatarle el continente americano. A la cabeza de 8.000 veteranos el generalísimo español, pugnaba en las llanuras del Aráuca, por exterminar al atrevido ejército que le oponia Bolívar: ejército dos veces inferior en disciplina y número al de tan duro y pertinaz contrario; sin repuesto de municiones y armamento, flaco, desnudo, sin recursos para atender á sus necesidades, fatigado por las rápidas y repetidas evoluciones de una campaña larga y trabajosa, en la cual la astucia y la estrategia suplian á la inferioridad y en la que sólo alentábamos al amparo de la caballería á quien los regimientos castellanos habian aprendido á respetar en aquellas abiertas y dilatadas pampas.

Con suma habilidad rehuia el Libertador aventurar una batalla campal contra la poderosa infantería realista; baluarte inexpugnable para nuestros bisoños y escasos infantes, y en asecho de una oportunidad propicia para empeñarla con ventaja, se entretenia en desgarrar á aquel soberbio ejército con las agudas picas de nuestros llaneros impetuosos, rápidos como el viento y carniceros y audaces como el jaguar de sus llanuras.

No ménos avisado que su experto contrario, mostrábase Morillo. Á la mira de evitar decisivos encuentros en posiciones favorables al arma en que le aventajábamos, maniobra con prudente sagacidad y, mal su grado, repliega constreñido por el bote de nuestras lanzas pertinaces. No obstante, á cada nuevo descalabro que padecen sus tropas, revuélvese iracundo, pone en juego toda su habilidad y ardimiento, y no excusa ocasion ni favorecida coyuntura, para llegar á punto de descargar su hercúlea diestra sobre aquellos ligeros escuadrones, que sin cesar le acosan y que despues de herirle desaparecen como nubes de polvo.

De esta suerte, siempre acosado y siempre amenazante, alcanza el generalísimo español las montuosas riberas del Apure, lo esguaza y vá á situar en Calabozo su cuartel general, dejando enrojecida la llanura con la sangre de sus alanceados batallones.

III

Prolongábase entre tanto aquella lucha, sin término visible, contra un ejército lleno de cautela que no nos daba el flanco y sobre el cual Bolívar, sin notable provecho, mellaba el filo de su espada y la energía de sus soldados; cuando vinieron los rigores de la estacion lluviosa, insoportable en tan desampara-

das regiones, á acrecentar cuantas dificultades se oponian á la prosecucion de una campaña, de suyo abrumadora para quien carecia, como el ejército patriota, de todo lo indispensable al sostenimiento de la disciplina y de la vida. Con aquel nuevo inconveniente nuestro ejército se encontró colocado entre dos amenazas á cual más poderosas: la infantería realista que replegándose persistia sin embargo en cerrarnos la entrada á la provincia de Carácas, y la innundacion de las llanuras que embarazaba nuestras evoluciones é imponia sérias dificultades al abastecimiento de las tropas.

De hecho la situacion de los independientes era comprometida y enojosa; pero en prevision de tales contingencias, el Libertador habia avanzado algunos cuerpos hácia la provincia de Barínas, con ánimo de sorprender la division realista que la guarnecia, proporcionarse recursos y abrirse campo por aquellas comarcas, ménos expuestas á los desbordamientos de los rios. Los primeros amagos de la cruda estacion le deciden á obrar con rapidez; á mediados de Mayo repasa el Aráuca, invade el Bajo Apure, y, despues de concertar con Páez las operaciones que deben practicarse en la nueva campaña, reincorpora la division de infantería acantonada en Rincon Hondo y, en direccion del arruinado pueblo de Setenta, se dispone á cruzar el Apure, cuando acierta á llegar al campamento el coronel Jacinto Lara, portador de plausibles noticias, referentes á las ventajas adquiridas por Santander en Casanare y á la favorable disposicion que se manifestaba en algunos pueblos de la Nueva Granada por sacudir los hierros de la cautividad.

Una luz prestigiosa, visible sólo para el Libertador, brilló al través de tan felices nuevas; su espíritu se inflama, nuevos proyectos afluyen á su mente, y como siempre rápido en la ejecucion de sus designios, cambia de aviso, tuerce el rumbo que lleva hácia Barínas, y á tiempo que Morillo, desesperanzado de someter á la corona l s codiciadas pampas, repliega á Calabozo en busca de seguros parajes para acantonamiento de su ejército durante la estacion de las lluvias, dando por terminada en aquel año la más infrutuosa de todas sus campañas; Bolívar revuelve su caballo, sigue el camino que le traza la luz radiante de su inspiracion y de su estrella, y en demanda de más alta y de mejor fortuna, se interna al Sur hácia la andina cordillera.

IV

Adónde vá? Su ejército lo ignora, nadie es capaz de sospecharlo.

En la completa oscuridad en que encierra Bolívar sus ocultos designios, todos marchan á tientas, sólo él penetra el porvenir y ve factible lo que á los más audaces habria de aparecer descabellado.

No obstante, ¿qué pretension más singular ni más aventu-

rada? ¡No poder avasallar lo ménos y pretender sobrepujar lo más! Explicaos, si podeis, contrasentido semejante.....

Seguidle, sin embargo, que vá en su espada la libertad de un mundo y abrazando su mente la creacion más grande de su fecundo ingenio.

Con aquella resolucion audaz é inesperada, Bolívar parecia decir á su contrario, el pertinaz Morillo: " espera, yo he de vencer tu espíritu, acaso más templado que el acero de tus numerosas bayonetas, porque á tu alma llevaré el asombro; alejándome de tí completo el desprestigio de tu causa, cavo tu sepultura. Mis triunfos, indudables, allá léjos, serán crueles heridas que habrás de recibir sin poder evitarlas: tu ruina empezará donde creiste comenzar tu gloria....."

Y sólo fía el secreto de la atrevida empresa que vuela á ejecutar, á Soublette y á Anzoátegui y á pocos más de sus tenientes principales; y deja á Páez frente á Morillo para ocultar su marcha: y galopa resuelto por la inundada pampa; y cruza apénas escoltado por un grupo de bravos, con el agua á la cincha de los caballos la inmensa charca que toca el horizonte; y devora veloz leguas y leguas de anegadas praderas: y atraviesa caños desbordados y pantanos profundos y caudalosos rios: y aparenta seguir un rumbo dado y lo tuerce de súbito, y confunde hasta sus propios compañeros no iniciados en el audaz propósito; y se apresura á dar cima á su intento ántes que se trasluzca el fin de su aventura, y á su espalda deja á Venezuela sin refrenar el ímpetu que le lleva adelante; y las llanuras de Casanare le ven pasar cual un metéoro; y se interna hácia el Sur, y gana el pié montuoso de

la empinada cordillera, y sólo en Tame detiene su caballo para esperar las tropas que le siguen y organizar la expedicion que ha de invadir el suelo granadino.

V

De todas las provincias del Vireinato de Santa Fé, Casanare es la única que se mantiene en armas contra el poder dominador de España; en sus llanuras, siguiendo las instrucciones de Bolívar, Santander ha organizado algunos cuerpos regulares, conseguido considerables ventajas y creado con el esfuerzo de su brazo y la lucidez de su talento, un centro de accion para la lucha y un refugio donde puedan guarecerse sus compatriotas perseguidos por la crueldad de Sámano y por el odio que sembrara Morillo en aquellas comarcas desde la ocupacion de Cartagena.

Aquel núcleo de pueblo y de soldados es el que atrae á Casanare la espada de Bolívar, y en la que cuenta hallar un decidido apoyo para llevar á cabo la aventurada empresa á que se entrega con la energía de su carácter.

En Tame se avista el Libertador con Santander, á quien oportunamente diera aviso de su resolucion; comunica á su

experto teniente el plan de la campaña que se propone realizar y espera la llegada de las tropas venezolanas, que no tardan en reunirse en Pore á las fuerzas levantadas en Casanare.

Allí reorganiza el ejército; forma dos divisiones á las que da los nombres de vanguardia y de retaguardia. La primera á las órdenes de Santander, la componen las tropas granadinas y, como jefes de cuerpos, figuran en sus filas los Coroneles Fortul, Cancino, Obando y Arredondo, los mayores Guerra y Paris y otros bravos de merecida fama. De la segunda Division obtiene el mando, sin que nadie se atreva á disputárselo, el General Anzoátegui, y entran en ella todos los cuerpos venezolanos que siguen á Bolívar desde las llanuras del Apure: los batallones Rifles, Bravos de Páez, Barcelona y Albion mandados por Sándes, Cruz Carrillo, Ambrosio Plaza y Rook. El regimiento de caballería denominado Guias de Apure regido por Mujica, dos escuadrones del Alto-llano de Carácas, á las órdenes de Infante y de Rondon, y los carabineros de la Guardia mandados por Mellao.

Como más práctica del terreno que van á recorrer, Bolívar cede la vanguardia á la primera division.

Todo el ejército patriota reconcentrado en Pore alcanza apénas á 2.500 combatientes, llenos de brío, pero en el estado más deplorable de miseria. Desconsolador es el conjunto que ofrecen por el escaso número y la extremada pobreza aquellas tropas reunidas; sin embargo, Bolívar, no fluctúa en dar comienzo á su arriesgado intento: fija la planta audaz

en la montaña, casi inaccesible, que le opone sus escarpados flancos, y emprende la atrevida campaña, cuyos peligros no se le ocultan un instante, pero cuya gloria le deslumbra y alienta.

VI

El 13 de Junio el ejército invasor sale de Pore, deja á su espalda las llanuras y da principio á la trabajosa ascension de la montaña. Santander, con la Division de Casanare abre la marcha, Bolívar con Soublette y el Estado Mayor siguen á Santander: Anzoátegui con la segunda division forma la retaguardia. Estos dos jefes de ya notoria nombradía, son las columnas en que se apoyarán cuantos esfuerzos juzgue el Libertador indispensables para dar cima á aquella empresa gigantesca. La eleccion no era desacertada.

Entre las figuras prominentes de la Revolucion americana, la Historia da un alto puesto á Santander, y puesto merecido hasta quedar sellada la independencia de Colombia. Hombre de claro ingenio, de probada energía, de convicciones propias, su opinion y consejo pesáron con ventaja en los negocios públicos y eficazmente contribuyó con su talento, á los grandes

designios de Bolívar, y al afianzamiento de la incipiente nacionalidad cuyos destinos presidió largo tiempo, al amparo del genio poderoso y de la espada rayo, que en medio á cien batallas surcaba de relámpagos á todo el continente.

Ménos afortunado Anzoátegui, no alcanzó á las alturas á que sus dotes militares y la nobleza de su carácter le hicieran acredor: pasó cual un metéoro. Sin el fin prematuro que le sustrajo de los halagos de una envidiable gloria, habria sido en el sur, muy digno émulo de Sucre; y la grandeza de alma y la probada lealtad que le distinguió siempre, habrian servido de poderoso estímulo y de seguro apoyo á la estabilidad futura de Colombia, á la fijeza de sus instituciones.

Los cuerpos que en la ocasion comandan estos jefes le son fieles; pero la firmeza y el arrojo que sostenian al ejército, cuando lidiaba en las nativas llanuras bajo aquel sol de fuego protector de todas las miserias y testigo radiante de los más crueles sacrificios, desmaya en el momento en que las tropas republicanas caen en cuenta del rumbo por donde se las lleva, y palpan los obstáculos que preveen, con fundada razon, como insuperables. Muéstranse no obstante, resignados y trepan la agria cuesta con el vigor y la energía que en toda circunstancia extrema, comunicó el Libertador á cuantos le rodeaban.

Si grandes habian sido hasta allí las penalidades sufridas por aquellos tenaces lidiadores, mayores eran, y áun más árduas, las que se les ofrecian en perspectiva en aquella campaña al traves de los Andes, desnudos y descalzos como la emprendian en un clima cuyos rigores contrastaban con el cálido soplo de

las pampas y en la dura necesidad de resistir y dominar cuantos esfuerzos pudiera hacer para vencerlos, un enemigo poderoso, práctico del terreno y bien abastecido, como aquel que les cerraba el paso de la montuosa vía, difícil de vencer y áun más difícil de recorrerla combatiendo; lo cual era de presumirse sucediera desde luégo que las avanzadas del ejército español, regido por Barreiro y acantonado en Tunja, cubrian todas las avenidas por donde los republicanos pudieran penetrar en aquella provincia.

VII

Dada la mala situacion de los libertadores y las mui ventajosas circunstancias que favorecian á sus contrarios, el éxito feliz de la campaña estribaba mayormente en la rapidez de nuestros movimientos, para ver de conseguir sorprender á Barreiro; pues confiado este jefe en la superioridad de sus fuerzas, respecto al grupo de oposicion que se organizaba en Casanare, no era de suponer temiese de parte de Santander un sério ataque, ni mucho ménos una invasion acaudillada por Bolívar, de quien tenia noticias de encontrarse á la sazon acometido por Morillo en las sabans del Apure, y por consiguiente inposibilitado de ocuparse en nada más urgente que de

la propia defensa y la del territorio que sostenian sus armas. Y si á estas razones, que de seguro debian privar en el ánimo de Barreiro, se agrega la circunstancia no ménos tranquilizadora para él de hallarse inundadas las llanuras por lo crecido de los rios y lo copioso de las lluvias, toda sospecha debia desvanecerse ;y eran estos los motivos que asistian á Bolívar para creer descuidado á su contrario respecto de una invasion por Casanare.

Estas razonables conjeturas que militaban en abono del plan trazado por el Libertador, vigorizaron el propósito de dar á nuestros movimientos la mayor rapidez y sigilo posibles, pues así se evitaban los riesgos que pudiera correr nuestra aventura por efecto de publicidad ó de retardo, si Morillo llegaba á sorprender nuestros designios y, como era de esperarse, daba oportuno aviso á su teniente ó dirigia eficazes auxilios á la capital del Vireinato.

Penetrado, pues, de la necesidad de atacar á Barreiro sin darle tiempo de que se apercibiera á la defensa; decide el Libertador la marcha del ejército por el camino de Macorte y obliga á sus soldados á recorrer aquella vía, que si bien más corta y ménos sospechosa para el enemigo que las otras que se le ofrecian, presentaba sérias dificultades por lo escarpado del terreno y lo que es más, por ser indispensable cruzar por ella el páramo de Pisba, fantasma aterrador que se empinaba delante de aquel desnudo ejército, como la imágen amenazadora de la muerte.

Forzoso era, con todo, aceptar tán peligrosa ruta y escalar por ella la montaña y sus heladas cumbres.

VIII

La suerte estaba echada; retroceder era sufrir una derrota sin haber combatido, y lo que es más, declararse Bolívar ante su propio ejército, reo sin excusa de flagrante locura.

El ejército se interna en las tortuosas fragosidades de la sierra, lucha con la aspereza del terreno, y momentáneamente recobra su constancia, su decision y brío; pero apénas vencidas las primeras dificultades, torna á languidecer; la fatiga lo abruma, sus piés vacilan, marcha con lentitud y el ascenso, difícil para los mismos prácticos de la region andina, parece insuperable á la generalidad de aquellos hombres no habituados al escabroso suelo que recorren, ni á los rigores peculiares del clima de las elevadas cordilleras. En aquel áspero sendero, especie de gigantesca lima que todo cuanto roza lo destruye, va dejando junto con los girones de su mísero equipo, la huella ensangrentada de su paso y el resto de energía que lo sostiene. Pocos dias de penosa escursion bastan para agotar sus fuerzas; alarmantes proporciones cobran su desnudez y su miseria, de sus filas deserta la esperanza y cunde el desaliento.

Una circunstancia inesperada conforta una vez más los abatidos ánimos. En toda empresa humana las primicias de la victoria, por efímeras que sean en realidad, son manjar deleitoso que hace olvidar las penas y avigora el corazon.

Al cuarto dia de marcha, nuestra vanguardia tropieza en Paya con un cuerpo de observacion del enemigo, en número de trescientos infantes, acantonados en las formidables posiciones que ofrece en aquel sitio la montaña. Santander, sin vacilar lo ataca de improviso, empeña un vigoroso combate que dura algunas horas y que Arredondo decide al fin con los fogosos cazadores de la vanguardia. Declárase en derrota el enemigo y huye á la desbandada á incorporarse al grueso del ejército español situado en Sogamoso.

Con aquel encuentro ineludible, se revela el secreto de nuestra expedicion; cunde el alarma en toda la provincia y el enemigo sobre aviso se apresta á rechazarnos.

Reagrávase con esta circunstancia nuestra arriesgada situacion: tras el primer arranque de entusiasmo nuestros soldados reflexionan y aprecian en toda su magnitud los resultados inevitables de aquel triunfo pasajero, que si bien los halaga por el momento, los expone en lo sucesivo á mayores peligros y más sérios conflictos. El descontento hasta entónces latente, estalla y amenaza violar la disciplina. Pocos son los que no se exasperan, pocos los que se manifiestan perseverantes ó resignados; los más se agitan y murmuran y terminan al fin por no ocultar sus quejas y escarnecerse con la propia miseria. Sin tocar en la rebelion, el desaliento llegó á ser extremado, hubo quien desamparase sus banderas, quien prefiriese

una muerte oscura y vergonzosa á arrostrar el peligro y á perecer con gloria. Felizmente fueron muy escasos los que se doblegaron á tan funesta debilidad.

IX

Alarmado por el visible desaliento que se apodera de las tropas, y la tibieza manifiesta de algunos oficiales de merecido renombre, trata el Libertador de conjurar el pernicioso ejemplo, que así como amenaza frustrar todos los sacrificios hasta allí consumados, pone en grave riesgo la campaña, la vida del ejército y la suerte futura de la patria. Con tal propósito llama á consejo á sus principales tenientes cuya decision quiere probar de nuevo ántes de proseguir en una empresa que así amedrenta hasta los más osados; les expone sin vacilar los riesgos inherentes á la situacion en que se hallan; no les oculta los obstáculos que les será forzoso superar; los sacrificios que á todos esperan, ni los peligros consiguientes á una inconsulta retirada en las condiciones nada favorables de un ejército, al que sólo mantiene en la obediencia la energía de sus jefes y la imperiosa necesidad de dar la cara al enemigo. Y á la vez que no rehuye poner de manifiesto el estado con-

flictivo en que se encuentran, procura hábilmente inculcar á todos la fe que le sostiene y patentizarles el éxito feliz de la campaña; luégo les deja en libertad para deliberar.

Satisfactorio es recordarlo y repetirlo con orgullo.

La duda no mancilló un instante la firme decision de aquellos bravos. Los generales Anzoátegui, Soublette y Santander, que junto con los coroneles Lara y Salom componian el Consejo, no vacilan en apoyar las altas miras de Bolívar, y de comun acuerdo deciden la continuacion de la campaña, respondiendo cada cual por su parte de la cooperacion y disciplina de los cuerpos que les están encomendados.

Con lisonjeras frases encarece el Libertador la firme resolucion de sus perseverantes compañeros; vigoriza los ánimos medrosos con discursos inspirados en su fe inquebrantable é indicando de nuevo á cada uno sus respectivos puestos, exclama con profético acento: "En marcha, pues. Venciendo nuestra propia flaqueza hemos ganado ya la primera y más cruda batalla; Barreiro es incapaz de disputarnos la victoria; le harémos prisionero."

Y el ejército, apesar de sus vacilaciones, se pone en movimiento.

X

Una favorable reaccion debida al poderoso ascendiente de Bolívar, se opera en la generalidad de nuestros regimientos: la primera jornada, despues de la estacion de Paya, la rinden con firmeza; pero á medida que vencen los empinados montes y se acercan al páramo, acrecen las dificultades, se multiplican los peligros y nuevos y más terribles sufrimientos padecen, á despecho del celo desplegado por Bolívar y de la solicitud de algunos jefes. El terreno, por todo extremo escarpado, se hace intransitable: un frío inclemente, que cobra á cada paso mayor intensidad, sobrecoge al ejército en lo más árduo de su forzada peregrinacion, y el cierzo que impetuosamente desciende de las cumbres, lo entumece congelando sus mezquinos harapos. A dias crueles suceden noches angustiosas: á las penalidades de la jornada la agitacion febril, el sueño inquieto, la desesperacion, el letargo, la muerte.... Los más robustos ceden á la fatiga; las espanciones del ánimo se amortecen, las pláticas dejan de ser frecuentes, la respiracion degenera en ronquido, la palabra en cavernosa resonancia. A la proximidad del espantoso ventisquero todos los labios enmudecen

nadie profiere ni una queja; el silencio es profundo y lúgubre la marcha.

El Pisba amenazante se divisa sombrío entre revueltos torbellinos de niebla infundiendo en los ánimos insólito pavor; ante él nuestros soldados inclinan la cabeza y con la vista fija en la escabrosa ruta que desgarra sus pies, avanzan entristecidos como reos arrastrados al último suplicio.

Tan dura peregrinacion, de suyo desastrosa para todo el ejército, lo es mayormente para nuestros llaneros que, habituados á los extensos horizontes, al sol abrasador y á la completa libertad de las llanuras, mal resisten los rigores del frío y las penalidades peculiares á la escarpada travesía de las montañas. Para ellos toda dificultad adquiere exageradas proporciones; todo se les presenta insuperable. En las montuosas gargantas de la sierra se sienten como entre lóbregas prisiones y se consideran incapaces, siquiera para escapar de ellas. A entristecerles y á postrarles contribuye no poco la ténue luz del sol, la espesura de las nieblas y lo limitado del espacio que abarcan sus miradas; y aquellos formidables jinetes tan briosos en las abiertas pampas, pierden allí su prestigiosa gallardía é inclinan con abatimiento la arrogante cerviz.

A sus caballos, como á ellos, los postra la fatiga, ceden al peso del jinete, se abaten y perecen, y escuadrones enteros quedan desmontados.

XI

Igual suerte sufre el ganado que lleva el ejército para su mantencion en tan despobladas regiones. Mal hallados los bravíos animales en aquellos parajes con la helada ventisca y las desigualdades del terreno, se resisten á descender á las profundas hondonadas ó á trepar los ásperos repechos, y espantados al mismo tiempo por el estrépito de los violentos huracanes que cruzan la montaña, huyen veloces por riscos y zarzales sin lograr evadirse; se revuelven furiosos, los ojos como áscuas, los cascos ensangrentados; se arremolinan, caen y se atropellan, levántanse de nuevo, chocan contra las bayonetas que para defenderse le oponen nuestros batallones, mugen despavoridos, y aquí diez, más allá doscientos, saltan y se despeñan por barrancos profundos, y copioso festin dan á los buitres que á caza de despojos persiguen al ejército. Los picadores encargados de custodiar y conducir estos bravíos rebaños se fatigan sin fruto y terminan por abandonarlos junto con las acémilas que transportan las municiones y el parque, pues no se encuentra quien de grado acepte conducirlos, dada la lentitud de su dificultosa marcha y el anhelo que

todos ponen en salir lo más presto de aquellos desamparados montes donde una muerte cruel los amenaza.

Sembrado de despojos deja el ejército el camino por donde guía sus pasos. Al traves de la opaca neblina que el viento desparrama por las lomas ó acumula en el lóbrego sendero, se divisan bajo el ramaje desmayado de los árboles, entre las altas breñas ó sobre la agria tierra desprovista de zarzas, aislados grupos de soldados en actitudes varias, pero cuya inmovilidad revela que han sentido el beso de la muerte. Acá y allá caballos reventados, cajas de municiones rotas, armas de toda especie abandonadas, lívidos cadáveres, girones de vestidos, entrañas de animales, esqueletos roídos por las fieras, bandas de buitres en asecho, y soñolientos moribundos.

Un sepulcral silencio reina en torno de aquel inmenso cuadro de profunda desolacion; silencio pavoroso que interrumpen tan sólo los graznidos de las aves de presa y el metálico timbre de una voz varonil y alentadora que repiten los ecos de la sierra con la sonoridad vibrante del clarin.

Aquella voz que no se puede confundir con otra alguna, que nuestros soldados reconocen y escuchan con espantable admiracion, es la voz de Bolívar que dice y torna á repetir constantemente, *adelante.... adelante....* Ella estimula á los que desfallecen con el doble acicate de la promesa y del reproche, reanima y causa espanto, y el ejército la sigue, aunque arrastrándose, por las huellas de aquel hombre invulnerable que por todos alienta y en quien se reconcentra la energía que todos han perdido.



XII

Á pié marcha el Libertador entre las filas de sus tropas compartiendo con ellas la fatiga y la comun miseria: el mismo pan le sirve de alimento, la misma dura tierra de lecho de reposo. Su caballo alivia del cansancio á los más abatidos, su capa, dividida por él en dos partes iguales, cubre la una las desnudas espaldas de un tamborcillo á quien el frio entumece, en la otra se rebuja un soldado. Aquel cuerpo de acero, delgado como la espada en que se apoya y como ella inflexible, domina las fatigas; cuando los más robustos se doblegan él se hirgue, presta auxilio á los que desfallecen, y á todos vigoriza con el sin par ejemplo de su virilidad y su entereza.

El ejército le mira con asombro; y el soldado que yace moribundo, le ve pasar cual un fantasma luminoso y se descubre y le saluda con profundo respeto ántes de abandonarse en los abiertos brazos de la muerte.

De manera tan lastimosa como heróica, rindió el ejército patriota, internado en la rebelde Cordillera, aquella marcha desastrosa, que ménos se asemejaba á una invasion audaz que á una derrota: derrota, empero, singular, que no retrocedia de-

lante del peligro, sino que por el contrario avanzaba hácia él y le buscaba con desesperacion.

El instante supremo, tan temido, llega al cabo: el ejército se encuentra á la entrada del Pisba. Bolívar lo empuja hácia adelante y, como Cortes, quema las naves, pues á tal equivalia penetrar en el páramo.

Y el páramo lo envuelve en sus glaciales ráfagas, bate sobre él sus alas borrascosas, hiere con furia aquel desnudo ejército, lo diezma, lo rechaza, lo atrae de nuevo, lo aniquila y perdura en su labor terrible, hasta que avasallado por la perseverancia de aquel atleta indomable, cede á su empeño y le deja pasar. Á nuestra espalda queda el Pisba vencido, pero doscientos cadáveres blanquean en la cima del espantoso ventisquero, como prueba de la funesta lucha empeñada á la sombra de sus traidoras nieblas.

Huyó la tentacion de volver hácia atras; los que han sobrevivido á la tremenda prueba no tienen retirada: en lo adelante para salvar la vida es necesario combatir y vencer.

Conflictiva es la situacion en que se encuentran los patriotas despues de tramontar la Cordillera, pero no obstante, no los conturba la cercanía del enemigo, ántes bien, acogen las noticias que obtienen de su proximidad con el contentamiento con que damos cabida á una esperanza halagadora: muerte por muerte, el soldado prefiere la más pronta por ser la ménos cruel; empero, para hacerse matar como desea, es indispensable todavía arrostrar los rigores del clima y las asperezas del suelo.

XIII

Despues de quince dias de una marcha sin descanso, en la que apuráron nuestras tropas todo el vigor que las fortaleciera, el ejército reducido casi á la mitad, y en el estado más triste y deplorable de postracion y de miseria, llegó á Socha, pueblo situado sobre la falda occidental de la cadena de los Ándes, en la hermosa provincia de Tunja.

La generalidad de nuestros jinetes habian perdido sus caballos, la infantería llegaba sin municiones y sin repuesto de armas; todos hambrientos, destrozados y enfermos. Cuando de Socha pasó á Tasco, el ejército era un cuerpo endeble y moribundo; las cuatro quintas partes llenaban los improvisados hospitales; apénas habia jefe ú oficial que pudiera emplearse en el servicio, que no inspirase una profunda compasion. Á tal miseria estaban reducidos, que nadie, salvo el Libertador, abrigaba la menor esperanza de escapar al degüello con que los amenazaban sus contrarios.

¡Y eran aquellas las legiones con que Bolívar pretendia arrebatar á España el Nuevo Reino de Granada!

¡Audacia sin ejemplo!

¿ Qué poder misterioso, qué virtud sobrehumana vigoriza aquella alma hasta ostentarla omnipotente? ¿Qué extraño auxilio espera para realizar tamaño intento? ¿ Dónde están los recursos que ha menester tan formidable empresa? ¿ Por ventura, confía en el sólo esfuerzo de su númen fecundo para combatir y vencer? ¿ Qué garantía puede ofrecerle el puñado de hombres que le sigue, postrados como se hallan los más, y casi exánimes, que, para no caer, se apoyan en sus armas como en pesados báculos y que, faltos de aliento, las abandonan sin pesar, junto con los arreos de su mísero equipo? ¿ Crée posible con ellos apoderarse de una presa que guarda la codicia, que encadena el temor y defienden, resueltos, ocho mil veteranos provistos de cuantiosos recursos y, por sobre todo encarecimiento, valerosos y audaces?

¡Espantaos! Ese ejército de sombras, fantasmas macilentos, roídos por la miseria, rechazados con violencia por la naturaleza, cogidos entre las redes de su propia aventura; esos mendigos, que inspirarian piedad si no ostentaran en la frente el sello de la predestinacion y el heroísmo: todo lo alcanzaran; por todos ellos palpita un corazon que no puede avasallar el infortunio, á todos les comunica su ardimiento un poderoso espíritu templado, cual ninguno, en el fuego generador de las grandes hazañas.

En aquella ocasion, como en otras muchas en que la suerte pareció abandonarle, Bolívar se muestra omnipotente; realiza verdaderos prodigios y lleva á la victoria su desmedrado ejército como arrastrara Hércules los inertes despojos del leon numida, vencido por su esfuerzo.

XIV

Apénas se reunen en Tasco la mayor parte de los cuerpos que han tramontado la montaña, apura el Libertador cuantos medios le sugiere su ingenio para reorganizarlos y proveerlos de recursos. Su actividad se multiplica. Secundado eficazmente por Soublette, Santander y Anzoátegui, arma y remonta en pocos dias, una gran parte de la caballería, reune el parque, acopia vituallas y regenera en lo posible las condiciones del ejército. Por toda ruta por donde puede penetrar en el corazon de las provincias granadinas, dirige comisiones con el expreso encargo de popularizar su arriesgada aventura; exita el entusiasmo de los pueblos por la Revolucion; exagera el número de tropas que trae á combatir; apela al patriotismo de los hijos de aquel heróico suelo; llama á las armas á cuantos perseveran en la idea de ser libres y fian en las promesas que jura realizar y que realiza para su propia gloria y la de Venezuela; no excusa sacrificios; se empeña en convencer y levantar los apocados ánimos; hace prodigios de habilidad y de firmeza; sacude la postracion en que le deja la marcha desastrosa por la rebelde cordillera; asombra á los suyos é intimida á sus contrarios con su actitud resuelta y las amenazas



de su cólera y amaga simultáneamente acometer al enemigo por todos sus guarnecidos flancos.

El incendio que atiza, cunde rápidamente, y Tunja, la provincia invadida, se conflagra.

Un trozo de su caballería pelea en Corrales, aunque con éxito dudoso, con la más cercana de las avanzadas realistas. En direccion opuesta, lanza nuevos exploradores mas con igual fortuna; persevera no obstante, y, noticioso al quinto dia de su llegada á Tasco, de la aproximacion del cuerpo principal del enemigo que se movia hácia él, levanta su desmedrado ejército y le sale al encuentro.

En las orillas del Gamesa se chocan con esfuerzo los contrarios ejércitos y, con recíproco ardimiento, principia aquella sucesion no interrumpida de rudos y sangrientos combates que sirven como de preludio á Boyacá.

Aunque de escasa práctica en el mando supremo de un ejército, era Barreiro un jefe de clara inteligencia y de ya notoria distincion entre los más brillantes adalides del poderoso ejército español. Soldado pundonoroso, enérgico, valiente y observador severo de la más estricta disciplina, abundaba en conocimientos militares basados en la propia experiencia y en la de aquellos, sus compañeros de armas, más que él probados en la afanosa lucha que sostenia la España contra la rebeldía de sus colonias. Bajo sus órdenes tenia frente á Bolívar, la tercera division del aguerrido ejército realista, fuerte de tres mil peones y quinientos caballos; sin contar el batallon tercero de Numancia, la artillería volante y las milicias de la provincia de Tunja, con que su gobernador, don Juan de Loño, le cubria las espaldas, ni los Voluntarios de Aragon que guar-

necian la capital del Vireinato, ni otros cuerpos no ménos aguerridos que habian fijado sus estancias en las otras provincias, y mayormente en la de Pamplona y del Socorro.

Con tan crecido y bien provisto ejército, Barreiro se considera invencible; la inferioridad numérica de sus contrarios justificaba en parte la arrogancia que demostrara el jóven Brigadier en la iniciacion de la campaña y la seguridad que diera el Virei Sámano de escarmentar, en la ocasion, la audacia mal encaminada de sus pertinaces contendores.

Con todo, menguando su altivez, sintió al chocarse con Bolívar la superior fascinacion que impone el genio; fluctúa entre arrojarse sobre él ó esperarle, varia dos veces de propósito respecto al plan premeditado que le moviera á la ofensiva, cede el ataque á su contrario y con inexplicable desacierto, opta por la defensa, abandonando así cuantas ventajas ofrecia su favorecida situacion, á quien más hábil y más emprendedor se habia empeñado en obtenerlas á costa áun de los mayores sacrificios.

XV

Tras el combate de Gamesa, donde perecen como bravos Arredondo y Guerrero, de la division de Casanare, y donde pierden los realistas cosa de cuatrocientos hombres, el Briga-

dier Barreiro, encastillado en su sistema de defensa y á favor de las inexpugnables posiciones que habia ocupado en la jornada, permanece en los Molinos de Tópoga, miéntras Bolívar acampa en el poblado y gana luégo sus estancias de Tasco, con el doble propósito de colocar su ejército al abrigo de un ataque imprevisto y de esperar, para proseguir con más vigor la ya iniciada lucha, la reincorporacion de la Legion Británica y de no escasa parte de su caballería atrasados en la marcha al traves de la sierra y áun no á salvo de los peligros consiguientes á aquella travesía.

Los cuerpos esperados no tardan en arribar á Tasco, y aunque del sólo regimiento inglés hubieran perecido en la afanosa marcha al tramontar el páramo, más de ochenta soldados, y todo él ofreciera el aspecto de un muro asaz desmantelado, el Libertador vuelve de nuevo en solicitud del enemigo, le busca, le provoca á que descienda de la altura que ocupa, no realiza su objeto, y apreciando inabordable la posicion en que tan decididamente se mantiene Barreiro desiste de penetrar como desea él en el florido valle de Sogamoso, flanquea con rapidez los acantonamientos españoles, cruza el rio Chicamocha é invade el poblado y fértil valle de Serinza.

Por obra de tan inesperado movimiento, Barreiro se encuentra mal situado para impedir la internacion de los republicanos en el corazon de la provincia, y temeroso al mismo tiempo de dejar á descubierto el camino de la capital, abandona las alturas de Tópoga y vá á fortificarse en los molinos de Banza, donde á la vez que guarecido cubre á Tunja y, en caso dado, puede á su arbitrio moverse sin tropiezo en todas direcciones.

El Libertador fija sus reales frente al campo español en el

lugar denominado los Corrales de Banza, posicion no ménos ventajosa y, prevalido de la inmovilidad del enemigo, se apodera de los villorios y campos comarcanos cuyos moradores á trueque de ser libres, le ofrecen con expontaneidad cuanto poseen. Esfuérzase en completar el abastecimiento del ejército y la remonta de su caballería, arma en que apoya, con entera confianza, los proyectos más aventurados y á la cual fia, en todas ocasiones, las más árduas de sus arriesgadas empresas.

XVI

En tan socorrida situacion que no se atreve el enemigo á disputarle y en la cual domina al mismo tiempo, los abundantes valles de Sogamoso y Serinza; el Libertador se hace sentir en toda la comarca: expide proclamas, publica la lei marcial en las poblaciones invadidas por el ejército patriota, dirige pequeños destacamentos con los coroneles Moráles y Fortul á sublevar las provincias limítrofes del Socorro y Pamplona, disciplina bajo los fuegos de frecuentes combates los voluntarios que acorren á sus filas, y provoca con maña é insistencia á su apercibido contendor á una batalla general que ponga punto á las diarias escaramuzas con que recíprocamente

se fatigan los contrapuestos campos. Pero en vano se esfuerza en proponer una batalla que, el general realista no crée prudente aventurar en el terreno en que Bolívar se la ofrece, ni éste, á su turno, la acepta en el atrincherado campo en que Bareiro con doble número de tropas la desea.

Mejoradas, no obstante las condiciones del ejército y persuadido el Libertador de lo ineficaz de cuantas tentativas pudiera realizar en lo adelante para comprometer á su contrario en una lucha temeraria fuera de sus inexpugnables posiciones, al par que temeroso de darle tiempo para acrecer sus fuerzas y recibir auxilios de Morillo, resuelve tomar de nuevo la ofensiva, adelantando sus operaciones y ensanchado la órbita de sus movimientos estratégicos. Al efecto, mueve todo el ejército por el camino del Salitre de Paipa con intencion no oculta de atacar por la espalda al enemigo ó de obligarle á abandonar el campo atrincherado en que se encierra; pero iniciada apénas aquella operacion, Barreiro, siempre advertido, lo comprende y trata de frustarla, saliendo inopinadamente al encuentro de los republicanos cuando estos al practicar el atrevido movimiento que habia de colocarlos á retaguardia de las tropas del rei se hallaban por accidente del camino sumergidos en las profundidades de un valle estrecho y cenagoso conocido con el nombre, hoi histórico, de "Pantano de Várgas."

XVII

Sin dar tiempo á nuestros batallones para mejorar de situacion, Barreiro los carga con viveza y con notable ventaja de su parte, traba, en aquel sitio memorable, desigual y reñida batalla.

Superiores los realistas, no sólo en posiciones, sino en número, créen llegado el momento de acabar con Bolívar; y resueltos se empeñan en darle sepultura en el funesto campo adonde le ha conducido su osadía.

Sangrienta fué la lucha, el ataque violento, la resistencia heróica: simultáneamente toman parte en la brega todos los cuerpos españoles y logran encerrar á sus contrarios en un circo de fuego sin mas salida practicable que la excusada por inútil de un estrecho desfiladero.

En vano, con desesperacion, lidian nuestros infantes: en vano resisten por nueve horas un fuego desastroso: la batalla amenaza perderse.

El batallon Británico que combate por primera vez en presencia del Libertador, hace prodigios de bravura; pero no obstante su denuedo y los reiterados esfuerzos de Rook, su coronel, por mantenerle firme, retrocede; y burla la fortuna la serena tenacidad de Santander, y el arrojo temerario de An-

zoátegui y la enérgica decision de todos nuestros jefes por conjurar la espantosa catástrofe próxima á estallar. Los más osados tiemblan sin flaquear en la lucha; el vigor de nuestros regimientos se amengua con alarmante rapidez y ya á nadie se ocultaba el término fatal de la batalla; cuando Bolívar sobreponiéndose al destino, desata el rayo, hiere, y del revuelto torbellino del desastre arrebata á Barreiro la victoria, al bote formidable de la pujante lanza de Rondon y de sus ínclitos llaneros.

Roto el ejército español por la caballería, nuestros infantes se rehacen, cargan con nuevo esfuerzo y despedazan y ponen en derrota al enemigo.

La noche pone término á la reñida lid. Barreiro retrocede asombrado, gana la altura opuesta á la que luégo ocupan los republicanos, y por trofeos de nuestra fúlgida victoria deja en el campo, con las banderas del regimiento de Granada, cuantioso parque y seiscientos cadáveres.

XVIII

En cambio, pérdidas dolorosas cuesta al ejército patriota tan sangrienta jornada. Entre las más sensibles para el Libertador, la tradicion señala la de Rook, el bravo coronel de la Legion Británica. Casi al principio del combate, este

soldado intrépido recibe, uno tras otro, dos balazos que le fracturan uno de los brazos; y sigue no obstante acometiendo con el mismo ardimiento hasta quedar vencido el enemigo. En la noche no fué posible practicar la amputacion que requeria el miembro fracturado y hubo que aplazarla para el siguiente dia.

El nuevo sol visita la espantosa hondonada, teatro de la batalla; ilumina el estrago y deja ver los contrapuestos campamentos que á la par se vigilan, mudos é inmóviles. Un cirujano se apresta á hacer á Rook la amputacion á vista de todo el ejército, sopórtala impávido el coronel inglés; sigue, sin alterarse, los movimientos del cortante instrumento que divide sus huesos, y al desprenderse el inerte despojo, le toma con la mano que áun le queda, pónese en pié con marcial arrogancia y levantando en alto el mutilado miembro, exclama con pasmosa entereza *¡ Así los pierda todos ; viva la libertad !*

La muerte paralizó, dos dias despues, los arrebatos de entusiasmo de aquel valiente y noble corazon....

En aquella jornada memorable, Barreiro experimentó aquel deslumbramiento que en toda extrema situacion produjo el Libertador en sus contrarios; y desconcertado por el inconcebible desenlace de una batalla en que ya vencedor se le escapara la victoria, recela de la futura moralidad de sus soldados en quienes grave espanto impone la intrepidez de los llaneros. No flaquea, sin embargo, en el propósito de cerrar á Bolívar el camino de Tunja, y á tiempo que el ejército patriota, tan destrozado como los veteranos españoles, torna á ocupar de nuevo los Corrales de Banza, Barreiro abandona á su turno las alturas de Várgas y vá á situarse en Paipa. De allí pide

resfuerzos á los gobernadores y jefes militares de las provincias comarcanas; repara las numerosas pérdidas que le ocasiona la batalla; abastece su ejército, lo regala con oro y con promesas por demas halagüeñas, se esfuerza en revivir el entusiasmo de sus tropas, haciendo aparecer á los independientes perdidosos á par que perseguidos por Morillo y restablece para resguardo de su autoridad la más severa disciplina.

Ménos favorecido que el general realista, Bolívar apénas puede disponer de contados y escasos recursos: los voluntarios del Socorro y Pamplona no alcanzan, ni con mucho, á reparar los estragos que ha sufrido el ejército patriota en los repetidos combates, y sobre todo, en la ruda labor de la campaña; no obstante, persiste en abatir cuantos obstáculos se oponen á su atrevida empresa, y miéntras sus destrozados batallones cobran aliento para aventurar otra batalla, ejercita los reclutas que ingresan á sus filas en el manejo del fusil é inquieta al enemigo con escaramuzas y sorpresas en que hacen gala de temeridad y gallardía los pujantes jinetes del Apure.

Apesar de su enflaquecimiento, el ejército patriota, como el grifo de la fábula, tenia cabeza de águila y garras de leon.

Doce dias emplea el Libertador en rehacerse, y el tres de Agosto se arroja una vez más sobre el ejército español.

Con algunos jinetes arrolla en Banza las avanzadas del enemigo; y muestran en la accion nuestros llaneros tal vigor y denuedo que no juzgándose Barreiro resguardado en las posiciones que mantiene, desocupa con precipitacion el caserío

de Paipa y se acoge á las alturas que dominan los caminos de Tunja y del Socorro.

Bolívar lo sigue al pasitrote, atraviesa el Sogamoso por el puente de Paipa y con la noche acampa frente al enemigo en la márgen derecha de aquel rio; luégo al lucir la aurora, revuelve el campamento, evoluciona como para posesionarse del terreno y con ostensible aparato se prepara, como para librar una batalla que Barreiro no esquiva en las fuertes posiciones que ocupa. A pesar de la manifiesta decision que demuestran los independientes, corren sin embargo las horas en preparativos y amagos; y el sol declina y nada de cuanto se prometen se realiza.

Los realistas suponen aplazada la batalla para el siguiente dia y permanecen inmóviles en sus resguardas posiciones.

XIX

La más completa calma sucede improviso al movimiento y á las prolongadas amenazas de la jornada. Principia á oscurecer; los clarines del ejército patriota resuenan en las quiebras de los montes con repetidos toques de silencio: todo enmudece en nuestro campo; las nieblas apiñadas en las crestas de las montañas descienden é invaden la llanura que desaparece lentamente bajo el espeso velo de movibles vapores.

Nuestros soldados deponen su arrogancia y ya los ménos diligentes se preparan á disfrutar de algunas horas de reposo, cuando de súbito el Libertador levanta el campamento, finge ocultar sus movimientos á la activa vigilancia del enemigo y con afectado disimulo, abandona el valle del Salitre donde parecia dispuesto á combatir, repasa el puente y marcha en retirada aparentando retroceder á Banza.

Tan inesperada determinacion no se escapa á Barreiro, pero mal encaminado en sus apreciaciones, atribuye á reconocida debilidad de nuestra parte lo que sólo es obra de la astucia. Persuadido más que nunca de su pretensa superioridad, crée llegado el momento de tomar la ofensiva y cae en la asechanza que se oculta en aquella aparente retirada. Halagado con la idea de exterminarnos en el primer encuentro, aplaza para el nuevo dia la ejecucion de su proyectos y permanece descuidado en sus inaccesibles posiciones; en tanto que Bolívar, ya protegido por la profunda oscuridad, contramarcha en silencio, vuelve á cruzar el Sogamoso, deja á la espalda los acantonamientos del ejército español, sin que su avisado general llegue siquiera á sospecharlo, y por la vía de Toca marcha rápidamente sobre Tunja.

Despues de andar toda la noche, el ejército patriota atraviesa en las primeras horas del dia 5 el caserío de Cibatá, cuyos moradores sorprendidos no vuelven del asombro que les produce su presencia, y á las once de la misma mañana adelantándose á las divisiones de Santander y Anzoátegui, el Libertador ocupa á Tunja escoltado únicamente por los jinetes de su guardia.

Sin disparar un tiro hace prisionera la pequeña guarnicion que dejara en la plaza el gobernador Don Juan de Loño al salir, horas ántes, con el batallon 3º de Numancia á incorporársele á Barreiro, y juntamente se apodera del numeroso parque, y de los almacenes de pólvora y vestuarios destinados al abastecimiento de las tropas del Rei.

XX

La presencia inesperada de Bolívar á las puertas de la ciudad que resguardaba desde Paipa todo el ejército español, conmueve la comarca, y Tunja, la antigua capital del poderoso reino vecino y rival de los Zipas; la ciudad blasonada á quien por armas concedió Cárlos V las de los reinos unidos de Castilla y Leon, y por timbre de tan preciado escudo una águila negra de doble cabeza coronada, de cuyas alas pendia la régia órden del Toison: Tunja la noble: la patriótica Tunja, recibe alborozada á sus libertadores y poseída de admiracion y reconocimiento ofrece á Bolívar los tesoros que encierra, la sangre de sus hijos y cuanto puede ser sacrificado en aras de la patria, por alcanzar la libertad é independencia del pueblo granadino.

Audaz como ninguna de las operaciones practicadas en

aquella admirable campaña, era la que el Libertador ejecutaba apoderándose de Tunja é interponiéndose entre Barreiro y el Virei: entre los dos ejércitos más fuertes y mejor acondicionados del enemigo; cortando entre ellos toda comunicacion y obligándolos, vista la distancia á que se hallaban, á combatir aisladamente. Aquel atrevimiento, apresura el término feliz de la empeñada lucha y nos da la victoria. Sin él, dada la táctica empleada por Barreiro, el ejército patriota menoscabado ya y enflaquecido por los sucesivos combates y los rudos trabajos de la campaña, habria ido desmedrándose, si no en teson y en bravura, sí en fortaleza material, hasta quedar reducido en poco tiempo á un puñado de héroes desesperados y sin más refugio que la muerte para quedar airosos despues de tantos sacrificios; miéntras que en la nueva situacion en que habian logrado colocarse, si bien, comprometida y arriesgada, desvirtuaban la maliciosa táctica del enemigo y le obligaban abiertamente á combatir.

—Una batalla, decia el Libertador á sus enardecidos compañeros, una batalla más, y habrémos dado cima á nuestras esperanzas.

Y desde Tunja, la mirada de águila de aquel hombre inspirado, se fijaba con extraña insistencia en el campo, hasta entónces oscuro, de Boyacá.

XXI

Cuando era de todo punto irreparable el engaño sufrido por Barreiro, fué que advirtieron los realistas la desaparicion de nuestro ejército, y que obtuvieron pormenores de la audaz estratagema de Bolívar y de la direccion que habia seguido con sus tropas. Conturbados les deja tan atrevido movimiento; pero repónense bien presto y corren á subsanar su imprevicion esforzándose, sobre todos Barreiro, en dar alcance á su contrario ántes de que el asombro que domina su ejército se cambie en desaliento.

Pundonoroso, como lo era en extremo el jóven general de las cohortes españolas, se ve perdido y deshonrado, si no logra detener á Bolívar. Dominado por este pensamiento, se lanza á toda prisa por el camino principal de Paipa, atraviesa sin detenerse el páramo de Cómbita, y un dia despues de nuestra entrada á Tunja llega al pueblo de Motabita, distante cuatro millas de nuestro campamento: allí se detiene para cobrar aliento y elegir con acierto, en vista del ejército patriota, la vía que ha de seguir para ponérsele delante, y restablecer la interrumpida comunicacion con el Virei.

Del sitio donde acampaba, momentáneamente, el ejército español, dos caminos se ofrecian á Barreiro para efectuar su intento: el de Samacá, exento de tropiezos, pero largo y pesado que le obligaba á hacer un gran rodeo alejándole con exceso de la capital del Vireinato; y el que directamente atravesaba el puente de Boyacá, más corto que el primero, aunque ménos seguro por su proximidad al Cuartel General de los independientes.

Para quien pretendia, como el jefe realista, no sólo interponerse nuevamente entre los invasores y las tropas que guarnecian á Santa Fe, sino acrecer con éstas su numeroso ejército y obligarnos luégo á que aceptásemos una batalla decisiva, en la cual todas las probabilidades de un éxito completo estuviesen de su parte, no era de despreciarse la inseguridad que presentaba á tal propósito, el más directo de aquellos dos caminos. Y no obstante, Barreiro despues de algunas fluctuaciones se decide por él; y ya resuelto se prepara, pasa la noche en Motabita, y espera el nuevo dia para ponerse en marcha, sin sospechar siquiera que aquel camino le llevará al cadalso.

Propicia, hasta entónces, la fortuna á los dominadores de la América, les dió de súbito la espalda: vencia al fin nuestra perseverancia los desdenes de la inconstante diosa. En el largo trascurso de la revolucion sólo obtuvimos sus favores cuando audazmente se los arrebatamos. De nuestra entrada á Tunja data aquel vencimiento: allí asalta Bolívar el refulgente carro de la diosa, descoge osado la brida que retiene los alados corceles, chasca el terrible látigo y vuela entre huracanes y relámpagos, sembrando de pasmosas victorias todo un continente.

El sol glorioso que habia de iluminar la centellante cuna de Colombia resplandece en las nevadas crestas de los Ándes y brilla amenazador en el acero de nuestras bayonetas.

XXII

Es el 7 de Agosto de 1819: dia de eclipse para las armas españolas en sus colonias de ultramar, de luz y de esplendor para la tierra americana.

Todo el ejército patriota, en pié desde la madrugada, hallábase formado al despuntar el dia en la plaza mayor de la entusiasta y conmovida Tunja; y lleno de impaciencia aguardaba la órden de acometer al enemigo.

Los movimientos que se advertian en el opuesto campo, revelaban la determinacion tomada por Barreiro de ponerse en camino. Nuestros exploradores habian dado el aviso ántes de amanecer, y el Libertador ya prevenido, sólo aguardaba para poner en práctica el plan que habia premeditado, saber á punto fijo y sin demora, la ruta porque se decidieran los realistas y el instante preciso en que resueltamente se pusieran en marcha.

Con tal objeto, á mas de los jinetes destacados para vigilar

al enemigo, casi todos los oficiales del Estado Mayor habian sido apostados en lo alto de las torres y campanarios de la ciudad, desde donde pudiera divisarse el campamento de las tropas del Rey. No satisfecho, sin embargo, con el espionaje establecido, Bolívar, de suyo inquieto y más que todos anhelante por conocer la determinacion de su contrario, monta á caballo y va á situarse en una altura que le permite dominar los movimientos de Berreiro; y allí permanece largo tiempo hasta cerciorarse por sus ojos de lo que tanto le preocupa.

El ejército español se mueve al fin resueltamente por el camino que le conduce á Boyacá: y estrepitosos víctores y ardorosas explosiones de júbilo, estremecen á Tunja.

—Es nuestro, es nuestro, exclama el Libertador con espansivo júbilo, viendo desfilar al enemigo: ahora ó forzamos á Barreiro á admitir la batalla y le pulverizamos; ó le impedimos ponerse en contacto con Sámano, y la desmoralizacion de sus tropas le hará rendirse.

Y aceleradamente el ejército patriota deja á Tunja, toma el camino principal que lleva á Santa Fe y corre á apoderarse del codiciado puente de Boyacá, con ánimo de cerrar el paso á los realistas y de forzarlos á que acepten una batalla decisiva.

Larga de algunas horas era, con todo, la distancia que debian recorrer nuestros infantes para llegar al mencionado puente y detener al enemigo; no obstante, llenos de brío, marchan á paso redoblado tras las huellas del trozo de caballería que le sirve de descubierta y que al galope les precede; y en pocas horas se encuentran al alcance de realizar su intento.

Mediaba entre los dos caminos que seguian los contrarios

ejércitos una vasta extension de terreno abertal, cubierto en parte de estériles colinas de varia elevacion, que así impedía á los opuestos bandos aproximarse para trabar combate, como les ocultaba sus respectivos movimientos. Sólo á una milla del puente de Boyacá juntábanse aquellos dos caminos que venian de Tunja y Motabita; lo cual tenia lugar en el sitio conocido hasta hoi con el nombre de "la casa de teja"; nombre debido á un antiguo edificio de explotacion rural situado casi en la encrucijada de ámbas vías y cuyos largos paredones de tierra sirvieron un instante de apoyo á los realistas, en la jornada memorable en que nos ocupamos.

XXIII

El cielo nebuloso de Tunja, sereno y despejado durante las primeras horas de la mañana, habia tornado á oscurecerse; densas nubes ocultaban el sol, y una espesa neblina, tras la cual desaparecian las lejanas montañas, flotaba pesadamente sobre las vecinas alturas y en las quiebras y hondonadas del camino que seguian nuestras tropas.

Envueltos en el impenetrable velo que se extendia por sobre toda la comarca, apénas si podian divisar nuestros soldados el

lienzo tricolor de sus banderas plegado perezosamente á lo largo de las enhiestas astas y el acero sin brillo de las armadas bayonetas.

A las dos de la tarde, próxima la division de Santander, vanguardia de los independientes, á la encrucijada del camino que traian los realistas, presienten nuestros soldados la inmediacion del enemigo; temen chocar sin advertirlo contra las bayonetas de Barreiro y á todo evento se previenen; prosiguen sin embargo su acelerada marcha con no ménos ardor y diligencia, y ya su descubierta hollaba el suelo donde se aplana el cerro que venia interponiéndose entre los dos ejércitos, cuando un grito de alarma resuena de repente.

El enemigo! el enemigo! repiten á la par los encontrados bandos y aquella voz de prevencion y aviso recorre prontamente las filas de uno y otro ejército.

Súbito, sopla el viento, flamean nuestras banderas, disípanse las nieblas, luce el sol su disco refulgente como presagio de ventura y amagan nuestros intrépidos jinetes desordenar los batallones de vanguardia del confiado ejército español.

Creyendo los realistas en el primer momento, que sólo tenian que habérselas con un cuerpo de observacion de sus contrarios, no se preocupan, ántes bien con tono desdeñoso, el coronel Tolrá, manda sus cazadores á que despejen el camino miéntras los otros cuerpos continuaban la marcha. Parapetados entre breñas y matorrales los cazadores realistas rompen el fuego contra nuestros jinetes y toca á aquellos que habian de ser vencidos, disparar los primeros sus armas en la inmortal jornada.

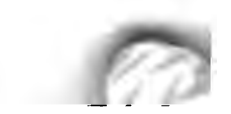
XXIV

Apénas advertido el Libertador de la presencia del enemigo, precipita la marcha de sus tropas y con profunda sorpresa de su desapercibido contendor, aparece de pronto en columna cerrada sobre la altura interpuesta entre los dos caminos.

Parte de la vanguardia de Barreiro subia en aquel momento la opuesta falda en persecucion de nuestra descubierta, miéntras que el grueso del ejército español se hallaba á la sazon en la parte baja del recuesto, á un cuarto de legua más ó ménos del puente que cruza el Boyacá. Su fuerza total ascendia á tres mil quinientos combatientes. Bolívar contaba solamente mil seiscientos infantes y cuatrocientos caballos.

Tocó á la primera division republicana repeler la columna enemiga que se aventuraba á perseguir nuestros exploradores; con los "*Cazadores de Vanguardia*" acomete sobre ella el coronel Paris, la encuentra, la rechaza y la obliga á retroceder con precipitacion hácia los muros de la casa de teja donde se apoyan y se sostienen los realistas y de donde Paris lo desaloja luégo tras reñido combate.

Perdida tan favorable posicion, la vanguardia del enemigo



pasa el puente y gana las alturas que demoran en la márgen derecha del Boyacá.

Entre tanto, como bajasen el recuesto nuestros batallones para atacar el cuerpo principal del ejército español y corriera nuestra caballería por el camino á ocupar la cabeza del puente, Barreiro se apresura á llegar al rio ántes de ser cortado; pero no logra su propósito: los batallones *Rifles* y *Albion*, se le interponen y le cierran el paso, á tiempo que Ambrosio Plaza y Cruz Carrillo con los *Bravos de Páez* y *Barcelona* y el escuadron de Infante, lo cargan por el centro. Barreiro se detiene, cambia de intento, se revuelve, sube con rapidez á la meseta de una altura que tiene á su dereeha y se forma en batalla: la artillería en el centro y á cada extremo de su línea algunos cuerpos de su caballería.

Simultáneamente despliega el Libertador sus tropas en batalla en el camino principal, al pié de la pendiente cuya cima habia ganado el enemigo. Formaban nuestra izquierda, á las órdenes de Santander, el batallon de línea de la Nueva Granada y los *Guías* y *Cazadores de vanguardia*: los otros cuerpos disciplinados del ejército patriota componian el centro y la derecha, regidos por Anzoátegui; miéntras que las columnas de Tunja y del Socorro, compuestas de reclutas, formaban la reserva, situada á retaguardia de nuestra línea de ataque.

XXV

Así dispuestos y preparados, la batalla no tarda en comenzar. Bolívar la preside desde una altura opuesta á la que ocupa el enemigo. Con él está Soublette y el Estado Mayor: á su izquierda se divisa, á la entrada del puente á Santander; al pié de la colina y al alcance de su voz, piafan inquietos los caballos de Rondon y Mellao: delante tiene á Anzoátegui con sus columnas dispuestas al ataque: y más allá á Barreiro y las airadas huestes españolas.

Aquellos dos ejércitos rebosando de zaña y de ardimiento, prestos á destrozarse y á morir matando, por dar satisfaccion á exaltadas pasiones, á contrapuestos intereses y á viejos rencores; apénas sí perciben, ofuscados por la nube sangrienta que vela sus pupilas, aquella inexplicable vaguedad, misteriosa gestacion de los grandes sucesos, que conturba los ánimos, cuando sobre ellos se cierne con alas de bronce el dios de los presagios.

Mal puede prever lo porvenir aquel á quien ciega la ira.

Cuando al reto del odio contesta el odio mismo, ¿ quién puede imaginar, que, así los que han de ser vencidos en la lucha, como tambien los triunfadores, todos cooperan en un

mismo propósito? propósito superior. en los unos, á la voluntad que toma á empeño combatirlo: en los otros, á la tendencia impulsiva que los arrastra; en todos, á las contrarias fuerzas que se repelen con fracaso y á los fines porque se sacrifican. ¿Quién les haría creer, que agentes inconscientes los más, ceden sin advertirlo, á extraña voluntad, y eficazmente sirven á los designios del Sér, que oculto en las tinieblas de lo infinito, dirige como de presencia el desenvolvimiento de los pueblos en el progreso humano; y á su arbitrio cambia las elevadas cumbres en profundos abismos, transforma el polvo donde se abaten los imperios en regueros de luz, y del antro sombrío donde esgrimen sus armas los gladiadores del sofisma, hace surgir el sol de la verdad puro y resplandeciente.

Entre todos aquellos, los que el acero insano blandían amenazantes, al dar comienzo á una batalla que había de ser de trascendentales resultados para la América española, sólo Bolívar siente á su rededor extraña conmoción, percibe vagamente algo como el lejano estruendo que produjeran al caer las gigantescas torres y bastiones de fortaleza secular; y con los ojos del espíritu mira surgir radiante del polvo aun no removido por el recio huracán de la batalla la creación grandiosa de su genio inmortal.

XXVI

Rápido y sin vacilaciones fué el instante de calma que precedió al combate. Ruge el cañon y asordante estrépito retumba con prolongados ecos en toda la comarca. Simultáneamente disparan y acometen nuestros batallones, crúzanse los fuegos cual relámpagos, multiplicándose á porfía; el humo que exhala á bocanadas el ardiente incensario de las batallas, sube y anubla el sol; lucen ensangrentadas las bayonetas y las lanzas; el suelo se estremece, vacila el pié de los heridos por la muerte; sobre la nube negra que presagia un desastre se divisa una aurora, y Bolívar agrega á nuestra historia una página más, donde su espada escribe: ¡Boyacá!....

Entre tanto, con denodado empeño combate Santander la derecha enemiga, situada en las alturas que dominan el puente, miéntras que Anzoátegui, como siempre ardoroso, se arroja sobre el centro de la línea española, con dos pujantes batallones y ordena á Plaza forzar la extrema izquierda que sostiene el coronel Jiménez, segundo jefe de las tropas realistas.

Rápidamente se extiende la batalla por toda nuestra línea y alcanza en breve tiempo toda su intensidad.

Barreiro se sostiene á pié firme; su artillería bien dirigida, y el fuego incesante de su aguerrida infantería, barren y abrasan la prolongada falda de la meseta adonde intentan subir los batallones *Rifles* y *Albion* empujados con furia por Anzoátegui.

La metralla abre claros en las filas patriotas, las corta, las revuelca y detiene algun tiempo el pertinaz empuje de nuestros batallones: empero, no se desalientan nuestros bravos soldados, ántes bien, se enardecen; y en el revuelto torbellino del combate aumenta su ardimiento la presencia de Anzoátegui que, impávido y magnífico, en medio de la lluvia de proyectiles que rebotan bajo los piés de su caballo, cautiva y estimula con su intrepidez incomparable.

Con visible satisfaccion sigue el Libertador los movimientos progresivos de aquellos cuerpos de la segunda division republicana que combaten el centro del ejército español: y al mismo tiempo que ordena reforzarlos con los *Bravos de Páez*, refrena la impaciencia de los escuadrones de su guardia que ansían á todo trance tomar parte en la lucha.

—Quietos! no es tiempo aún, contesta á las insinuaciones repetidas de los jefes de su caballería: dejad que Anzoátegui quebrante el enemigo y se cubra de una gloria tan merecida como gallardamente solicitada.

Acrece el fuego y el fragor de la contienda: como sordo bramido, se dilata entre las quiebras de los Ándes la inmensa respiracion de la batalla: vibra en las altas créstas de los montes; fragoroso desciende como el alud á los profundos valles; penetra en lo recóndito de las cavernas y los bosques

y va de tumbo en tumbo recorriendo la vasta cordillera, á llevar á la América el anuncio del dia, por siempre memorable, del nacimiento de Colombia.

XXVII

Reforzado Anzoátegui con los *Bravos de Páez*, carga á la bayoneta al batallon *Cazadores del Rei* que ocupa á nuestra derecha una cañada, y cuyos fuegos cruzados y certeros nos hacían grave daño; despues de un duro choque, los Cazadores ceden el terreno, repliegan sin concierto, y, atropelladamente, van á buscar amparo en las columnas con que personalmente nos disputa Barreiro el recuesto de la meseta, donde tan vigorosamente se sostiene. Anzoátegui aprovecha el momento de confusion producido en la línea española por sus repelidos *Cazadores*, acomete resueltamente por el flanco que desampara el enemigo y trata de envolverle. En aquella emergencia el Libertador juzga oportuna la intervencion de la caballería, y ordena á sus llaneros cargar al enemigo.

Eran las tres y media de la tarde, cuando con la primera muestra de flaqueza de las tropas castellanas, sonó para ellas la hora aciaga de la catástrofe.

Los clarines de nuestros escuadrones dan al viento sus vi-

bradoras voces. Barreiro las oye y se estremece; eran aquellas las mismas notas, especiales y terribles que precedieran á la espantosa acometida de Pantano de Várgas.

Á par se lanzan impetuosos á la cabeza de sus tremendos escuadrones, Mellao, Mujica, Infante y el ya ilustre Rondon, por la empinada falda, sobre los tercios españoles que defienden la altura.

—Firmes y viva España! grita Barreiro á sus soldados; y en nubes de metralla envuelve los trozos de jinetes que le acometen por el frente; azuza sobre los que le atacan por la izquierda los granaderos de á caballo y ordena á los dragones de González acuchillarlos por el flanco. Empero no resisten los unos ni los otros el choque de Rondon: á rienda suelta huyen los primeros, los segundos ruedan revolcados por la pendiente. Sólo un cuerpo de reserva espera briosamente á nuestros escuadrones y perece alanceado, el resto de la caballería realista, que manda el coronel don Víctor Sierra, abandona el campo de batalla.

Barreiro se ve envuelto. A la cabeza de un regimiento corre en persona á reparar el daño que le ocasionan nuestros batallones tras el fracaso de su caballería; pero Anzoátegui carga y desordena el regimiento. Partida en varios trozos la línea de batalla del ejército realista, sus veteranos luchan todavía con bravura, pero con desconcierto. Toda la línea retrocede empujada con violencia por nuestras bayonetas y por el bote de las lanzas. Barreiro desesperado trata de ganar otra altura que le queda á la espalda y restablecer en ella la batalla. Inútil es su empeño: nuestros caballos se lo impiden, rompen y

pisotean las filas españolas, el ejército se abate y la derrota, contenida un instante, se declara violenta, estrepitosa.

Espada en mano, defiéndese, frenético, Barreiro con un puñado de valienes, en medio al huracan de la derrota: es aquella su última protesta; su ejército vencido, roto y acuchillado rinde las armas y se entrega sumiso á la clemencia del vencedor. Cuando acontece la catástrofe, cien manos codiciosas de gloria se extienden sobre el brioso Brigadier que tan ardientemente busca la muerte, sin que la muerte acceda á su solicitud: todos ansían rendirle. Un soldado de *Rifles* (*) le arrebata la espada, y Barreiro, jadeante y cubierto de sangre, queda prisionero.

Habia perdido la batalla, no la honra.... Le esperaba el patíbulo!

A tiempo que la segunda division republicana vencia completamente al centro y retaguardia del ejército español, Santander á su turno, despues de repetidos y recios embates contra los cuerpos de vanguardia, logra forzar el puente, gana la repelente altura que ocupa el enemigo, lo arroja con estrago de tan favorecida posicion, lo corta, lo atropella, le arrebata banderas y caballos, lo rinde á su pujanza y completa la espléndida victoria.

(*) Pedro Martinez.

XXVIII

Con Barreiro y Jiménez quedaron prisioneros 1.600 soldados y casi todos los coroneles, mayores y oficiales del destrozado ejército español. Y todo el armamento, y municiones y caballos; cañones y banderas quedaron en el campo. Y el escudo roto, y en pedazos el cetro colonial.

Bolívar se descubre y saluda á Colombia. Boyacá coronaba la más rápida á la par que gloriosa de todas sus campañas. El sueño de Casacoima estaba realizado en su primera parte. Era libre el pueblo granadino.

Tres dias despues de aquella gran victoria, Bolívar entraba á Bogotá, abandonada con precipitacion por Sámano y sus tropas; ponia las bases que habian de sustentar la gran República; alteraba el mapa de la América y marcaba con su espada de fuego los límites inmensos de Colombia.

CARABOBO.



CARABOBO.

(24 DE JUNIO DE 1821).

I

Colombia, la aspiracion grandiosa del genio de Bolívar, era una realidad.

Hija del heroísmo, concebida en el seno de las tempestades al eléctrico resonar de los clarines, entre el fragor de las batallas, los rugidos del leon soberbio, dominador del Nuevo Mundo y los himnos triunfales de un pueblo fanatizado hasta el martirio por la idea redentora de independencia y libertad, habia surgido altiva, como deidad terrible, coronada la frente de sangrintos laureles, y armada de la noble potencia de su

virilidad y sus derechos, del surco ardiente de la guerra en el campo inmortal de Boyacá.

Sobre el rico trofeo de cien victorias, descollaba con proporciones gigantescas, entre las nacientes Repúblicas americanas: su porvenir estaba lleno de promesas: su nombre, al par que sus hazañas, era timbre de orgullo para los pueblos del Nuevo Continente: y al amparo de su égida, nuevas fuerzas y brío y mayor aliento cobraban las aspiraciones y los nobles propósitos de los sostenedores de aquella cruenta lucha contra el poder dominador de la Metrópoli.

Apénas en su aurora, la viva luz que difundía aquel astro radiante, prometía no eclipsarse jamas.

No obstante, la lucha desastrosa empeñada hacía ya tantos años, continuaba con creciente calor: vilipendiada á la par que combatida siempre por sus implacables enemigos, Colombia se ostentaba orgullosa en medio al huracan que se esforzaba en abatirla. Apenas si podía dar un paso en el camino de su engrandecimiento, que no fuera apoyada en su robusta espada, que no hubiera menester abrirse campo con el fuego de sus cañones. Su imperio se extendía sobre ruinas humeantes, sobre campos desiertos, sobre doscientos mil cadáveres que clamaban venganza, sobre un suelo estremecido de continuo por el sacudimiento de las batallas.

Once años de perenne combate, de perseverante asedio, de continuados sacrificios, en que á la vez se sucedieron nuestras victorias y desastres, contaba ya el gigantesco duelo que en el seno del mundo americano sostenían con la dominadora España sus rebeldes colonias. Nada se había negado para mantene

en combustion perpétua la inmensa hogera que alimentaba el fuego sagrado del patriotismo. Reposo, privilegios, riqueza, hogar, caros afectos, delicadezas del corazon, altivas inclinaciones del espíritu, arraigadas preocupaciones y hasta el más puro de los dones celestes que ennoblecen al hombre: ¡sublime caridad! todo se habia ofrendado en aras de la patria. Ruina y desolacion ostentaban nuestras ciudades, nuestros campos; la ruda ortiga medraba sobre la espiga bienhechora; el sol se reflejaba entre charcas de sangre y no habia sitio donde la esquiva claridad de la luna no reposase sobre esparcidas y blancas osamentas.

Una generacion de héroes habia quedado sepultada bajo los cascos del caballo de Bóves.

Entre los debates turbulentos de la *Junta Patriótica*, constituida en Carácas en los primeros dias de la Revolucion, y el acto solemne del Congreso de Angostura al proclamar la Gran República, mediaba una inmensa distancia.

La aglomeracion de los acontecimientos y la rapidez vertiginosa con que se sucedieran, habian producido el fenómeno de que los dias, apénas transcurridos, apareciesen como años, y, estos, como siglos.

Colombia vislumbraba al 19 de Abril de 1810, entre las sombras de un remoto pasado. Áun vibraba colérica la voz de Rívas en Maturin y en Urica, y ya por mitológicas pasaban las proezas del vencedor en la Victoria.

En el rápido torbellino en que giraban aquellos infatigables lidiadores, á quienes la muerte sorprendia de ordinario al apuntar el bozo y ceñirse los primeros laureles, contar treinta años era alcanzar la senectud.



Los héroes de Taguanes, Araure y San Mateo, á pesar de su impetuosidad y robustez, se reputaban como ancianos: Bolívar contaba apénas siete lustros y, tanto como por sus glorias, se le consideraba y respetaba ya por su longevidad.

Pasmosa rapidez aquella, que no daba vagar, que mellaba los más templados caracteres y agotaba el aliento de los más esforzados.

Empero, tanta perseverancia y tan costosos sacrificios no habian de ser estériles; para teñir de púrpura la aurora de aquel gran dia del definitivo afianzamiento de nuestra independencia, por todos esperada con anhelo tras una noche de tres siglos, mucha sangre generosa habia sido indispensable derramar, pero la aurora tan deseada iba á lucir al fin en los horizontes de la Patria.

II

Boyacá habia reconquistado nuestra preponderancia en el territorio Granadino: al amago de nuestras bayonetas retrocedia el ejército español dejándonos en posesion completa de casi todas las provincias del Vireinato de Santa Fe, y fraccionado corria á guarecerse entre las plazas fuertes de Cartagena y

Santa Marta ó se internaba al Sur, buscando apoyo en los realistas poseedores de Quito.

La base de operaciones de los independientes habia adquirido tan extraordinaria latitud que parecia difícil conservarla. Los distintos cuerpos del ejército combatian ó maniobraban á distancias inmensas. Entre Bermúdez, que sostenia la guerra en las provincias orientales de Venezuela, y Montilla que combatia en las márgenes del Magdalena, mediaba una distancia aproximada de cuatrocientas leguas. Semejante amplitud en las operaciones de un reducido ejército, dadas entre otras circunstancias que se oponian al desempeño de los mejores planes, las especiales de nuestra topografía : con sus vastos desiertos, sus inmensas montañas, sus caudalosos rios ; y la escaces de poblacion y la ausencia completa, las más veces, de vías de comunicacion y de recursos para vencer tantas dificultades, habrian hecho impracticable las combinaciones políticas y militares, sin el genio esclarecido de Bolívar y la infatigable movilidad de espíritu y de cuerpo de aquel atleta dominador de imposibles, rápido como el rayo, y perseverante en sus propósitos como las leyes inmutables.

Adquiridas ventajas tan trascendentales para la causa americana, cual lo fueran el aniquilamiento de Barreiro y la ocupacion de Bogotá ; el Libertador no se detiene en el vecino Estado sino el tiempo indispensable para formar la base de su nueva organizacion. Perseverante, como siempre, sin dar tregua á la ruda fatiga, sordo al arrullo de la lisonja y esquivo á los halagos y la embriaguez del triunfo, retorna á Venezuela tramontando los Ándes, desciende el Orinoco hasta

Angostura, proclama á Colombia por un decreto del Congreso y dicta y pone en práctica las medidas conducentes á una nueva campaña.

Montilla va á invadir el Magdalena: Urdaneta marcha á tomar el mando de las tropas reunidas en Cúcuta: Soublette remonta el Orinoco con una fuerte division; y Mires y Valdes se adelantan sobre Sogamoso.

Bermúdez, entretanto, apoyado por Cedeño, Monágas y Zaraza, aviva el fuego de la lucha en las provincias orientales, miéntras que Páez en las llanuras del Apure y Barínas, centro de operaciones contra el grueso del ejército expedicionario regido por Morillo, despliega sus dotes militares y en constante inquietud y enojosa perplejidad mantiene en jaque á su formidable contendor.

Trece dias le bastan á Bolívar para efectuar tales aprestos: su prevision le impulsa á aventajarse al tiempo con la rapidez de sus operaciones, á violentar los acontecimientos y á forzar la rotacion de los sucesos para llegar más presto al definitivo desenlace, que presiente próximo y glorioso para la amada Patria. Nada es capaz de detener el vuelo de su pujante voluntad: ante aquel propósito imutable desaparecen las distancias, se aplanan las montañas, simples arroyos parecen los caudalosos rios y trillados caminos las quiebras de los montes y el escabroso lecho del torrente. Aquella pasmosa rapidez de movimientos y de designios dan á Bolívar la ventaja en toda circunstancia: cuando apénas se le cree en Angostura ya trepa de nuevo su caballo, con asombro de Morillo, y fijo el rumbo á Bogotá, las empinadas cumbres de

las sierras andinas: y Sámano y los suyos que le suponen lidiando en Venezuela, se encuentran de pronto amenazados por la espada de fuego de aquel terrible arcángel.

III

Á pesar de los obstáculos de todo linaje, con que el esfuerzo y la tenacidad de los jefes realistas embarazaban la marcha progresiva de la Revolucion y su creciente desenvolvimiento, nuestras conquistas para 1820 eran trascendentales y de incontestable valimiento. Venezuela se habia unido á su vecina hermana bajo el fulmíneo casco de Colombia. Nuestra fuerza moral era imponente. Nuestro ejército probado en cien batallas, aunque escaso en número, era disciplinado y aguerrido. Nuestros generales, así como nuestros magistrados, habian cobrado experiencia y alcanzado con la contínua rotacion de los sucesos, la altura indispensable al puesto que ocupaban y la prudencia tan necesaria así en la guerra como en las emergencias de los negocios públicos. La serenidad y el frio cálculo habian vencido y dominado el atolondramiento, la irreflexiva impetuosidad y las jactanciosas pretensiones que, junto con el antagonismo de intereses y



posiciones tan funestos resultados dieran más de una vez en los primeros tiempos de la Revolucion. Una sola voz, un sólo pensamiento dirigia aquel conjunto de homogéneos propósitos, ántes de aspiraciones turbulentas y de intereses encontrados, entónces sometido á una sola lei, á una sola voluntad: voluntad por todos acatada y, estimada por todos, como imprescindible.

Para 1820, España, respecto al sometimiento de sus colonias, comenzaba á dudar, y nuestro pueblo, esquivo largo tiempo al sagrado propósito de sus libertadores se inclinaba á creer en las promesas de los nobles apóstoles de la libertad y del derecho americano. Lo que al principio aparecia como incensato, era admitido ya como factible. El cañon más elocuente que la prédica, habia llevado la conviccion adonde no habia alcanzado el entusiasmo. Nuestros contrarios, alarmados, habian dejado de tratarnos con el desprecio que por tantos años afectaran. Los calificativos poco lisonjeros y los dicterios injuriosos con que su vanidad nos regalaba, disminuian en razon del incremento de la revolucion y de nuestras repetidas victorias. Bolívar habia dejado ya de ser el mônstruo que rezaban los partes dirigidos á la corte de España: era un Caudillo sin segundo, un General experto, un hombre prodigioso á quien la fortuna cortejaba solícita y de quien eran de esperarse todas las manifestaciones que sólo se conceden al genio. El respeto, como se ve, se habia sustituido al desprecio. Las turbas se habian convertido en ejército, y ejército digno de competir con los más esforzados y brillantes de su

Majestad Fernando VII. (*) Nuestras pretenciones no eran vanas quimeras, la revolucion habia resistido el degüello á que la sometieran sus contrarios, y cada vez más fuerte y más robusta, á pesar del copioso raudal de sangre generosa que brotaban sus múltiples heridas, crecia amenazadora á medida que se mellaba el sable y se debilitaban los esfuerzos de aquellos que con tanta crueldad la combatian. España, en su propósito de someter á la rebelde Venezuela al yugo colonial, habia agotado cuantos medios violentos le habia sugerido la ferocidad de las más exaltadas pasiones; la represion salvaje, el cauterio inquisitorial, el hambre, el hierro, el fuego, la perfidia con sus garras ocultas, el verdugo disfrazado de amigo. Pero el terror y la crueldad habian sido ineficaces. En vano se condenaban á la mendicidad y al desamparo las familias de los tachados de rebeldía; en vano se exhibian en las encrucijadas de los caminos públicos, en las plazas de las aldeas y en las puertas de las ciudades principales, cabezas cortadas por los verdugos, brazos y piernas y esqueletos pendientes de los árboles, clavados sobre picas ó encerrados en jaulas, para defenderlos de las aves de presa, y prolongar el espanto que deseaban infundir entre la multitud. La cabeza de Ríbas estuvo exhibida por cuatro años en una de las llamadas puertas de Carácas. Y nada fué bastante á detener el impulso que impelia á Venezuela á su emancipacion; las medidas violentas se desprestigiaban y agotaban, y otros medios más

(*) Frases de Morillo.

hábiles fueron puestos en práctica á ver de contener por la conciliacion lo que no pudo alcanzar ni la violencia ni la crueldad.

IV

Riego y Quiroga proclamando en Cabezas, la Constitucion del año 12, ayudan eficazmente y apresuran sin quererlo, el triunfo definitivo de la Revolucion americana.

La aspiracion á un bien comun, no importa quienes sean los que pretenden alcanzarlo, ni el relativo antagonismo de miras y propósitos que pueda separar sus intereses; establece una tácita alianza, difícil de romper, y áun más difícil de hacer nulas, para una de las partes, las ventajas que se derivan de un impulso justificado y colectivo,

La libertad proclamada en España, en el seno mismo de los acantonamientos de las tropas expedicionarias con destino á reforzar en Venezuela el ejército de Morillo, á par que abate el despotismo y coloca bajo la egida de instituciones liberales el porvenir político de la Península, favorece en América la transformacion republicana de las colonias españolas.

Fijo, no obstante, como siempre, el gobierno de la Metró

poli, en el propósito de conservar á la corona sus posesiones de ultramar, se apresura, recien jurada la Constitucion, á restablecer su quebrantada autoridad en las colonias; pero descaminado respecto al verdadero espíritu de la Revolucion americana, crée allanable por la conciliacion lo que vanamente por las armas se habia empeñado en reprimir.

En tal sentido, la promesa de instituciones liberales y de una amplia amnistía, junto con el ofrecimiento de dignidades y empleos para los jefes insurgentes que sostenian la guerra en Nueva Granada y Venezuela, fué el primer paso de las Cortes en el camino de un avenimiento entre la Madre Patria y sus rebeldes hijos; y, con tal fin, encárgase á Morillo la pacificacion de las provincias sublevadas por medio de la conciliacion de tan encontrados intereses.

La nueva inesperada de sucesos tan extraordinarios, como los que se efectuaran en España, produjo en sus colonias una profunda conmocion, no exenta de desaliento y de despecho, entre los sostenedores del principio monárquico absoluto y de la integridad del territorio sometido por los conquistadores al cetro de Castilla. Aquel insigne triunfo de las nuevas ideas sobre el absolutismo, triunfo reputado por el pueblo español como la más gloriosa de sus victorias cívicas; desprestigia en América el poderío de la corona y sus augustos fueros; no solamente entre las clases inferiores poseídas las más de fanático realismo é incapaces de suponer nada tan alto y poderoso como la voluntad de sus monarcas; sino áun entre aquellos mismos más esclarecidos á quienes era fácil concebir la trascendencia de un cambio tan favorable á sus personales intereses.

Por lo que hace á los independientes, la noticia de la revolucion efectuada en España, fué acogida como una prenda anticipada de la victoria definitiva de su causa.

Morillo, por su parte, á quien el cambio radical de la política sorprendia en medio á los conflictos de la más embarazosa situacion; y en momentos en que esperaba, para salir de ella, con probabilidades de buen éxito, los refuerzos de tropas que le habian sido prometidos; acoge con frialdad la decision del Gabinete de Madrid; y presumiendo todas las desventajas á que debia exponerle tan extraordinario proceder, retarda, en lo posible, el juramento de la constitucion y el mandato de las Cortes. Pero por más empeño que pusiera en aplazar tales medidas, hubo al fin de ceder, mal de su grado, y despues de proclamar solemnemente el Código político de la monarquía española, propone á los jefes republicanos una suspension de hostilidades, miéntras comisionados especiales exploraban la voluntad de Bolívar y los altos designios del Congreso.

V

Destemplada y altiva fué la respuesta que recibiera el Pacificador, de los jefes á quienes dirigió sus primeras insinuaciones y de los altos magistrados de la República; no obstante, no fué motivo á detenerle en el camino de un arreglo de cuyo

avenimiento esperaba salir airoso de su difícil y ya falseada posicion.

El Congreso se habia limitado á manifestarle por medio de su presidente Peñalver: "Que deseoso de establecer la paz, oiria con gusto todas las proposiciones que se hicieran de parte del gobierno español, siempre que tuviesen por base el reconocimiento de la soberanía é independencia de Colombia."

Bolívar no fué ménos esplícito: sin detenerse á esperar los comisionados españoles que se dirigian á su cuartel general de San Cristóbal, emprende un proyectado viaje al Magdalena y da plenos poderes á Briceño Méndez y á Urdaneta para rechazar, como injurioriosas al par que inadmisibles, las proposiciones de Morillo.

"La guerra, pues, dice Baralt, al apreciar en su historia estos sucesos, la guerra debia continuar entre la madre patria y la colonia, porque ésta rehusaba someterse; pero los pasos que dió Morillo para la reconciliacion fueron seguidos de un importante resultado, cual fué el de aumentar el partido republicano en Venezuela, presentándolo á los ojos de los extranjeros y de los realistas mismos con una importancia que hasta entónces hiciera esfuerzos por disimular en lo posible. Desde luégo los términos en que escribió el jefe español á los caudillos republicanos fueron comedidos y urbanos; á todos ellos, así como al Congreso, les dió los títulos que por sus grados y funciones le correspondian: y no fué pequeño el interes que mostró por alcanzar de ellos, ántes que todo, la suspension de las hostilidades. Muchos americanos egoístas y cobardes á quienes el temor ó la mejor fortuna de los realistas retenian



en sus filas vieron entónces claramente la fuerza física y moral de aquellos hombres llamados hasta entónces rebeldes, sin union, sin habilidad y sin poder. Húbolos que comenzaron á vacilar en sus opiniones al ver posible y casi verosímil el triunfo de una causa que hasta allí consideraran quimérica. Otros que acostumbrados en su profunda ignorancia á reverenciar el despotismo, tenian por impíos los gobiernos republicanos de América, empezaron á mirarlos con ménos ojeriza, desde que en España aparecieran proclamados los principios liberales. Y muchos militares expedicionarios adictos de corazon á estos principios, cansados de la guerra y ansiosos por volver á la regenerada patria, ó se fueron ó siguieron tibios y descontentos una contienda injusta á todas luces."

Dado el desprendimiento é ingénita altivez de los independientes, las proposiciones de paz dirigidas por Morillo, bajo la expresa condicion del *reconocimiento de la soberanía de España*, eran de todo punto inadmisibles y de consiguiente impracticable toda avenencia entre los contrapuestos intereses de los beligerantes; pues, ¿cómo imaginar siquiera, que despues de haber alcanzado el partido republicano ventajas tan efectivas y trascendentales, pudiera desconocerlas é inclinar la frente coronada de envidiables laureles, ante un poder en decadencia cuya fuerza moral mermaba en proporcion al incremento que tomaba la Revolucion y á la solidez con que se afianzaba en el país el Gobierno republicano? Y si ménos favorable para la causa americana se hubiera manifestado la fortuna, ¿cómo olvidar aquellos hombres que, al logro de una idea todo lo habian sacrificado, la tremenda responsabilidad que pesaba sobre

ellos, si no salian airosos, ó con la vida pagaban los tormentos á que por vano empeño sometieran su patria?

VI

Un mar de sangre separaba la América española de su antigua y pertinaz dominadora; intentar siquiera atravezar sus encrespadas ondas, era entrar en gran riesgo de perder con la vida la honra, áun más preciosa, para quienes rendian al honor y á la patria un culto reverente. Placentero es repetirlo, y repetirlo con satisfaccion: los halagos de España no encontraron cabida en uno solo de los sostenedores de aquella lucha homérica. A pesar de todas las miserias y de todas las dificultades á que tantas veces se viera expuesta en Venezuela la causa de los independientes; ya por la impericia de sus primeros directores, ó por las turbulencias sediciosas que tanto embarazaron el desarrollo franco y progresivo de aquel largo proceso; la revolucion se habia mantenido honrada. Si el poder discrecional le fué á Bolívar disputado en los principios de su prepoderancia militar, no fué móvil mezquino de aviesos intereses personales, el que indujo á sus émulos á tan injustificable sinrazon; los que así procedieron, ansiaron el poder

únicamente por la gloria de acaudillar el movimiento regenerador, sin pensar jamas en los proventos que pudieran redundar de la suprema direccion de la República. En el desprendimiento de los intereses materiales estribó la mayor fuerza de aquellos nobles lidiadores. Sus miras se fijaban más altas. Se ambicionaba gloria, no riquezas. Los concucionarios, si los hubo, rarísimos, quedaron deshonrados; cual llama abrazadora, el desprecio público pasó sobre ellos, los convirtió en cenizas: cenizas que esparció el viento y que áun desprecia la posteridad.

La aspiracion moral mataba toda tendencia material.

Aquel heróico ejército, sometido á todo género de penalidades; sin paga de ordinario, desnudo casi siempre, y á menudo sin pan, no proferia una queja, y lleno de entusiasmo, moria victoriando la patria, sin cuidarse de sus propias miserias.

Ser el más bravo, el más abnegado, el más heróico era preferible á ser el más acaudalado.

El orgullo era noble, la ambicion generosa. De ahí la pujante virilidad de aquella generacion que hizo prodigios, armada con la espada de los héroes, aunque cubierta con los harapos del mendigo.

VII

Palpable el incremento que con sólo el amago de las negociaciones habia cobrado la Revolucion, no se le ocultan al Libertador las ventajas inmensas que podia derivar de un estado de cosas tan pernicioso á sus contrarios; por lo que apénas de regreso á su Cuartel General de San Cristóbal, propone al Pacificador reanudar las interrumpidas negociaciones para tratar del propuesto armisticio, siempre que se le concedieran á Colombia, las garantías y seguridades que tenia derecho á exigir, sin que por esta insinuacion se considerasen suspendidas las hostilidades; y acto contínuo, sin esperar respuesta, marcha en persona á la cabeza de su guardia sobre la division de Tello, quien evacua á Bailadores y á Mérida, dejando el paso franco á los independientes.

Morillo se apresura á tratar con el Libertador; le envia nuevos comisionados y se mueve con parte de su ejército hácia las provincias invadidas recientemente por Bolívar. Éste ocupaba á Trujillo; el generalísimo español, se interna hácia Carache. Ligeras escaramuzas se traban entre los cuerpos de vanguardia del ejército realista y algunas de las audaces guerrillas de los republicanos. El Libertador toma posiciones en



Sabana Larga, tres leguas á retaguardia de la ciudad que ántes ocupara. Morillo fija en Carache su Cuartel General, y de comun acuerdo las hostilidades quedan suspendidas. Los comisionados enviados al efecto por la Junta de pacificacion constituida en Carácas, se avistan en Trujillo con los nombrados por Bolívar, y dan principio á aquella larga serie de conferencias llenas de interrupciones y de dificultades opuestas de ámbas partes, que dieron al fin por resultado un armisticio de seis meses, miéntras se ajustaban las negociaciones conducentes á la paz, y el convenio filantrópico de regularizacion de aquella guerra de exterminio, que tanta sangre y lágrimas nos hizo derramar. Convenio calificado por Bolívar de *verdaderamente santo*, y con ardiente anhelo propuesto por el caudillo americano á su generoso contendor, en el sitio mismo, donde forzado por la impulsion vehemente de las necesidades de la época, lanzó á todos los vientos, como lenguas de fuego, las terribles palabras consignadas en el decreto aterrador de 1813.

Coincidencia providencial aquella, que redime á la patriótica Trujillo del funesto renombre alcanzado en los primeros abrasadores tiempos de la ensañada lid.

De cruel, Trujillo se convierte en magnánima, y el recuerdo inolvidable de su segunda popularidad, mitiga la impresion dolorosa y aminora el espanto á que debió su primitiva nombradía.

Sellados por los plenipotenciaros los arreglos indispensables para dar comienzo á una negociacion de suyo impracticable, llevóse á efecto la famosa entrevista de Santa Ana entre aquellos dos hombres que con recíproca crueldad y con no ménos furia

é igual teson y valentía habian combatido tantos años por tan opuestos intereses. Allí, sobre aquel campo declarado neutral, inermes y olvidando quisquillas y rencores, se avistaron aquellos dos campeones, hermanos por la sangre, enemigos acérrimos por la discrepancia de ideas. El viejo leon ibero y el gallardo adalid de la jóven Colombia, se contemplaron con orgullo, y generosos prestaron homenaje al renombre glorioso de la patria, en el mútuo heroísmo de la soberbia España y de la altiva nacion americana.

Despues, para no verse más sobre la tierra, se separaron llevando de aquel dia recuerdo inolvidable, mas poseídos á la par de extraños y muy distintos sentimientos: Morillo, bajo el peso de frustrada esperanza, convencido de la imposibilidad de restituir á la corona la presa disputada por el condor americano: Bolívar, satisfecho de sí, y viendo descorrerse ante la América el velo de su cautividad para abrir campo al fecundante sol del porvenir.

VIII

Penetrado Morillo de lo infructuoso de cuantos sacrificios pudiera hacer España en lo sucesivo, para someter la insurreccion americana y temeroso de encontrarse en la conflictiva situacion de ver desaparecer de entre sus manos la presa que

se le habia ordenado defender, optó por separarse de la liza ántes que al duro trance le llevasen los acontecimientos que su sagacidad y experiencia preveian como inevitables.

Vanas fueron cuantas demostraciones hicieran al Pacificador los partidarios de la causa de España para conservarle al frente del ejército; irrevocable en su propósito, Morillo, no cedió ni á ruegos ni á amenazas, ántes bien aceleró su marcha, y el 17 de Diciembre de 1820 abandonó el país, confiando al General La Torre el mando del ejército y la suprema direccion de la guerra.

La separacion del teatro de la guerra de un Jefe de las relevantes condiciones de Morillo, en circunstancias tan delicadas para los intereses de la corona, produjo notable desaliento entre los más exaltados realistas, y amenazó de funestos trastornos la indispensable unidad que más que nunca requeria el mando supremo de las tropas del rey, diseminadas en la vasta extension de Veuezuela. Pues, si era notoria la idoneidad del General La Torre para el desempeño de tan difícil cargo, no por ello, se vió ménos exento de tropiezos, debidos los más, á la rivalidad que despertó su encumbramiento entre algunos de sus subordinados, los que creyéndose con mejores títulos para merecer puesto tan elevado, se declaraban víctimas de una cruel injusticia y trabajosamente prestaban obediencia á quien no reputaban más que ellos rico en merecimientos: emulacion mezquina, torpe y solapada cuyo centro y principal atizador era Moráles, el canario de funesto renombre, el sanguinario compañero de Bóves, más que su antiguo Jefe cruel y despiadado, sin ninguna de las dotes muy altas de caudillo que d

tinguieran al terrible asturiano, y desde el punto de vista de la conveniencia y del decoro, el ménos digno de merecer el puesto con tanto empeño por él ambicionado.

Era empero, La Torre, un general de no escasa valía, á quien no fueron parte á embarazar en sus propósitos la rencorosa hostilidad y la tibieza de tan peligroso rival; la ruptura inexperada del armisticio, le encontró fuerte y decidido á perseverar en el propósito de someter por las armas la rebeldía de los independientes, y en capacidad de afrontar el vigoroso empuje de Bolívar y su probada habilidad.

IX

Valeroso y disciplinado era el ejército español y superior en número al que el Libertador podia oponerle á pesar de las favorables circunstancias que avigoraban la causa republicana, y la popularizaban hasta entre sus mismos y más esforzados opositores.

No obstante, las ventajas y desventajas de los opuestos bandos podian equilibrarse; si en el realista prevalecia por el momento la fuerza material, campeaba en su contrario el entusiasmo y la fuerza moral de todo un pueblo identificado en una misma aspiracion. Para cada una de las bayonetas de que La Torre



disponia, diez corazones resueltos á sacrificarse por la patria podian oponerle los independientes.

Con creciente rapidez acercábase el desenlace de aquel sangriento duelo, reñido con el mismo furor hacia ya tantos años; y á nadie se ocultaba, que habia de ser ruda y decisiva la próxima batalla que se librase en Venezuela.

Creíase el General La Torre bastante fuerte para no rehuir un decisivo encuentro, y obtener el triunfo: Bolívar par su parte, abrigaba el convencimiento de haber atado la victoria al puño de su espada; su propia superioridad sobre Latorre la sentia, y con razon; la revolucion que acaudillaba no podia haber vencido cuantos obstáculos se le habian enfrentado en su afanosa marcha, para plegar de súbito sus alas gigantescas, y caer abatida ante el último de los inconvenientes que á su completo triunfo le oponia la Metrópoli; ni ménos era de esperarse que, sin mayor razon, se eclipsase de improviso el genio singular que hasta entónces la habia presidido. Para Bolívar, no existia una sola duda, respecto del éxito feliz de sus afanes, que pudiera erguirse, siquiera vergonzante, ante su fe profunda. La Torre no era ya una amenaza para la causa americana, como lo fueron sus predecesores, era un inconveniente más para llegar al fin, y Bolívar tenia la persuacion de que sabria vencerlo.

Semejante conviccion no debe aparecer como la expresion de un vano orgullo. No, para llegar á aquel razonamiento, altas cimas habia sido indispensable dominar, y los hechos con su severa lógica estaban de su parte.

En su larga carrera, Bolívar, habia pugnado con dos hombre verdaderamente notables por las condiciones especiales qu

los distinguieron en aquella guerra desastrosa: y ámbos habian desaparecido del palenque sin haber logrado dominarle. En Bóves habia combatido al sectario de sus propias creencias, al hombre de la naturaleza, al torbellino de las pasiones de la época, con todas las iras y arrebatos de una ambicion ardiente, con todo el arrojo de un carácter resuelto y exaltado y toda la pujanza y valentía del leon. En Morillo habia luchado contra el renombre glorioso, la pericia militar, el ardor reflexivo y la ordenada impetuosidad de un capitan experto y temerario á la vez que prudente, sometido á las reglas que prescribe la disciplina hasta encadenar su genial intrepidez á las severas prescripciones de la táctica; tan rudo como hábil, de propias ideas, de no escasas aptitudes para el desempeño de la empresa que se le habia confiado, sagaz, cruel, arrebatado, perseverante, sin dotes de caudillo, pero terrible é indómito soldado. Bóves representaba en todas sus faces la contra-revolucion, la América colonial con todos los vicios originados por una larga servidumbre y todos los rencores latentes entre los hijos de un mismo suelo dominados por contrapuestos intereses.

Morillo era el sucesor de Hernan Cortés y de Pizarro, de Garci-González y de Almagro: era la conquista, era la supremacía de la madre-patria, era España, en fin, con todas sus arraigados títulos, sobre la tierra conquistada, con todo su desprecio por los derechos del pueblo americano, con todo el desnivel por ella establecido entre siervos y señores, con toda la presuncion de su preponderancia secular y toda la rudeza de su mano de hierro.

Sin carecer de relevantes condiciones personales, La Torre,

no alcanzaba á la talla de sus antecesores; era el postrer esfuerzo de un brazo fatigado, la última hebra del cable ya deshecho, que sujetara á España la rebelde colonia.

Persuadido Bolívar, de lo infructuoso de las abiertas negociaciones y de la manifiesta imposibilidad de llegar á un arreglo definitivo que conciliase los intereses de ámbas partes: desde el momento en que las pretensiones de la una minaban por la base las aspiraciones de la otra, y viceversa, pues que ámbas se habian encastillado en dos extremidades diametralmente opuestas: *sometimiento á la soberanía de España y reconocimiento de la independencia de Colombia*, no descuidó su propia conveniencia, ántes bien, supo aprovechar la circunstancia favorable del armisticio para robustecer sus fuerzas y estar presto á la guerra, de suyo inevitable, pues no abrigaba duda, de que sólo la suerte de las armas, como supremo árbitro, habria de decidir al fin la reñida contienda.

La espectativa, empero, no fué de larga duracion; una circunstancia agena acaso á las insinuaciones de Bolívar, pero que él no dudó en aprovechar, pasando por sobre lo prescrito en el convenio de Trujillo que religiosamente hasta entónces hubieran respetado sus contrarios, resuelve la cesacion del armisticio.

Fué aquella circunstancia, el pronunciamiento de la ciudad de Maracaibo por la independencia, y la ocupacion de aquella importante plaza militar por tropas republicanas, contra el tenor expreso del tratado vigente.

La Torre reclama con justicia la reintegracion á sus bander

de la plaza ocupada. Bolívar se niega abiertamente, y de hecho, el armisticio queda roto.

X

Breves dias duró la suspension de las hostilidades acordada en Trujillo: tregua tan desastrosa para España como benéfica para las armas de Colombia. La guerra enciende de nuevo su destructora tea, el rayo vibra, y en la vasta extension de Venezuela dilata el trueno sus fragorosas resonancias.

No obstante, la súbita ruptura del armisticio, acogida con férvido entusiasmo por los independientes, fué como el despuntar de una risueña aurora para la causa americana.

Tras las espesas nubes que oscurecieran hasta entónces los horizontes de la patria, aparecen los primeros destellos de un sol resplendeciente que todo lo ilumina, lo exhibe y magnifica con sus brillantes resplandores. Los bandos enemigos se miran sin el pasado enojo y se contemplan con admiracion. No ya más lucha entre tinieblas aglomeradas por el odio: las sombras huyen avergonzadas y con ellas desaparecen las escenas terribles, el furor fratricida y la zaña mortífera que alimentaran en su seno. La tierra absorbe la sangre derramada y el yermo campo reverdece y produce laureles. La espada



de los héroes luce ante el nuevo sol, resplandeciente y sin mancilla; y el mismo ronco estrépito del bronce formidable que truena en las batallas, pierde la lúgubre y aterradora resonancia de los pasados tiempos. Sólo el acaso es responsable de la sangre que se derrama en los combates. La generosidad tiende al rendido su manto protector: la caridad reparte por igual sus piadosos afanes. El Júpiter Tonante se transforma en dios pío, arroja al polvo, con manifiesta repugnancia, el rayo vengador que los rigores de cruel necesidad colocaran en su mano; y en toda la esplendidez de su grandeza sobrehumana, se exhibe incomparable.

"Sabed, dice á sus tropas el héroe americano al abrirse de nuevo la campaña, sabed que el gobierno os impone la obligacion rigorosa de ser más piadosos que valientes..... Sufrirá pena capital el que infringiere cualquiera de los artículos de la regularizacion de la guerra. Áun cuando nuestros enemigos los quebranten, nosotros debemos cumplirlos para que la gloria de Colombia no se mancille con sangre."

XI

De mutuo acuerdo, las hostilidades debian recomenzar el 28 de Abril de 1821.

Á pesar de las bajas sufridas por el ejército español, La Torre

contaba todavía con 11.000 soldados resueltos, disciplinados y aguerridos.

El Libertador con inferior número de tropas, aunque superior á su contrario en genio y en prestigio, se apresura á abrir aquella nueva y gloriosa campaña, fortalecido con su fe inquebrantable, y decidido, más que nunca, á arrebatar á la victoria el triunfo definitivo y la completa independencia de Colombia.

Con la rapidez indispensable á sus designios, pone por obra una de esas operaciones militares en que se juega el todo por el todo en el rojo tapete de la guerra; y al efecto hace convergir todas las divisiones de su ejército, diseminado en Venezuela, al punto donde espera librar una batalla decisiva. Desde su cuartel general de Boconó prescribe que el ejército de Oriente, mandado por el intrépido Bermúdez, y bajo la inmediata direccion del General Soublette, vice-presidente de Venezuela, abra campaña sobre la capital, invadiendo por los valles de Barlovento la importante provincia de Carácas: á Zaraza y Monágas que con las caballerías del Alto-llano, muevan guerra en las comarcas de Calabozo y Orituco: á Urdaneta que reorganice su division en Maracaibo y acometa á Coro; y finalmente, que el coronel Carrillo con las tropas de Reyes-Várgas y las milicias de la provincia de Trujillo, se apodere de Barquisimeto y del Tocuyo.

Tomadas estas disposiciones, el Libertador vuela á Barínas, inspecciona los acantonamientos de sus tropas, baja luégo hasta Achäguas, avístase con Páez y activa con el heróico cau-

dillo de las pampas la movilizacion del aguerrido ejército de Apure.

Entretanto, Santander, y Tórres y Montilla en la Nueva Granada, y Sucre en Guayaquil, puesto ya el pié seguro sobre el primer peldaño de la alta escala de su futura gloria, obedecen la voz que los impulsa á avivar el fuego de la guerra en el Sur y Occidente de Colombia.

Por lo que hace al General LaTorre, la posicion que ocupaban sus tropas, era más circuscrita, y, de consiguiente, ménos difícil en tiempo dado, la pronta reconcentracion de los diversos cuerpos de su ejército, pues con exclusion de los batallones que guarnecían á Cumaná, los otros cuerpos se mantenia en constante comunicacion. Moráles, su vanguardia, fuerte de 5.000 soldados de todas armas, ocupaba á Calabozo y sus alrededores, miéntras que las otras divisiones cubrian á Araure, Carácas y San Cárlos, plaza esta última donde La Torre habia fijado su cuartel general.

Dispuesto á abrir personalmente la campaña, el Libertador torna á Barínas con algunos batallones de su guardia; dirige los últimos aprestos, y en repetidas proclamas atribuye á sus contrarios la responsabilidad de la sangre que va á correr de nuevo.

XII

Atento, como siempre, el Generalísimo español á los movimientos de Bolívar, no se le ocultan los designios de tan peligróso contendor; por lo que obrando con acierto, se propone frustrarlos tomando resueltamente la ofensiva. En los primeros dias del mes de Mayo, sale de San Cárlos á la cabeza de 2.000 combatientes; incorpora en Araure la 5ª division y, despues de ordenar á Moráles tener en jaque á Páez amenazándole con pasar el Apure, se disponia á marchar sobre Bolívar, cuando llega á su noticia, junto con la nueva de la derrota sufrida por sus tropas en la provincia de Carácas, la retirada del Brigadier Correa y el abandono de la capital á los independientes.

En efecto, miéntras La Torre marchaba hacia Barínas tratando de combatir aisladamente, primero al Libertador y luégo á Páez, las tropas republicanas estacionadas hasta entónces en la plaza de Barcelona y sobre la línea del Unare, se mueven de improviso, y Bermúdez, el heróico oriental, siguiendo las instrucciones de Soublette, se lanza, con su genial intrepidez é invade por los valles de Barlovento la codiciada provincia de Carácas. Nada resiste á su impetuosidad y á su

ardimiento: su paso es el del huracan: fuerza en Tacarigua los atrincheramientos de las tropas realistas, las persigue con encarnizamiento, las alcanza y derrota en el sitio del Guapo; destroza en el Rodeo los refuerzos auxiliares enviados de Carácas y á paso de carga se apodera de la capital abandonada por Correa. Sin detenerse para cobrar aliento tras de tan ruda fatiga, reorganiza en Carácas su escasa division, la aumenta en lo posible, llama al vice-presidente que se hallaba en Uchire y arrebatado por su temeridad, vuela en persecucion del enemigo que, esquivándole, se repliega hácia Aragua. Choca en las Lagunetas contra un destacamento avanzado de los realistas, lo bate en pocas horas y se apresura á llegar al Consejo donde cae de improviso sobre el grueso de las tropas del fugitivo Brigadier Correa, á quien derrota por completo haciéndole numerosos prisioneros.

Despues de este combate, las tropas españolas que venian replegándose desde las márgenes de la laguna Tacarigua, se dispersan, y el terrible cumanés penetra triunfador en la Victoria y adelanta sus avanzadas hasta el histórico campo de San Mateo.

Alarmado La Torre, por los efectos de aquella audaz acometida, varia de consejo al encontrarse entre dos amenazas; deja en Araure la tercera y quinta division para cubrir sus movimientos y observar los del Libertador y retrocede hácia San Cárlos y luégo hasta Valencia, con el propósito de auxiliar con mayor eficacia las operaciones que ordena practicar á Morâles sobre la capital.

Morâles, entretanto, marcha rápidamente sobre Aragua, in-

corpora á sus filas el segundo de Valencey al mando del coronel Pereira, enviado por La Torre con anticipacion en refuerzo de Correa, y á la cabeza de 2.500 combatientes marcha á atacar la division republicana situada en la Victoria.

Á la aproximacion de los realistas, Bermúdez, ménos fuerte, retrocede á su pesar y va á esperarlos en la cuesta de las Cocuizas. Un combate sustentado vigorosamente por una y otra parte se traba en aquellas alturas; el General republicano se empeña en sostener sus posiciones, pero su reducido parque se agota en once horas de reñida batalla, y furioso el soberbio oriental, se ve forzado á retirarse. Moráles le persigue; Bermúdez intenta de nuevo esperarle en Antímano, pero una órden del General Soublette le obliga á cambiar de propósito y á continuar la retirada hasta Guarénas donde debe incorporársele Arismendi con algunos refuerzos. Los independientes retroceden y las tropas realistas tornan á ocupar la capital.

XIII

Miéntras tales sucesos se verificaban en la provincia de Carácas, el Libertador se encontraba en Guanare, dando tiempo á que pudiera incorporársele el cuerpo de ejército de Páez que á la sazon se movia desde Achaguas, é impaciente se manifes-

taba por abrir la campaña, cuando supo la llegada del General La Torre á la villa de Araure, al propio tiempo que su inmediato y rápido regreso hácia Valencia. Juzgando de gravedad la circunstancia que moviera al Generalísimo español á ejecutar con tal premura y casi al frente de nuestras bayonetas, movimiento tan inesperado, crée oportuno, aunque con escaso número de tropas, seguir al enemigo y estrechar en lo posible el radio de sus operaciones. Inmediatamente deja á Guanare, sigue las huellas de La Torre, y ordena al General Cedeño, su jefe de vanguardia, aprovechar la extraña circunstancia que los favorece y apoderarse de San Cárlos: posicion ventajosa que le permitirá observar de cerca á los realistas y hacer ménos difícil y tardía la incorporacion de las divisiones de Urdaneta y Carrillo que operaban á la sazon sobre Barquisimeto y sobre Coro. Cedeño redobla la marcha de sus tropas, ejecuta con acierto la empresa confiada á su bravura y, en los primeros dias del mes de Junio, el Libertador fija en San Cárlos su cuartel general.

Noticioso La Torre de los movimientos de Bolívar, se apresura á reunir todas sus fuerzas. Moráles regresa de Carácas con el regimiento de Búrgos, despues de confiar al Coronel Pereira el cuidado de hacer frente á Bermúdez con una fuerte division; las caballerías que forrajeaban en el Pao, así como las dos divisiones que se encontraban en Araure, marchan al punto designado para la concentracion general del ejército, y casi al mismo tiempo que el Estado Mayor republicano penetraba en San Cárlos, La Torre salia de Valencia é iba á asentar sus reales en la histórica llanura de Carabobo.

XIV

Allí, sobre la arena de aquel glorioso campo consagrado á la veneracion de la posteridad por el esfuerzo de nuestros mayores, esperan vencer nuestros contrarios á los que vencedores se ostentaron en él, en dias terribles para la heróica Venezuela.

Aventurada decision! ¡ceguedad jactanciosa! á que no alcanzaba la luz de la experiencia, ni fué parte á detener en sus propósitos la justa preocupacion que inspira lo que una vez nos ha sido funesto.

Parecia que los jefes realistas habian olvidado en 1821, á 1814. De lo contrario ¿cómo elegir á Carabobo, su necrópolis, para escenario del final desenlace de aquel sangriento drama?

La sola pretension era un reto al destino: una provocacion audaz á la fuerza misteriosa que decide á su arbitrio de los acontecimientos humanos.

Aquel campo que la temeridad presumia arrebatarnos, era nuestro, nos pertenecia por derecho de victoria. Su nombre estaba escrito al lado de los más altos y magníficos triunfos alcanzados por el Libertador en los primeros tiempos de la Revolucion. Aun repetian los ecos de la inmortal llanura el

estruendo y los víctores de la cruenta jornada del 28 de Mayo de 1814, con los nombres gloriosos de Bolívar y Ríbas y Mariño, de Urdaneta y Mariano Montilla, de Bermúdez, Soublette, Valdes, Palácios, Fréites y Carbajal el famoso *Tigre encaramado.* Aquel fulgente campo poblado de recuerdos heróicos, era nuestro aliado, nuestro cómplice: era rebelde á España.

¿Por qué desconocer la parcialidad de ciertos sitios por ciertos hombres y por las causas que sostienen; cuando tantos y repetidos ejemplos la comprueban?

Así como la *Puerta* nos fué constantemente adversa, durante la gigantesca lucha, Carabobo, por el contrario, siempre nos fué propicio.

Cuantas veces la fatalidad llevó á nuestro guerreros á librar en la Puerta una batalla, la fortuna les negó sus favores y aquella tierra hostil á los independientes, bebió nuestra sangre hasta saciar su sed.

Allí Bóves destroza á Campo Elías, el 3 de Febrero de 1814. Allí en el mismo año, al promediar de Junio, el terrible asturiano torna á alcanzar otra victoria, no ménos cruel y desastrosa sobre Bolívar y Mariño, y tumba encuentran en tan funesto campo, Muñoz Tébar, Aldao, Jalon, García de Sena, el valeroso Fréites, y millares de víctimas inmoladas despues de la batalla. Y allí termina, en fin, la desgraciada campaña de 1818, con la ruda jornada del 16 de Marzo, á que debió Morillo, junto con los laureles que le ciñera la victoria, el título pomposo de Marqués de la *Puerta.*

Carabobo, propicio siempre á nuestra causa, parecia tener secreto pacto con el Libertador. ¡Y era en aquella arena

donde nuestros contrarios presumian humillarnos, donde esperaban la próxima batalla para sellar con nuestra sangre tan prolongada lucha!!

XV

Acordados se manifiestan nuestros historiadores en atribuir á Moráles la decision tomada por el Generalísimo español de trasladar su campamento á Carabobo, á pesar de la escasez de pastos que ofrecia la llanura á la numerosa caballería realista y de las dificultades que se oponian para atender al abasto y conservacion de tan crecido número de tropas; y no obstante, que estimado el lugar como punto estratégico, brindase por su situacion y topografía, ventajas no comunes para emprender operaciones, ó en caso de una batalla, apoyarse ventajosamente; no ha faltado quien califique de torcidos cuantos consejos en la ocasion diera Moráles: cargo que bien se compadece con la funesta reputacion de aquel mal hombre, con su ambicion desmedida y su notoria hostilidad hácia todo el que, por levantado, le hiciera alguna sombra.

Tan luégo como el ejército español se hubo establecido en Carabobo con todo el parque y material de guerra indispen-

sable para aceptar una batalla, el General La Torre adelantó sus avanzadas hasta la vecina aldea de Tinaquillo, distante cuatro leguas del acantonamiento de sus tropas y siete del cuartel general republicano; y sin hacer el más pequeño movimiento que revelase un plan premeditado, se dió á esperar las divisiones que le venian de Araure sin prever el gran riesgo á que debia exponerle dejar así, tranquilamente, á su contrario cobrar mayores fuerzas. Falta esta, tanto más criticable, cuanto que teniendo á mano el triple de las tropas que á Bolívar rodeaban en San Cárlos, pudo mui bien desalojarle de aquella ventajosa posicion y tratar de impedir todavía la reincorporacion de Páez.

Largamente el General realista espió esta falta, como otras y mui graves, que cometiera ya á punto de la batalla. Pero no aprusuremos los acontecimientos.

Bolívar, entretanto, inquieto con la proximidadad de tan copioso enemigo, permanecia en San Cárlos aguardando á su vez con impaciencia la reincorporacion de los diversos cuerpos de su ejército.

Mudos, inmóviles, todavía separados por una distancia de once leguas, aquellos dos contrarios campamentos se ofrecian á los ojos del pueblo, que estático los contemplaba esperando la decision de sus destinos, como dos nubes formidables, negras, profundas, preñadas de electricidad, amenazadoras y terribles que á la vez se condensaban y crecian para chocarse luégo y estallar en fragorosa tempestad.

Angustiosa espectativa aquella, en medio de la cual imperaba el silencio, turbado apénas por el rumor lejano de la

marcha de los distintos cuerpos que se encaminaban á sus respectivos campamentos.

Empero, tal estado no fué de larga duracion.

En los primeros dias de Junio, el cuerpo de ejército de Páez, que venia desde Acháguas, llega al fin á San Carlos; 1.000 infantes, 1.500, jinetes 2.000 caballos de reserva y 4.000 novillos, forman el contingente que el glòrioso caudillo de las pampas aporta al Libertador.

La division del General Urdaneta regida por Rangel (*) llegó poco despues; y el Libertador se encontró en capacidad de abrir operaciones.

Por lo que hace á las tropas mandadas por Carrillo, y Reyes-Várgas, no era de esperarse que vinieran al cuartel general, ocupadas como se hallaban, por órden superior, en perseguir la guarnicion realista que habia evacuado á Barquisimeto, y que á las órdenes del coronel Lorenzo replegaba sobre San Felipe buscando el apoyo de La Torre.

XVI

Reunido en San Cárlos todo el ejército republicano, empleó el Libertador algunos dias en proveer á sus necesidades y en dar á sus distintos cuerpos la organizacion definitiva para

(*) El General Urdaneta habia quedado enfermo en Barquisimeto.

moverse sobre el enemigo; terminado lo cual, la órden de marcha no se hizo esperar.

Desde las galeras del Tinaco hasta las orillas del Cojédes, espacio que nuestras tropas ocupaban, un víctor inmenso y prolongado contestó á aquella órden, y ardiendo en bélico entusiasmo el ejército se puso en movimiento.

Pocos dias ántes de la salida del ejército, el Libertador habia recibido en el Tinaco, donde se hallaba acantonado el Coronel Manrique, un parlamentario de La Torre con proposiciones para un nuevo armisticio. Desempeñaba aquella comision el Coronel español Churruca, ayudante de campo del General en Jefe del ejército realista, y cómo acertase á llegar al Estado Mayor en el momento de la comida, el Libertador le invitó á su mesa ántes de ocuparse en las proposiciones que traia. Durante aquella, el Coronel Churruca trató con suma habilidad, más con marcada insistencia, de hacer caer la conversacion sobre el ejército de Apure, y no lográndolo se aventuró á manifestar sus deseos de conocer al heróico vencedor en las Queseras. Bolívar estaba de vena aquella tarde, dirigió algunas bromas á sus huésped y terminó por presentarle á Páez que se hallaba á su lado. Hasta aquí, nada de cuanto habia pasado podia estimarse como ajeno al proceder leal del comisionado de La Torre; pero fué tal la sorpresa que á su pesar manisfestara éste al ver á Páez y tal su alarma y desconcierto desde aquel mismo instante, que dió motivo á sospechar del verdadero objeto que lo llevara á nuestro campamento. Díjose por entónces, que ignorante La Torre de la verdadera situacion de Bolívar, habia tratado de informarse de

si ya la division de Páez se le habia incorporado, para en caso contrario atacarle sin pérdida de tiempo: proyecto tardío, que bien pudo llevar á cabo algunos dias ántes con probabilidades de buen éxito. Empero, Bolívar no dió asenso á las numerosas conjeturas que corrieran sobre el particular; oyó las proposiciones que para el nuevo armisticio le hiciera su contrario, y encontrándolas inadmisibles, se negó á considerarlas y despidió al comisionado anunciándole la próxima batalla.

XVII

El dia 21, el ejército acampó en el sitio de Las Palmas; donde supo el Libertador, por algunos desertores del ejército realista, la brillante campaña de Bermúdez, su llegada hasta San Mateo y su repliegue hácia Carácas.

El 22, el Teniente coronel José Laurencio Silva, escogido por el Libertador entre aquellos bravos que se disputaban la gloria de ser los primeros en atacar al enemigo, cae de improviso sobre la primera de las avanzadas realistas situada en Tinaquillo, la envuelve, y la hace toda prisionera; solo un soldado logra escapar y éste el que la nueva del desastre lleva al cuartel general de los realistas.

Despues de esta aventura el ejército continúa su marcha y la

histórica llanura de Taguánes presencia el 23 de Junio la última revista que á sus 6.000 soldados pasa el Libertador, la víspera de Carabobo.

1813 sirvió allí eficazmente á 1821. La historia es un libro prodigioso; un arsenal inagotable donde todo se encuentra: armas para el combate, escudos para la defensa; ella ejerce y ejercerá sobre el presente la formidable coaccion de todos los prestigios del pasado; evocar un recuerdo oportuno de ese inmenso cerebro de la humanidad, es producir una luz que irradia claridades, una chispa de fuego que, aplicada á nuestras pasiones, las inflama y produce el incendio. Bolívar, en las llanuras de Taguánes, abrió aquel libro y mostró á sus soldados las páginas en que se consignaban nuestras glorias y nuestros infortunios; la chispa del entusiasmo se produjo, brilló en todos los ojos, incendió todos los corazones y el feliz augurio de una victoria en perspectiva, pronóstico por todos estimado infalible, fué la mayor de las ventajas que sobre sus contrarios pudo llevar á la batalla. Bolívar hizo pié en los Taguánes para escalar á Carabobo: una victoria servia á la otra de escabel.

Aquella gran revista la víspera de la feliz jornada, era como el desperezarse del leon para cobrar todas sus fuerzas y estar dispuesto á acometer.

Allí, sobre aquel campo de gloriosos recuerdos, desfilaron todos los cuerpos del ejército frente al Libertador, quien de sus labios, inagotable manantial de épica elocuencia dejó caer para cada uno de aquellos regimientos y escuadrones, palabras

conmovedoras, alusivas á sus heroicidades de otros dias, á los sagrados deberes del presente.

Para asistir á aquella última jornada en que la heróica Venezuela contaba sellar su independencia, habíanse congregado la mayor parte de aquellos tenaces lidiadores que venian combatiendo despues de tantos años por la emancipacion de la patria, por la libertad de Sud-America; allí reprensentadas en sus héroes estaban de presente todas nuestras victorias.

Acaso por la primera vez en el trascurso de la guerra, el ejercito patriota vestia de gala para presentarse al enemigo. El sol resplandecia en los dorados uniformes, en los vistosos arreos de nuestros granaderos, en los desnudos sables, en las bayonetas y en las lanzas con fascinadores reflejos. Al viento flameaban los penachos de brillantes colores, las banderolas y divisas de los jinetes del Apure, y las banderas, noble enseña de nuestros regimientos, donde marcadas se ostentaban las garras del leon peninsular, en cien terribles y sangrientos combates.

Las bandas marciales de todos aquellos batallones entonaban á un tiempo la marcha popular que tantas veces los condujera á la victoria; y en medio al bélico clamor que repetian los ecos de la inmortal llanura, resonaba á períodos marcados, como el trueno de aquella tempestad del entusiasmo, el grito unánime, mil veces repetido por todo aquel ejército: "Viva el Libertador."

XVIII

Tres divisiones componian el ejército.

La 1ª á las órdenes de Páez, tenia por jefe de Estado Mayor al esforzado Vásquez y la formaban el batallon "Bravos de Apure, mandado por Juan Tórres; el regimiento inglés, denominado la "Legion Británica", á cuya cabeza se encontraba el Coronel Farriar y 15 escuadrones de las pampas en número de 1.500 lanzas, acaudillados por los héroes de "Mucuritas," "La Mata de la Miel" y "Las Queseras," entre los que brillaban por su intrepidez reconocida Muñoz, Juan Gómez, Bórras é Iribarren, Figueredo y Mellado, Laurencio Silva, Bravo y Carbajal, Parédes y Camejo conocido con el glorioso apodo de *Primero.*

La 2ª regíala el General Cedeño, *el bravo de los bravos*, como le llamó el Libertador, y el Coronel Júdas Tadeo Piñango; y contaba en sus filas los batallones "Tiradores," mandado por el fogoso Héras; "Boyacá" ilustrado en el campo á que debia su nombre, á las órdenes de Flegel y de Smith; "Várgas" que recordaba el reñido combate del Pantano, sobre la sierra andina, presidido por Patria; y el "Escuadron sagrado" cuyo jefe, el terrible Coronel Aramendi, valia él solo por todo un regimiento.

Mandaba la 3ª division el denodado Coronel Ambrosio Plaza, y era Manrique su segundo y Wulbery el jefe de su Estado Mayor. Componíase de la 1ª Brigada de la guardia del Libertador, la cual formaban los batallones "Rifles" que llegaba de combatir en Cartagena y Santa Marta, y que á nuevos combates conducia su bizarro Comandante Arturo Sándes; "Granaderos" probado en tres campañas, al que regia el coronel Juan Uzlar; "Anzoátegui," cuyo sólo nombre simbolizaba una de nuestras más puras y merecidas glorias, mandado por Arguíndegui; "Vencedor" premiado en la jornada del 7 de Agosto de 1819, á que debió su libertad el pueblo granadino, á las órdenes del Teniente Coronel José Ignacio Pulido; y el regimiento de Caballería del esforzado Coronel Rondon, afamado por sus múltiples y brillantes proezas.

Allí, en las filas de aquel pujante ejército figuraban tambien el General Mariño, primer caudillo de las provincias orientales; el coronel Briceño Méndez, Secretario de guerra; el coronel Salom, sub-jefe del Estado Mayor General del ejército; el coronel Juan José Conde; el bizarro coronel Diego Ibarra, junto con los comandantes Ibañez y Umaña y el capitan O'Leary, edecanes del Libertador; y los Flores, Melian, Rámos, Arrais, Rangel, Célis, Cala, Zárraga y Zagarzasu; Alcántara y Domingo Hernández; Davy, Minchin, Asdhown Wuer, Flinter, Meyer y Piñeres, Briceño y Acevedo, Calderon y otros muchos valientes cuyos nombres guarda la tradicion con amor y respeto.

El desfile del ejército terminó con la noche. Veló su faz gloriosa el astro de Taguanes y apareció radiante el sol deslumbrador de Carabobo.

XIX

Al despuntar la aurora del 24 de Junio de 1821, el ejército republicano se pone en movimiento; apresta las armas, deja en el campamento todos los equipajes, ganados y acémilas que pudieran embarazar su marcha, y, apercibido á la pelea, recorre lleno de entusiasmo la distancia que média entre las dos llanuras, testigos de sus pasados triunfos.

Alegre y bulliciosa era la marcha de nuestros regimientos: más que á reñir una batalla, aquellos bravos, afanados en llegar al término deseado, parecian dirigirse á una feria. Ante la gloria de la patria, nadie pensaba tristemente; arrebatar á la victoria la mayor cantidad de laureles era la aspiracion de todos. En medio al ruido acompasado de la marcha resonaban estrepitosos víctores, fanfarronadas estrambóticas, gritos preñados de amenazas; y se entonaban coplas de melodioso ritmo, alusivas á los pasados triunfos, á nuestros héroes muertos, no vencidos; y corrian chanzonetas sarcásticas sazonadas de gracia y de dichos picantes, que, unidas al metálico chasquido de las armas, al relincho de los caballos y al susurro del viento en el ramaje de los árboles, formaba un extraño concierto, estrepi-

toso é inarmónico, pero lleno de virilidad y de alegría. Nuestros soldados, como los antiguos lacedemonios que precedia Tirteo, se enardecian con los himnos guerreros de sus bardos salvajes, y cantando sus pasadas glorias se dirigian á Carabobo.

Empero, para llegar á Carabobo por el camino que Bolívar seguia, era necesario superar graves inconvenientes opuestos por la naturaleza: dificultades, que, dado caso hubiera sabido aprovechar el enemigo, ruda y costosa habria sido, sin duda, la empresa de vencerlas. Despues de esguazar el Chirgua y de internarse en las tortuosas quiebras de la serranía de las Hermanas, habia que penetrar por el desfiladero de Buenavista, posicion formidable donde pocos soldados bastan á contener todo un ejército, marchar luégo por un camino lleno de asperezas, dominado en gran parte por alturas cubiertas de bosques y zarzales, y atravesar, al fin, el paso de una abra estrecha y larga, fácil de defender. Vencida el abra empieza la llanura.

La Torre despreció, sin embargo, las ventajas que ofrecia la conformacion de aquel terreno por donde forzosamente nuestro ejército tenia que penetrar. Franca dejó al Libertador tan peligrosa vía, conformándose sólo con defender la entrada á la llanura. La pérdida completa del destacamento situado en Tinaquillo, fué acaso la razon que decidiera al enemigo á reconcentrar todas sus fuerzas. Las avanzadas que tenia en Buenavista replegaron á la aproximacion de los independientes: ocuparon estos tan inexpugnable posicion; y desde allí pudieron ver nuestros soldados á todo el ejército español, desplegado en batalla, en la hermosa llanura de Carabobo.

El bélico alborozo de los primeros Cruzados, al divisar los muros de la ciudad de Cristo, cuyo sepulcro ansiaban redimir, no fué mayor que el júbilo entusiasta que se produjo en el ejército patriota, al contemplar la imponente llanura donde habia de efectuarse la completa redencion de Venezuela. Un grito inmenso resuena en las alturas que dominan de léjos el campamento de La Torre : grito terrible, provocacion amenazante de seis mil combatientes, resueltos á conquistar, en aquel dia, la más trascendental de sus victorias ó á perecer en el glorioso campo, haciendo por la Patria el postrer sacrificio.

XX

Desde las cumbres de Buenavista pudo el Libertador estudiar la situacion del enemigo y apreciar en tódos sus detalles la fortaleza de las posiciones que ocupaba en un terreno de suyo defendido por su especial conformacion.

Entre una doble faja de bosques y colinas que le dan la apariencia de una inmensa bandeja de levantados bordes, se extiende la histórica llanura de Carabobo, extremidad meridional del pintoresco valle de Valencia, á una distancia de seis leguas de la ciudad del mismo nombre. El camino que con-

duce á San Cárlos la corta Norte Sur; y casi á la mitad de la planicie, desviándose un tanto hácia el oriente, nace de aquella ruta otra, no ménos frecuentada, que se dirige al Pao. Estas dos vías, para 1821, salian de la llanura desgarrándose entre matorrales y asperezas; la segunda, por cañadas tortuosas, la primera por una abertura natural, especie de pasillo formado por la caprichosa separacion de las dos extremidades de aquella cadena de colinas que sirven como de antemural á la planicie por la vía de San Cárlos.

Dada la topografía de la llanura, su difícil acceso, sobre todo por la ruta que Bolívar traia, y la necesidad imprescindible en que se hallaba el ejército republicano de penetrar por ella, por ser la única practicable que le ofrecia el terreno, no es extraño que el General La Torre fijara toda su atencion en defender el abra y los desfiladeros que dan paso al camino de la indicada vía; con efecto, todos sus regimientos estaban colocados de manera que fácilmente se ayudasen y que á la vez pudieran apoyar la artillería que dominaba el abra y á las tropas ligeras que cubrian las alturas.

El 1º de Valencey, uno de los mejores regimientos del ejército expedicionario, cubria el camino de Valencia á San Cárlos. Á su derecha tenia los batallones Hostalrich y Barbastro, y á su izquierda, sobre la vía del Pao, el regimiento del Infante. Cuatro escuadrones de Húsares y otros tantos de carabineros robustecian las dos extremidades de esta línea, tras la cual se hallaba de reserva el regimiento de Búrgos, y á espaldas de éste, el resto de la caballería mandada por Moráles. Detras de aquel ejército, apostado en la extremidad

meridional de la llanura, se divisaban en el fondo de la planicie, sobre la verde alfombra que la cubria, las tiendas de campaña donde habia vivaqueado tres semanas y donde aun guardaba junto con sus cuantiosas provisiones, su bien provisto parque. Las reservas de sus caballerías pastaban en prados más distantes.

Para quien trataba de aprovecharse de todas las ventajas que le ofrecia el terreno, no era desacertado el plan del enemigo. Confiado La Torre, como todos los jefes españoles, en la superioridad de su poderosa infantería, procuraba el combate en un terreno donde no pudiéramos oponerle otras armas, que aquellas en que se estimaban superiores y en el cual forzosamente no debiamos tener la mejor parte, por carecer de artillería. Semejante propósito, aminoraba un tanto la imprudencia cometida por La Torre de desmembrar sus fuerzas en vísperas de una batalla que habia de ser, de grandes resultados, para ir á auxiliar en San Felipe al Coronel Lorenzo, á quien á la sazon hostilizaban Carrillo y Reyes-Várgas, cuando despues de obtenido lo principal, que era vencer á Bolívar, tenia tiempo de sobra para socorrer á su teniente. Sin embargo, es de suponer que el General español hubiera echado cuentas sobre su ventajosa posicion y sus recursos todavía numerosos, pues que á pesar de la separacion de Tello, con los batallones 1º de Navarra y Barínas y algunos cuerpos de su caballería, el ejército español que teníamos al frente constaba aún de seis mil combatientes, la flor de sus aguerridos regimientos.

Al mismo número ascendian nuestras fuerzas, y sin embargo no era igual la partida, pues todas las ventajas favorecian al

enemigo que, ademas de ocupar la llanura y las colinas que la resguardaban, disponia de alguna artillería, lo cual nos obligaba, ántes de empeñar formalmente la batalla, á conquistar el terreno donde debia librarse.

XIV

Estudiadas las posiciones que sostenia el ejército realista, de hecho inabordables por nuestros batallones, hubo el Libertador de renunciar á su primer propósito de forzarlas de frente; pero deduciendo al mismo tiempo, por la manera como se hallaban colocados los diferentes cuerpos españoles, que La Torre sólo esperaba nuestro ataque por uno ú otro de los caminos ya indicados, concibió el atrevido intento de envolver al enemigo por uno de los flancos, arrostrando las dificultades y peligros que le oponia el terreno.

Resuelto á llevar á cabo sin tardanza el proyectado movimiento, Bolívar hace llamar á uno de los guías que habia tomado en Tinaquillo, le expone su propósito é inquiere de él la posibilidad de ejecutar tan arriesgada operacion. El guía se muestra experto, é indica al Libertador una vereda poco conocida y casi impracticable, denominada *la pica de la mona*, como la única posible para penetrar furtivamente en la llanura sobre

el flanco derecho del enemigo, haciendo gran rodeo. Despues de meditarlo, Bolívar acepta la indicada vereda, y poniéndose á la cabeza de todos los zapadores del ejército, corre á la entrada del atajo y ordena á Páez penetrar por él con la 1ª Division é ir á forzar la entrada á la llanura.

Sérias dificultades ofrecia aquella operacion. En primer lugar, para ganar la boca del atajo era indispensable aproximarse á las posiciones enemigas por la vera de un bosque situado al Occidente de la vía de San Cárlos y cuya entrada, no distante del abra principal defendida por el ejército realista, barria su artillería; luégo atravesar el intrincado bosque y alcanzar la cima de una larga colina dominada tambien por los fuegos del enemigo; recorrer algun tiempo la indicada colina sin resguardo posible; y penetrar al fin por el estrecho cauce de una quebrada harto fragosa que difícil acceso prestaba á la llanura.

Páez se interna en la trocha. El resto del ejército amenaza de frente las posiciones de La Torre. La artillería realista rompe sus fuegos sobre la primera division; la comarca se estremece y palpitan con rapidez todos los corazones.

Miéntras la division de Páez, internada en la estrecha vereda, vence cuantas dificultades se oponen á su marcha, los otros cuerpos que en su oportunidad deben seguirla, permanecen en el camino real resguardados de los fuegos del enemigo.

Cedeño y Plaza se impacientan con el forzóso retardo que les hace sufrir la trabajosa marcha de la vanguardia; y sable en mano, esperan á la cabeza de sus respectivas divisiones el codiciado instante de lanzarse al combate.

Entre tanto, con la frente erguida y luminosa la mirada, los

brazos cruzados sobre el pecho y sueltas las riendas sobre el cuello de su caballo, Bolívar sigue los movimientos de las tropas de Páez desde lo alto de una colina: y sereno y confiado en su radiante estrella, observa al enemigo, y aguarda tranquilo el instante oportunó de mover contra él todo el ejército.

Trascurre un hora con desesperante lentitud. Sólo se oyen los fuegos de las tropas realistas y los rugidos de su vigorosa artillería. Profundo y solemne es el silencio en nuestras filas' la quietud angustiosa; el tiempo corre, la impaciencia se aumenta; es medio dia, ¿hasta cuando esperar? De pronto, en medio del estrépito de las descargas enemigas, se percibe otro ruido lejano, débil en su principio, entrecortado, luégo más vivo, violento al fin y repetido como un inmenso redoble de tambores. Un estremecimiento simultáneo, eléctrico, recorre nuestras filas, y mil voces robustas se elevan victoreando la division de Páez, cuyos fuegos reconocen sus impacientes compañeros. Las bandas marciales dan al viento sus notas. Aquella primera réplica de nuestra vanguardia al enemigo, es para los otros cuerpos la señal de acometer; y las dos divisiones de Cedeño y de Plaza se lanzan atropelladamente por la trocha en pos de los que ya combaten.

XXII

Para llegar á punto de cambiar sus primeros disparos con el ejército español, la division de Páez habia tenido que vencer sérias dificultades, pero ninguna mayor ni más terrible que la última, al salvar la entrada á la llanura. A pesar de que el rápido y atrevido movimiento ordenado por el Libertador sobre la derecha del enemigo, cogiera á éste, de sorpresa, fácil fué prevenirlo. La Torre hace cambiar de frente á una parte de su ejército y poniéndose él mismo á la cabeza del batallon de Búrgos, corre á cerrar á Páez la entrada del atajo. Era aquella reducida y fragosa; el batallon Apure que marchaba adelante, tenia que desfilar por entre el cauce de una quebrada, bajo los fuegos del enemigo que le cerraba el paso, sin poder contestarlos por carecer de frente, encerrado como se hallaba en aquella estrechura; empero, avanza siempre al pasitrote, con la cabeza baja como el toro cuando va á acometer; y roto, ensangrentado, dejando la agria tierra cubierta de cadáveres, penetra al fin precipitadamente á la llanura, precedido por Torres, su bravo coronel. No obstante tan vigorosa acometida, su mala situacion no cambia, ántes bien se reagrava,

pues solo y sin retirada, se encuentra entónces frente á todo el ejército español; y acometido á un tiempo por los batallones Hostalrich y Barbastro que vienen á reforzar á Búrgos, empeñase la lucha; lucha desesperada de parte del batallon republicano, al que sus numerosos contrarios cargan con furia sin dejarle hacer pié. Torres se esfuerza por rechazar tan formidable empuje. Aunque abrumado por tan numerosos contrarios, Apure se defiende briosa y desesperadamente. Dos veces se arroja sobre Búrgos, cruza con él sus bayonetas y lo rechaza con estrago; pero embestido á un tiempo por Hostalrich y por Barbastro, repliega á su turno acribillado, gana una altura, la pierde en breve tiempo, torna á recuperarla, y á brazo partido con el más esforzado de sus pertinaces contrarios, persiste en disputar una victoria en extremo imposible. En aquella brega encarnizada hubo un instante en que las dos opuestas líneas casi llegaron á mezclarse; y entónces, rotas las bayonetas y descargados los fusiles, sobrevino un asalto violento á culatazos, y es fama que en medio del combate entrambas con furor se abofetearon. (*) No obstante su ardimiento, el batallon Apure no puede hacerse firme, pierde terreno, retrocede acosado y sin tino, se rompe al fin en varios trozos que lidian sin concierto; y va á desordenarse y á perecer sin remision, cuando acude en su auxilio la Legion Británica, que apénas fuera del atajo va á interponerse entre los batallones españoles y sus revueltos compañeros.

(*) Cuenta la tradicion que en aquella refriega encarnizada un soldado del batallon Apure y un rudo zaragozano de Barbastro, rotas las armas en medio de un encuentro se dieron de puñadas.

XXIII

Aquel brillante regimiento, á tambor batiente y con banderas desplegadas, entra en batalla con la seyeridad de continente y el flemático aplomo de su raza: erguido, reposado, correcto en su actitud y movimientos, marcha arma al hombro al compás de sus pífanos y parches, bajo un fuego espantoso, sin cejar un palmo ni disparar un tiro, hasta no formar su línea de batalla y clavar Asdhown, su abanderado, el glorioso estandarte frente á los batallones enemigos. Toda la furia de los realistas se ceba entónces en la Legion Británica que viene á ser el nudo de la batalla, el blanco de todos los disparos de aquella tempestad. La artillería la abrasa y ametralla. La Torre con sus batallones la fusila; ella no cede, empero, y apénas si llega á estremecerse al empuje violento de tanto esfuerzo combinado que toma á empeño exterminarla. Farriar, su coronel no le tolera, sin embargo, ni aquella nerviosa convulsion que puede dar motivo á suponerlos débiles; desciende del caballo que monta, hace arrojar al suelo los morrales de todo el regimiento y manda á aquellos bravos hincar rodilla en tierra. El movimiento se ejecuta con admirable precision;

y desde aquel instante la legion inglesa deja de ser un cuerpo como todos los otros, echa raíces en la tierra, y se convierte en muro de granito.

Las balas golpean y aniquilan á tan heróicos soldados; sus hileras se aclaran; trozos enteros de su línea de batalla caen por tierra; y cual un edificio que se desmorona lentamente, sus escombros acrecen y se amontonan al pié de los cimientos. No obstante, el regimiento inglés como un volcan en erupcion vomita á torrentes bocanadas de fuego. La muerte le acecha, le rodea y se ceba en sus filas: Farriar, su heróico coronel rinde la vida á la cabeza de la línea pronunciando la única palabra que repite despues de media hora: *firmes*.... El comandante Devy, su segundo, lo remplaza en el mando, donde no dura largo tiempo. Un capitan ocupa el primer puesto, tras este otro que muere tambien al ocuparlo; y otros más á quienes toca la misma infausta suerte.

Al amparo de la *Legion Británica*, Páez consigue reorganizar á *Apure*, lo lleva de nuevo á la pelea y restablece con ménos desventaja aquel recio combate. Unido á dos compañías de *Tiradores* con las que el fogoso Héras, adelantándose á la 2ª Division, se apresura á tomar parte en la refriega, Apure se junta á los ingleses y Páez ordena entónces cargar á la bayoneta al enemigo.

Cuándo el regimiento inglés recibe aquella órden, Minchin lo manda: es el más jóven de sus capitanes; los otros ya no existen: y el resto de la oficialidad ha sido herida. La Legion se levanta y acomete; y en el sitio donde á pié firme hubiera

combatido, diez y siete oficiales quedan muertos junto con la mitad de aquel glorioso cuerpo que yace destrozado sobre la roja arena.

XXIV

Con un frente de cuatrocientos hombres y sin más fondo que dos hileras de soldados, Apure, Tiradores y la Legion Británica avanzan simultáneamente, las bayonetas asestadas sobre los regimientos españoles con que La Torre riñe la batalla: carga brillante á cuyo empuje ceden los realistas, pierden sus posiciones, y sin dejar de hacer un vivo fuego sobre nuestra línea en movimiento, repliegan buscando apoyo en el grueso de su caballería.

Miéntras bizarramente luchaban nuestros infantes, inferiores en mucho á sus contrarios, atraviesa la difícil quebrada un grupo de jinetes de la guardia de Páez, encabezado por el valiente Capitan Ángel Bravo, y parte del escuadron primero de lanceros á las órdenes del Coronel Múñoz; y llegan á tiempo de hacer frente á los húsares de Fernando VII y á los dragones y carabineros de la Union, que en número de quinientos caballos lanza La Torre sobre la extrema izquierda de

nuestra línea de batalla con el objeto de envolverla. Terrible es el momento: aquella carga, no rechazada á tiempo; puede poner en riesgo la jornada, todos los cuerpos enemigos la apoyan con calurosa decision. Páez sólo puede oponerle escaso número de lanzas, no fluctúa sin embargo, y al encuentro de aquella furiosa acometida hace salir cuantos caballos tiene á mano, sin exceptuar los jefes y oficiales de su plana mayor. A las órdenes del impetuoso Vázquez, parten á rienda suelta nuestros jinetes como dardos, se enfrentan á la caballería enemiga, y un choque violento, formidable, retumba en la llanura dominando el fragor del combate.

La ansiedad que produce lo indeciso de aquel nuevo episodio, juzgado de grande trascendencia por uno y otro bando, se manifiesta en todos los semblantes; y el silencio repentino que guardan un momento las contrapuestas infanterías, demuestra su inquietud y anhelo por conocer el resultado de aquel terrible choque. Empero, por algunos minutos forzoso es ignorarlo: densa nube de humo á la vez que de polvo, cubre y oculta los encontrados escuadrones.

Páez reune, entre tanto, los trozos de su caballería que lentamente salen á la llanura. Su ansiedad por allegar el mayor número, sin privar de su presencia alentadora á su diezmada infantería; se descubre en la rapidez vertiginosa con que lanza su impetuoso caballo para acudir á todas partes: así se ve lucir entre el revuelto torbellino su rojo penacho batido por el viento, cual una llama errante, veloz, inestinguible, alma de la batalla, provocadora del incendio.

De pronto, en medio á la inquietante espectativa que sufren

los dos bandos, la llama voladora se detiene ; y Páez, lleno de asombro, vé salir de la nube de polvo que guarda los efectos de aquel violento choque, un jinete bañado en sangre, en quien al punto reconoce al negro más pujante de los llaneros de su guardia : aquel á quien todo el ejército distingue con el honroso apodo de "*el primero.*" (*)

XXV

El caballo que monta aquel intrépido soldado, galopa sin concierto hácia el lugar donde se encuentra Páez : pierde en breve la carrera, toma el trote, y despues paso á paso, las riendas flotantes sobre el vencido cuello, la cabeza abatida y la abierta nariz rozando el suelo que se enrojece á su contacto, avanza sacudiendo su pesado jinete, quien parece automáticamente sostenerse en la silla. Sin ocultar el asombro que le causa aquella inexplicable cobardía, Páez le sale al encuentro, y apostrofando con dureza á aquel su antiguo émulo en bravura en cien reñidas lides, le grita amenazándole con un gesto

(*) Los llaneros llamaban así al Teniente Camejo, porque su bravura reconocida lo llevaba á ser siempre el primero que acometia al enemigo en toda carga.

terrible: *Tienes miedo?.... no quedan ya enemigos?.... vuelve y hazte matar!....* Al oir aquella voz que resuena irritada, caballo y jinete se detienen: el primero, que ya no puede dar un paso más, dobla las piernas como para abatirse: el segundo, abre los ojos que resplandecen como áscuas y se yergue en la silla; luégo arroja por tierra la ponderosa lanza, rompe con ámbas manos el sangriento dorman, y poniendo á descubierto su desnudo pecho, donde sangran copiosamente dos profundas heridas, exclama balbuciente: *Mi general.... vengo á decirle adios.... por que estoi muerto.* Y caballo y jinete ruedan sin vida sobre el revuelto polvo, á tiempo que la nube se rasga y deja ver nuestros llaneros vencedores, lanceando por la espalda á los escuadrones españoles que huyen despavoridos.

Páez dirige una mirada llena de amargura al fiel amigo, inseparable compañero en todos sus pasados peligros; y á la cabeza de algunos cuerpos de jinetes, que vencido el atajo han llegado hasta él, corre á vengar la muerte de aquel bravo soldado, cargando con indencible furia al enemigo.

Los regimientos españoles resisten todavía; pero aquella violenta acometida decide la batalla. Con el vencimiento de los Dragones y los Húsares notable desconcierto se opera en el ejército realista; desconcierto que aumenta la inmovilidad de los lanceros de Moráles, y que pronto se convierte en espanto con la fuga vergonzosa de aquel jeje y los suyos.

Lo que podia estimarse como incidente de la batalla en el plan trazado por Bolívar, decide la jornada, sin dar tiempo á que los otros cuerpos que marchaban á reforzar á la 1ª División, lograran apoyarla.

El Libertador se habiá esforzado en vano, durante el recio empeño de las trópas de Páez, en precipitar la trabajosa marcha de Cedeño y de Plaza; la cual dificultaba, junto con el desfile indispensable á que los obligaba la vereda donde se hallaban internados, el crecido número de caballos que obstruia la entrada á la llanura y el mismo desordenado anhelo de nuestros escuadrones por tomar parte en la refriega.

XXVI

Pero mayor que la impaciencia que Bolívar habia experimentado con el retardo de las dos divisiones, fué su angustia, cuando al flaquear el enemigo, miró resuelta la batalla por el heróico esfuerzo de Páez y sus soldados, sin que fuera posible conseguir que todo el ejército español quedase prisionero. Vencedora pero destrozada, no era dable á la 1ª Division rendir á sus contrarios. En tal conflicto, el Libertador ordena á Plaza y á Cedeño prescindir del camino que llevan y penetrar al campo de batalla rompiendo las tupidas malezas y tramontando las colinas, como les sea posible. Y embargada el alma con el placer de la victoria, al mismo tiempo que por el sentimiento de que no sea completa, presencia entusiasmado los

esfuerzos de Páez por sellar aquel dia la más gloriosa página de su historia inmortal.

Sin el apoyo de su caballería, La Torre se vé envuelto: los batallones con que hace frente á la Legion Británica, Apure y Tiradores, retroceden con precipitacion. En vano se esfuerza en detener aquel funesto movimiento precursor del desastre; en vano con el ejemplo de una entereza singular, estimula á sus aturdidos compañeros. Inútil es su empeño: las órdenes que da no se ejecutan; grita, insulta, amenaza y suplica, todo en vano; su voz se pierde en el estrépito de la batalla, su brazo se fatiga. Tenaz soldado, insiste sin embargo en la tarea imposible de conjurar los estremecimientos de la catástrofe que amenaza estallar y que lo arrastra, al fin, con la impetuosidad del huracan. Hostalrich, da, el primero, el pernicioso ejemplo; al empuje de nuestras bayonetas rompe las filas, se desbanda y huye produciendo terrible sacudida entre los otros cuerpos españoles. Búrgos, fluctúa, no obedece la órden que le intiman sus jefes, de dar frente á los lanceros reunidos de Silva y de Muños; y cargado de flanco se desordena, gira sin concierto, y le sirve de pasto á las lenguas de hierro de nuestros escuadrones.

Al otro extremo de la línea enemiga, el regimiento del Infante, hasta entónces poco combatido, se ve de súbito atacado por Uzlar y por Sandes que, á la cabeza de sus respectivos batallones, Granaderos y Rifles, penetran al trote en la llanura por vía distinta á la que diera paso á la 1ª Division. Indecible pánico se apodera de aquel afamado regimiento, no espera el choque de nuestras batallones, les da la espalda, se desordena y corre á confundirse con los revueltos y amedrentados grupos de sus ya fugitivos compañeros.

XXVII

En el instante en que el ejército español cede y se rompe, un apuesto jinete penetra al campo de la ardorosa lid; su marcial arrogancia cautiva todas las miradas y nuestros escuadrones saludan con frases de entusiasmo al jóven General de la 3ª Division republicana, á quien abrasa inmoderado anhelo de tomar parte en aquella batalla que ve espirar sin esgrimir su espada. Apénas en el campo, busca y divisa los cuerpos enemigos que áun defienden airados sus rasgadas banderas: y sobre ellos se lanza á toda brida sediento de merecida gloria.

Barbastro y Valencey son los únicos cuerpos castellanos que todavía resisten al empuje de nuestras armas triunfadoras; sobre ellos se enzañan nuestros escuadrones y, á par del general empeño, que todos ponen en vencerlos, se ven de pronto acometidos por un escaso grupo de jinetes, cuya audacia los conturba y fascina, y á cuyo frente, violentos é impetuosos como dos huracanes, emulándose en rapidez y en arrojo, se miran dos atletas á cual más esforzados: Páez, el victorioso y el denodado Ambrosio Plaza, en quien la sangre de su claro linaje bulle ardiente y se derrama generosa.

Ante aquella furiosa acometida, Valencey retrocede y Barbastro se rinde; mas ah! su postrera descarga ántes de entregarse prisionero, arrebata á Colombia una de sus preclaras glorias: una bala penetra el corazon del jóven héroe y Plaza espira entre los víctores del triunfo.

Con la rendicion de Barbastro, el campo de batalla se siente sacudido por aquella catástrofe de las legiones españoles; y un grito espantoso, clamor desgarrador, inmenso, último suspiro de agonía de aquel pujante ejército, resuena en la llanura, y la derrota se declara completa.

Carabobo duró lo que el relámpago; puede decirse que para todos fué un deslumbramiento.

Sobre la frente erguida del vencedor en "Las Queseras," brillaba un laurel más, y de alto precio.

El Libertador desciende á la llanura en el momento en que se decide la batalla. Su pronóstico estaba cumplido; el ejército patriota saluda entusiasmado á su inmortal caudillo.

XXVIII

Tres siglos de absoluto poderío quedaban sepultados por aquella jornada. Venezuela se levantaba libre, del polvo enrojecido con la sangre de sus hijos; y golpeaba con sus pesados

grillos la espalda de sus dominadores. La tiranía vencida, huia espantada, como sus factores los déspotas, cuando el hierro que esgrimen se rompe entre sus manos, y se alzan sus víctimas, y les muestran los cerrados puños donde sangran las llagas, testimonio de las estrechas ligaduras.

Semejante derrota, más que un desmoronamiento, era un vértigo horrible; inexplicable en aquellos pujantes legionarios que tantas veces nos disputaron la victoria. Los más valientes, todos, pues que todos lo eran, corrian despavoridos, nuestra caballería acuchillaba á aquellos leones como á simples corderos; empero, algo aun más terrífico que el bote de las lanzas, los hacia estremecer, los acosaba: la sombra de todas sus pasadas crueldades se erguia ante ellos y les causaba espanto.

Todas nuestras victorias y desastres tomaban parte activa en aquella catástrofe, y de lo alto de nuestras banderas volaban y seguian el confuso tropel de la derrota. Sobre la frente pálida de aquellos amedrentados fugitivos, batian las alas, cual relámpagos, "Araure" y "La Victoria", "San Mateo", "Vigirima", "El Juncal" y "San Félix", "Boyacá" y "Las Queseras"; miéntras con rostro cárdeno y torva la mirada, ai! sus pasados triunfos, espectros aun más terribles para ellos, gritaban con estridente voz á sus oidos: *¿A qué la sangre derramada si habiais de ser vencidos?* y "Urica" les mostraba la cabeza de Ríbas; "Cumaná" y "Maturin" las manos enrojecidas en la sangre de mugeres y niños; "Barcelona" el hacha del verdugo y la tea del incendio; y "La Puerta" su triple brazo armado, sangriento, amenazante, con el puñal de Moráles, la

espada de Morillo y el sable de Bóves, mellados en el degüello de millares de víctimas.

El ejército de Fernando el Deseado estaba vencido, y vencido sin gloria. Empero, la vergüenza de aquel abatimiento no habia de mancillar á España, no.

Detras de aquel ejército acometido de pavor, aparece de pronto, altiva como siempre, en la tradicion y en la historia, la pujante raza del Cid y de Pelayo: la España pueblo, la gloriosa España, con el espíritu indomable que inflamó de heroísmo á Zaragoza y con el fuego inextinguible que abrasara la mano del vencedor de Europa al intentar posarla sobre la tierra ibera.

XXIX

En medio á la catástrofe, en el seno mismo de aquel violento torbellino, ola rugiente, mezcla vertiginosa de vencedores y vencidos: cuando el ejército realista, roto, disuelto, se siente arrebátado por la vorágine del pánico, y sucumben los de mayor aliento entre sus bravos: cuando se ven entre las sombras del desastre aquellos poderosos regimientos inclinar la cerviz bajo el peso de una mano invisible: el Infante abatido, Búrgos acuchillado, Barbastro rendido y prisionero cual estátua

de piedra sobre un campo de fuego; Hostalrich disuelto como nube de polvo; los Húsares peninsulares destrozados y en fuga; los carabineros revolcados; Moráles á la cabeza de su caballería, sin romper una lanza, abandonando á escape la arena del combate; la artillería asaltada por Piñango y Manrique, que vomita metralla sobre sus primeros poseedores; La Torre sombrío, sin voz ni aliento, rendido de fatiga, con el caballo herido que apénas puede sostenerle, arrastrado á su pesar por la derrota; y los vencidos todos, bajo la planta de los vencedores; y todos los que huyen, acosados y envueltos entre nubes de lanzas; y nuestros llaneros triunfadores, que á la vez que persiguen con furia, arrebatan los toldos de las tiendas que han de servir de manta á sus caballos; y el Genio de la América, ya extendidas sus alas poderosas, sobre el campo que estremece las dianas de nuestros batallones; y Bolívar, que á nombre de Colombia, proclama á Páez Capitan General; y gritos de victoria y rugidos profundos, que resuenan en todas direcciones con atronadora algazara. En aquel instante de suprema agonía y de júbilo inmenso, en que el mortal estrépito es canto para unos y lúgubre resonancia para otros; en medio á aquel pavor y aquella pujanza: cuando nada resiste y todo se derrumba al empuje de nuestras armas victoriosas, levántase, de súbito, entre las brumas del desastre, la heróica España personificada en "Valencey."

La inmensa ola que todo lo abate y lo sepulta, se estrella contra las bayonetas de aquel invicto regimiento, opuesto, con inaudita audacia, á una victoria consumada, por uno de esos predestinados á la terrena gloria: gigantes de osadía, que

solo esperan para lucir su talla, el instante supremo de la catástrofe, y á quienes el dios tutelar de las naciones confía salvar la honra de la patria por sobre los escombros del más completo vencimiento.

Con su brazo de hierro Valencey se interpone entre la derrota y la victoria: la primera, sin poder arrastrarle pasa rozando los uniformes de aquellos fieros veteranos, la segunda, se detiene admirada frente á tanto heroísmo, choca luégo contra aquella inesperada resistencia y toda su pujanza la emplea en exterminar á quien se atreve á refrenarla en su rápido curso.

XXX

Un oscuro oficial, un simple coronel manda á aquel regimiento: su nombre, que apénas lo registra la historia, no tenia precedentes gloriosos, llamábase Don Tomas García; fué en Carabobo donde se dió á la fama: empinado sobre aquella derrota, nuestra victoria le prestó sus fulgores y lo hizo visible. Aquel desconocido de la víspera, gritó su nombre en la insigne jornada, y, todos los que asistian á ella lo escucharon y hoy lo repite la posteridad. Sus compañeros le apodaban el *moro*, por lo bronceado de su tez, y es fama que le respetaban y temian

por su carácter áspero y altivo; la tradicion apénas dice poco más: (*) empero, para brillar como brilló en medio á tanta claridad, era indispensable ser astro, y astro con luz propia. El sol de España en el ocaso, tuvo un momento, ántes de desaparecer de nuestro cielo, la esplendidez del mediodia, lanzó un rayo de luz que á todos deslumbró: fué aquel rayo García, su disco, Valencey.

Cuando todo el ejército español se desbandaba, sin que hubiera poder humano á detenerle, García mandó hacer alto á sus mil veteranos y estos obedecieron como impulsados por un resorte oculto: el regimiento se hace firme, deja pasar los fugitivos y apoyado en las asperezas de una quebrada, resiste el primer choque de Páez y sus llaneros; luégo maniobra diestramente hasta formarse en cuadro, y acosado por nuestros jinetes que á empeño toman destrozarlo, emprende retirarse, disputando palmo á palmo el terreno que pisa y el terreno que gana. Entre la triple línea de bayonetas que forman los costados de aquella viviente é improvisada fortaleza, se encierra

(*) En comprobacion del enérgico carácter del Coronel Don Tomas García, cuéntase: que mandando en una parada el ejercicio de fuego á un regimiento en que abundaban soldados venezolanos, permanecia á caballo frente la línea, cuando recibió á la primera descarga un balazo en la pierna. Comprendiendo que habia sido herido, no da la menor muestra de sorpresa; con calculada frialdad hace girar su caballo para ocultar á los soldados la sangre que sale de la herida é inmediatamente manda cargar de nuevo los fusiles. Con esto se prometia averiguar quien habia sido el agresor, pues le ocurrió prontamente que aquel que habia marrado el golpe volvería á poner en ejecucion tan alevoso intento. Cargados los fusiles desciende del caballo, pasa revista á todo el regimiento, y como lo sospechaba, encuentra cargado uno con bala y hace inmediatamente pasar por las armas el soldado que lo tenia en la mano.... aquel desdichado era un venezolano

con la altivez de España su gloriosa bandera; allí el leon soberbio de Castilla ruge aun con pasmosa energía y opone á nuestro triunfo su indómita pujanza.

Detras de Valencey se parapeta la derrota para huir á mansalva, como tras de un escudo, y nuestros escuadrones ántes de continuar acuchillándola se ven forzados á vencer el obstáculo que les disputa el exterminio de aquellos cuerpos desbandados.

Revueltos, confundidos, dejando el campo cubierto de despojos, soldados y oficiales de todas armas huyen despavoridos por el camino de Valencia: nada es capaz de detenerlos, ni el heroísmo de aquel grupo de bravos, que del polvo recojen su bandera, y que á los rayos de aquella tempestad ofrecen sus generosos pechos.

XXXI

Cuando acontese aquella heroicidad, el campo de Carabobo exhibe un espectáculo grandioso á la vez que imponente. Sobre el abatimiento de las legiones españolas el ejercito vencedor, poseido de jubilo, pregona su victoria con tan atronadora vocería que, aquellos mismos de los nuestros que yacen moribundos en el glorioso campo, despiertan un instante, y fija

la pupila en el bendito sol de quien reciben la postrimera luz, buscan á tientas con la convulza mano, la rama de laurel que ha de marcar sus tumbas; y en la última agonía tratan de unir su voz desfalleciente al himno de victoria que entonan por la patria sus más afortunados compañeros. Aquí el duelo; mas allá la apoteósis. En medio á la llanura, el heroísmo de aquel soldado ibero que á empeño toma aparecer de gala entre las sombras de su propio desastre, y sobre el horizonte, el huracan de la derrota agitando con siniestro rumor sus negras alas y rápido alejándose del deslumbrante resplandor de una victoria que reflejan las armas de los arrogantes triunfadores.

Con el inesperado movimiento de Valencey cambia la escena; revive la lucha.

Por sobre los despojos de la derrota, García repliega combatiendo, galopa nuestra caballería y se lanzan al trote nuestros fatigados batallones.

Á los repetidos embistes de los jinetes del Apure, opone Valencey la solidez de sus compactas filas, la enérgica voluntad que le domina. El trueno de sus descargas estremece de nuevo la llanura; las enristradas bayonetas se clavan en el pecho de nuestros caballos y la lluvia de balas que arroja de su seno la improvisada fortaleza, postra á sus pies á los más esforzados y rebota sobre las alas de nuestra espléndida victoria provocando sus iras.

Sobre el cuadro enemigo que así se yergue en medio á nuestro triunfo, lanza el Libertador todos los cuerpos de su caballería; dos mil quinientas picas acometen y envuelven simultáneamente al denodado regimiento, que se exhibe entre ellas

como una presa gigantesca, rodeada de innumerable banda de hambrientas águilas, disputándose el logro de asestar la formidable garra sobre el sangriento flanco que incita su apetito.

Siguiendo su acostumbrada táctica, nuestros llaneros acometen, chocan y rotroceden para ganar distancia y embestir otra vez con más violencia. Entre una y otra acometida, García repliega al paso, sin alterar la formacion dada á su regimiento, y trata de alejarse de nuestra infantería. No obstante, á cada nueva carga se detiene y fulmina, hace rodar por tierra jinetes y caballos y torna á retirarse dejando de sus pasos ensangrentada huella.

XXXII

De esta suerte, siempre acosados y siempre resistentes, los Granaderos españoles, logran salir al fin de la llanura y ganar la accidentada ruta de Valencia, donde con ménos riesgo pueden hacerle frente á nuestros escuadrones; allí ponen en juego dos piezas de artillería salvadas del desastre, y ora apoyados en las tortuosas quiebras del terreno, ora en los bosquecillos y colinas entre los cuales se desliza el camino, oponen doble

resistencia á los ataques reiterados de la caballería republicana.

Dado el terreno donde de nuevo se traba la pelea y las opuestas armas que combaten, todas las desventajas están de nuestra parte. Para llegar á punto de cruzar el hierro de sus lanzas con las bayonetas españolas, nuestros jinetes, las más veces, se encuentran obligados, despues de soportar el fuego de aquellos veteranos y los disparos de su encubierta artillería, á saltar sobre zanjas profundas, á romper las tupidas malezas y á trepar por repechos erizados de breñas capaces de inutilizar nuestros caballos y hacer ineficaces los mayores esfuerzos; y todo esto, bajo la accion violenta de una copiosa lluvia que dura poco tiempo, pero que basta para formar arroyos en medio del camino y embarazar casi del todo los movimientos de nuestros escuadrones. En el lodo los caballos resbalan, caen, se levantan y trabajosamente pueden trotar sin riesgo de abatirse; la lucha sinembargo, no desmaya, antes bien, tantas dificultades exacerba el encono de nuestros intrépidos llaneros. Cunde la emulacion entre los más audaces, los choques se repiten con tal furia que espanta. Mui caro paga Valencey su intrepidez y arrogancia, de sus compactas filas ve arrebatar sus Granaderos por la garra de bronce de aquellos fantásticos centauros que se encaraman sin escrúpulo sobre las erizadas bayonetas, que pisotean cuanto á sus piés se abate, y que vociferando con frenesí salvaje, sus personales triunfos, insultan al propio tiempo á sus contrarios y maldicen con la misma energía á la bala que los echa por tierra y al espantado bruto que, sordo á los reclamos de la espuela, esquiva el fuego de la fusilería ó se

encabrita y retrocede ante la aguda bayoneta que hiere sus narices ó desaparece en sus entrañas.

Más de una vez durante aquella brega encarnizada, se vió saltar á tierra, abandonando los cerriles caballos que renunciaban al combate, á muchos de aquellos jinetes temerarios; acometer con furia al enemigo, luégo caer acribillados por las balas é intentar todavía, arrastrándose cual si fueran serpientes, clavar sus largas picas en el vientre de los soldados españoles.

Oh! fué entónces cuando García sintió gravitar sobre sus hombros todo el peso de la catástrofe que lo envolvia en la completa ruina de La Torre y que asombrado ante el valor creciente y la inagotable fortaleza de sus contrarios pertinaces, llegó á dudar de su futura suerte.

XXXIII

La generalidad de nuestros jefes habian tomado á empeño rendir á Valencey, pero de todos ellos, los que no habian logrado parte en la decision de la batalla, eran los que mayor ahinco ponian en alcanzar tan codiciada gloria; de este número, el más esclarecido por mil títulos, era el jefe de la 2ª

Division republicana, el "bravo de los bravos", el terrible Cedeño, que ciego de despecho por no haber roto lanzas en la inmortal jornada, casi podía creerse que agradeciera á Valencey la sin par entereza que mostraba, pues que ella le ofrecia ocasion oportuna de desahogar la tempestad que llevaba en el alma. Á los ojos de aquel indómito soldado, Valencey aparecia como su presa, como la parte aun no apropiada del glorioso botin recogido por Páez y la 1ª Division; él solo quiere tener la gloria de hacerlo prisionero ó de aplastarlo al bote de su lanza bajo los pies de su caballo.

¡Destino, quién pudiera penetrar tus arcanos....!

La gloria atrae como el abismo; ámbos tienen su vértigo.... el héroe se siente arrebatado y se deja arrastrar......

Toda la emulacion y ardimiento que despierta y exalta la tenaz resistencia de los Granaderos españoles, se concentra en Cedeño: brilla en sus ojos con siniestros reflejos y da á la talla hercúlea de aquel terrible batallador de nuestras selvas, agigantadas proporciones. Al verle aparecer á rienda suelta blandiendo con mano poderosa la formidable lanza: ceñudo el rostro, torva la mirada, al frente de un grupo de jinetes que mas parecen leones y en el cual se distinguen, por su notoria intrepidez, Diego Ibarra y Rondon y Silva y Aramendi, Flores y Carbajal, nadie se atreve á disputarle el paso. Los cuerpos que á la sazon riñen con Valencey se abren en alas y le ceden el puesto. Con la impetuosidad del huracan, chocan Cedeño y sus jinetes contra el muro de acero del cuadro invulnerable qus para recibirlos torna á formar García con todo el regimiento. Una sola explosion acompañada de insólito fragor resuena con estrépito; las bayonetas y las lanzas

saltan en pedazos; y el formidable cuadro, cual si de pronto hubiera sido sacudido por el brazo de Hércules, experimenta violenta conmocion, cede al choque, se rompe y deja penetrar entre sus filas á nuestros caballos impetuosos. Allí Cedeño hiere, taja y destroza cuanto resiste al bote de su lanza; cegador insaciable, siembra la confusion y el espanto entre aquellos soberbios veteranos que ruedan á sus piés como abatidos por el rayo. Al empuje cada vez más violento de sus empecinados contendores, acrece la confusion y el tumulto en las filas realistas. Medio regimiento yace por tierra bajo las patas de los caballos y, ya Cedeño cuenta por suya la victoria, cuando la voz terrible de García y su indomable brío devuelve á sus atropellados granaderos la perdida serenidad y toda su pujanza. En medio del conflicto, á punto ya de sucumbir, Valencey hace un esfuerzo sobrehumano, sacude el peso que lo postra, levanta la cerviz con arrogancia; estallan de repente sus volcados cañones y *el bravo de los bravos de Colombia*, el glorioso Cedeño, detenido de súbito, por la traidora mano de la muerte, ante los resplandores del más brillante de sus triunfos, cae sin vida sobre las bayonetas enemigas sin haber dado cima á aquella su temeraria empresa.

Con aquella catástrofe, los contrapuestos lidiadores, á la par destrozados, suspenden el combate; nuestros jinetes se repliegan confusos y bañados en sangre; y delante del cadáver de Cedeño que llena el sitio de la ensañada lid, Valencey se estremece y retrocede amedrentado.

XXXI

¡Así, tus hijos, patria mía, supieron batallar por conquistar su libertad é independencia! ¡y así murieron los que plugo al Destino arrebatarte en aquella jornada del definitivo vencimiento de tus seculares opresores! A tí, la herencia de sus glorias. Al mundo, el noble ejemplo de aquellas sus virtudes, que supieron probar en el martirio y que no alcanza á mancillar el infecundo soplo atizador constante de mezquinas pasiones.

Despues de aquel asalto tan rudo como infructuoso para nuestras armas, Valencey recobra la perdida esperanza de salvarse y con razon se cree á cubierto de mayores peligros.

Convencido el Libertador de lo ineficaz de los esfuerzos de su caballería para rendir á Valencey en el terreno que á la sazon pisaba tan disciplinado regimiento, y no siendo posible darle alcance con nuestra fatigada infantería; hace montar á la grupa de los caballos parte de los batallones Granaderos y Rifles, y les ordena perseguir y detener á los veteranos de García, miéntras los otros cuerpos que marchaban á pié y que seguian al trote tras sus huellas, lograban alcanzarlo. Acertada era aquella medida; pero desgraciadamente era tardía: Va-

leencey nos habia ganado gran ventaja, camino de Valencia, y poco distaba ya de esta ciudad.

Á pesar de los repetidos rechazos que á cada nuevo asalto sobre el cuadro enemigo sufrian nuestros jinetes, no desmayan, ántes bien se enardecen. Durante las seis leguas que recorren en su gloriosa retirada los granaderos españoles, no cesan nuestros llaneros de acosarlos; y el áspero sendero riegan copiosamente con su sangre.

Víctima de su arrojo, Mellao cae en Barrera acometiendo á Valencey. De tan intrépido soldado guarda la tradicion la postrimera frase, llena de arrogancia: á tiempo que se lanzaba sobre las bayonetas, enemigas se ve emulado por uno de los suyos que se propone adelantársele; tal audacia exalta la bravura de Mellao, desgarra con la espuela los hijares del violento corcel en que cabalga, y dejando á la espalda á su impetuoso camarada, le grita blandiendo con orgullo su poderosa lanza: "*compañero, por delante de mí, la cabeza de mi caballo*"; minutos despues estaba muerto.

Igual suerte habia cabido poco ántes á los coroneles Arrais y Melian; y cupo luégo, en Tocuyito, al brioso Olivares.

Con los postreros resplandores del crepúsculo llegaba Valencey á las primeras casas de las afueras de Valencia, cuando se vió atacado repentinamente por los Granaderos y los Rifles que, saltando de las grupas de los caballos que los trajeran al galope, le acometen con simultánea decision.

Trábase allí de nuevo, ardoroso combate, García se parapeta detras de las empalizadas y las derruidas paredes de aquella parte del poblado, y resiste, algun tiempo, el vivo fuego y el

empuje de nuestra infantería. Luégo abandóna tan socorridas posiciones; deja en nuestro poder su artillería y no pocos heridos, y, protegido por la oscuridad de la noche, gana al trote la vía de las montañas costaneras, en seguimiento de sus derrotados compañeros que se dirigen á Puerto-Cabello.

Pocas horas despues, García y La Torre se juntaban al pié de la montuosa cordillera, y entre las sombras de aquélla otra Noche Triste para las huestes españolas, brillaron dos relámpagos que siniestros surgian de las pupilas de aquellos dos campeones, á tiempo que de sus nobles pechos, llenos de cólera y desesperacion, brotaban á la par un suspiro profundo y un rugido incalificable.

El humo del último combate que sostuviera Valencey, no se habia disipado, cuando Bolívar y el ejército patriota ocupaban á Valencia. Rápidamente dispone el Libertador las operaciones que deben practicarse sobre Puerto-Cabello. Deja á Mariño al frente del ejército; y acompañado de Páez y de uno solo de los batallones de la Guardia, se dirige á Carácas, donde con suerte adversa combatiera en sus calles el ínclito Bermúdez, el mismo dia que se sellaba en Carabobo la completa independencia de Colombia.

Hacia siete años que Bolívar no franqueaba las puertas de Carácas: siete años de combates, de sacrificios, de prodigios que llenaron de asombro al Continente, de gloria á Venezuela. Inmenso júbilo produjo su presencia en la noble ciudad, cuna y antorcha de la independencia americana. El gladiador terrible, que perdidoso la abandonara en 1814, llegaba á sus puertas triunfador en 1821. Con la Capitanía General de Ve-

nezuela y el Vireinato de la Nueva Granada, perdia España sus colonias de América.

Despues de Carabobo, España se vió obligada á refugiarse en la fortaleza de Puerto-Cabello; único pedazo de tierra que, al amparo de sus fosos y bastiones, le quedara de aquel inmenso territorio sometido á sus armas por tres siglos. Allí fué á guarecerse el leon soberbio de Castilla; más no por largo tiempo: su amurallado recinto fué asaltado por Páez en 1823 y hubo para siempre de abandonar á Venezuela.

Carabobo sella nuestra emancipacion: Bolívar emprende nuevas lides; hasta el templo del sol lleva sus pasos. Bomboná, Pichincha, Junin y Ayacucho son las huellas del gigante; el brillo de su espada eclipsa los más altos prodigios de los conquistadores castellanos, ella deslumbra á vencedores y vencidos y arrebata á España la libertad de un mundo.

XXXV

Sesenta años se han interpuesto entre nosotros y aquellos dias de inmarcesible gloria; los rencores que suscitan las contiendas armadas, ya no existen: se olvidaron las violentas pasiones, la emulacion terrible y la crueldad recíproca; sólo vive el recuerdo de las grandes hazañas y el renombre glorioso de

aquellos heróicos lidiadores que, opuestos en ideas, tendencias é intereses, riñeran con sin igual bravura en pro de sus banderas.

Una misma religion, idénticas costumbres, igual carácter, noble y generoso en los arranques de genial expansion, á la vez que temible en las apasionadas manifestaciones de cólera y venganza: una madre comun, los mismos vicios y las mismas virtudes, la misma hermosa lengua para jurar y bendecir, y una misma sangre, ardiente é impetuosa circulando en las venas y manchando las manos de aquellos ensañados lidiadores, hacen de aquella lucha una contienda de familia, terrible y desastrosa, como acontece en las guerras civiles. Nada sufrió el orgullo de la raza con el triunfo de los americanos en la independencia de las colonias españolas. En aquella contienda, lo nuevo triunfó de lo viejo; la monarquía inclinó la cabeza y se irguió la república. La victoria, en síntesis, corresponde á la idea. Despues de tres siglos de dominio absoluto sobre la vasta region del Nuevo Mundo, España no fué vencida sino por España. Las glorias castellanas no fueron empañadas; con la espada del Cid triunfó Bolívar: la histórica *tizona* blandíala un descendiente del héroe de Vivar.

INDICE.

	Pág.
INTRODUCCION	VII
BATALLA DE LA VICTORIA (12 de Febrero de 1814)....	3
EL SITIO DE SAN MATEO (Febrero y Marzo de 1814)..	41
LAS QUESERAS (3 de Abril de 1819).................	97
BOYACÁ (7 de Agosto de 1819)......................	128
CARABOBO (24 de Junio de 1821)...................	191

ERRATAS.

Página	18,	línea	7ª	Donde dice — y Mora, léase, y Maza.
,,	id.,	,,	9ª	,, — Astro brillante, léase, Astros brillantes.
,,	47,	,,	6ª	,, — apuellos, léase, aquellos.
,,	88,	,,	12	Á la lista existente, agréguese — García de Cena y Diego Ibarra.
,,	92,	,,	13	Donde dice — átomos de diamantes, léase, átomos de diamante.
,,	101,	,,	1ª	,, — amas, léase, jamas.
,,	151,	,,	10	,, — hirgue ,, yergue.
,,	252,	,,	14	,, — estremece, léase, estremecen.

466

1887 ; 1 vol., portr. sur Chine volant. — Ens. 2 vol. in-16, pap. vergé, brochés, couv. imp.

305. **Verlaine** (Paul). Les Poètes maudits. — Tristan Cor-

612

OBRAS DEL MISMO AUTOR

que se hallan de venta en las principales librerías.

UNA NOCHE EN FERRARA

ó

LA PENITENTE DE LOS TEATINOS

NOVELA ORIGINAL.

B. 5 el ejemplar.

LIONFORT

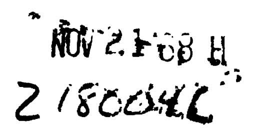
DRAMA EN TRES ACTOS.

B. 2,50 el ejemplar.

EN PRENSA

HISTORIA DE UN CUADRO

NOVELA ORIGINAL.





SA 9560.10.2
Venezuela heroica.
Widener Library
004078183
3 2044 080 568 579